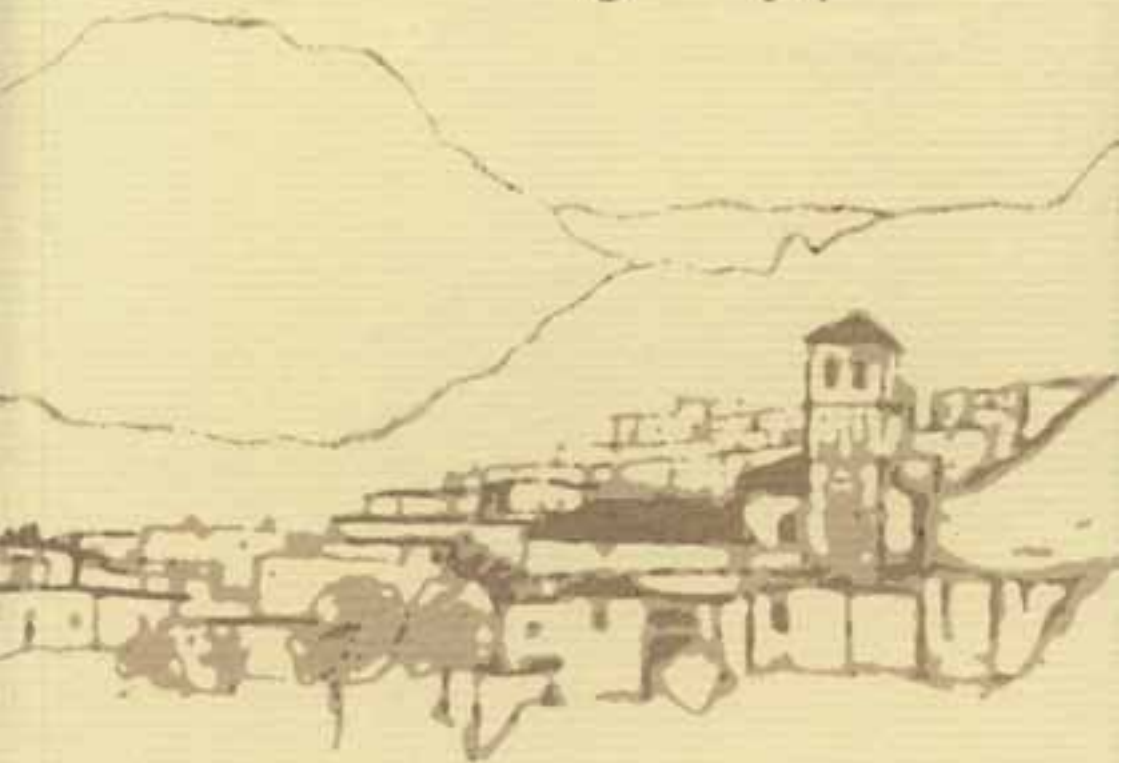


Nicolás García Mezcua

CÁSTARAS,
misterio entre aguas y piedra



Recuerdos de Cástaras
(www.castaras.net)

CÁSTARAS,
misterio entre aguas y piedra

Nicolás García Mezcuca

CÁSTARAS,
misterio entre aguas y piedra

Recuerdos de Cástaras

2009

Edición especial digital para la web
Recuerdos de Cástaras (www.castaras.net),
diciembre de 2009.

© Herederos de Nicolás García Mezcuca.

Diseño de la cubierta: Jorge García Madera.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra sin la autoriza-
ción de los titulares del *copyright*.

*A mi madre, Victorina, y a mi abuela, Ana,
que en sus conversaciones me transmitieron
tantas y tantas cosas de las que se dicen en
estas páginas.*

PRESENTACIÓN

Finalmente me toca a mí hacer la presentación de esta obra de mi tío Nicolás, “*el tito*”, como lo llamábamos familiarmente. Así lo mandan las circunstancias. Creo que a él le hubiera gustado y lo hago con agrado como castareño, como sobrino y como promotor de la idea y alentador para que ésta llegara a término. Y también, hay que decirlo, porque en el fondo me gustaría hacer algo parecido y no me siento capaz.

Dedica mi tío la obra a su madre y a su abuela, “que me transmitieron tantas y tantas cosas de las que se dicen en este libro”. Eso hizo él: nos transmitió a quienes le tuvimos cerca tantas y tantas cosas..., y con ellas el cariño que sentía por Cástaras. Es lo que intenta hacer con el libro, transmitir todo lo que sentía por su pueblo, esta vez a todos, cercanos y lejanos. Sería deseable que lo lograra del mismo modo que su madre y abuela lo consiguieron con él. Con muchos sé que es objetivo fácil. El interés por iniciar la lectura parte de un sentimiento, cuando menos, de simpatía hacia Cástaras. Ya está el terreno abonado. Estoy seguro que la lectura hará el resto.

Quizá mucho o casi todo lo escrito en estas páginas será conocido o resultará familiar al lector, pero precisamente por eso el interés será mayor. Porque lo único que ha hecho don Nicolás, ha sido contarnos cómo vivíamos

y qué hacíamos. O mejor dicho, cómo vivían y qué hacían los castareños en el segundo lustro de los años veinte y en el primero de los treinta, periodo en que se centra el relato, con alguna que otra incursión en tiempos más recientes. Al leerlo he descubierto costumbres que desconocía porque ya estaban en desuso cuando me tocó vivir en el pueblo, o hechos para mí ignorados porque la tradición oral, único medio para transmitir las cosas sencillas de la vida, se las va dejando en el olvido hasta que quedan perdidas en la oscuridad del pasado.

Con modestia y desde su enfoque local viene a sumarse este libro a los muchos publicados sobre La Alpujarra, sus pueblos, gentes, vida y costumbres, coincidiendo el periodo elegido con el de otras obras de distinta factura como *La Alpujarra y Sierra Nevada* de Paul Voigt, *Al sur de Granada* de Gerard Brenan o *En los Alpes Alpujarreños* de José Guglieri Arenas. Las tradiciones, la vida social, las tareas domésticas, las prácticas agrícolas, etc., permanecían inalteradas, todavía en aquellos años, desde hacía siglos. Poco después, lentamente en los años cuarenta, más deprisa en los cincuenta y vertiginosamente en los sesenta, llegaron las transformaciones. El ancestral aislamiento de la zona, destacado y repetido en añejas narraciones o en románticas novelas, palideció con la llegada de las carreteras y automóviles, de la electricidad, la radio, el teléfono y la televisión, eventos que ocurrían con parecida cadencia que en el resto España pero con destacadísimos retrasos. Así, el acceso generalizado al conocimiento y a la comunicación que aportaron estos avances, y principalmente la terrible emigración en la que sin duda influyeron con largueza, han trazado una marca indeleble en nuestra tierra y sobre todo en nosotros mis-

mos. Nada será igual ya. La parva y la matanza; el *mancaje* y el arado; el lagar, la almazara y el molino; la cuadra cobijando al cerdo, cabra, gallinas, conejos y burro o mulo y prestando servicio evacuatorio a la familia; el puchero en la lumbre, la masa en la artesa, el pan en el horno o las migas en la sartén; el cántaro y el *pipote* llenos de agua fresca; la pesada canasta de ropa recién lavada dejando una efímera hilera de gotas en el camino; el quinqué o el candil que alumbraron nuestras veladas y los ardientes *manchos* de esparto iluminando pedregosos caminos en oscuras noches de luna nueva... Todo esto, y mucho más, ha quedado, felizmente, para contarlo y si se quiere para estudiarlo, pero nunca para olvidarlo porque forma parte de nuestra naturaleza alpujarreña. Afortunadamente para nosotros, *Nicolasillo el de Vitorina*, que así era conocido el autor en aquellos tiempos, nos ha dejado este testimonio personal y subjetivo, contribuyendo a dificultar la pérdida y el olvido de nuestras usanzas, más aún, si todos quienes sentimos algo por Cástaras, por La Alpujarra, ayudamos a que se divulguen y conserven como era su deseo.

Nada más iniciar la lectura se aprecia que el relato va girando en torno a la religiosidad del pueblo. Tenía que ser así. Hay, al menos, dos razones. En primer lugar no olvidemos que el autor era cura. Ingresó con diez años en el seminario y desde entonces sus estancias en el pueblo se redujeron a los periodos vacacionales. Así pues, el relato es resultado de combinar su gran capacidad observadora en la niñez, su memoria para recordar lo aprendido y el cariño que sentía por su tierra, sus paisanos y sus tradiciones, todo ello tamizado y elaborado con la formación y experiencia, primordialmente religiosa, de toda su vida.

Además, su primera misión pastoral, prolongada durante cuatro años, fue la de atender la espiritualidad de sus paisanos en la parroquia de Cástaras y en las de algunos pueblos vecinos. En segundo lugar, si nos trasladamos a aquellos años y pensamos en cómo debió ser la cerrada vida local, cuando los modernos medios de comunicación estaban ausentes y las costumbres permanecían inalteradas, comprenderemos que la mayoría de los actos sociales estaban vinculados a los acontecimientos religiosos tan calados culturalmente, incluso hoy en día. Así lo indica el profesor don Juan del Pino Artacho en la recapitulación final de su estudio sobre el viaje del doctor Olóriz a La Alpujarra Alta:

“Existe en la Alta Alpujarra una sincronización entre la vida social y religiosa, que tiene su manifestación en el calendario de fiestas, en el consumo de ocio en esos días, en el carácter religioso de los tres hechos más importantes de la vida familiar (nacimiento, matrimonio y muerte) y en la práctica de la acción de gracias después del importante acto que significa la comida en una sociedad de subsistencia”. (JUAN DEL PINO ARTACHO: *Sociología de La Alpujarra*. Universidad de Málaga, 1996, pag. 265).

Por tanto, está llena de lógica su elección de entretener la narración en torno a la vida religiosa local. Ese era su mejor punto de vista.

Teníamos, mi tío y yo, larguísimas conversaciones sobre la vida en Cástaras. Me contaba y le contaba. Contrastábamos. En las largas sobremesas de los domingos invernales, en mi casa de Alcalá de Henares, se fue gestando la idea. Yo le decía: escribe todo esto que me cuentas; es lástima que se pierda; hazlo tú que tienes condiciones para ello. Finalmente se animó. Hizo algunos

ensayos previos y durante las vacaciones de 1999 escribió una primera versión que no le satisfizo. Comentó algunas ideas y recordó algunos hechos conversando con castareños de su generación y con otros más jóvenes. En la primavera de 2000 viajamos a Cástaras, quizá en busca de inspiración. Aproveché las vacaciones de ese año para corregir, aumentar y mejorar lo escrito. El proyecto tomó carácter casi definitivo durante el verano de 2001. Hubo más contrastes de ideas y nuevo viaje al pueblo. Al año siguiente, tras algunos añadidos y arreglos, dio por terminada la obra. Me entregó las fotografías que quería insertar pidiéndome que le diera forma impresa. Así lo hice. Escribió los pies de las ilustraciones y, cuando estaba corrigiendo la primera copia, se nos marchó para siempre.

Así, nos hemos tenido que encargar de finalizar las tareas pendientes para editar la obra. Hemos mantenido sin apenas diferencias el texto original. Solamente se han corregido los errores tipográficos y ortográficos. En cuanto a las ilustraciones se han agregado algunas, amablemente aportadas durante el proceso de edición, que hemos considerado interesantes y enriquecedoras, aunque el autor no tuvo conocimiento ni siquiera de su existencia. También hemos considerado necesario modificar los párrafos iniciales del capítulo en el que se describe la iglesia de Cástaras, relativos a la cronología de las obras efectuadas, que en el original dactilografiado aparecen confusos y con algún anacronismo.

Como sé que mi tío no se hubiera olvidado, agradezco en su nombre todas las colaboraciones habidas. Citaré especialmente a su hermano Miguel, a sus primos Enrique y Juan García, Pilar y Enrique Mezcuca, y a su amigo

Miguel Almendros Alonso, ellos, y seguramente otros que desconozco, ayudaron a recordar y ordenar sitios y hechos; a Josefina Rodríguez Salmerón y a Matías García Carrillo que amablemente nos han aportado algunas fotografías; a Juanita Rodríguez Puga siempre solícita a la hora de buscar información en los archivos; a Juan José Guerrero que desinteresadamente ha aportado medios técnicos; a mi esposa, Juana Madera, que transcribió el manuscrito y contribuyó con su casa y su tiempo soportando horas y horas de conversaciones vacías de interés para ella; a Inmaculada eficaz correctora de las primeras pruebas; a Juan Manuel Jerez Hernández por sus acertadas observaciones para optimizar la edición; a mi hijo Jorge por el diseño de la cubierta; y a todos cuantos de una u otra forma han prestado su ayuda, muchas gracias.

Hago notar que este libro no estaría en manos del lector, al menos en edición impresa, sin el interés, la constancia, el entusiasmo y la ayuda de Ángel Bañuelos Arroyo. Desde que lo leyó en copia digital, fue su empeño pasarlo por la imprenta para que esté al alcance de quienes quieran leerlo. Gracias, pues, Ángel, por tu contagioso entusiasmo, por tu apoyo y por la estima que nos manifiestas.

Mi reconocimiento también a la recién creada Asociación Cultural de Cástaras y Nieves que se encargó con presteza de la primera edición, cuando otros, quizá más indicados y con más medios, no supieron, no pudieron o no quisieron.

Mencionaré en lugar muy destacado nuestra gratitud a don Miguel J. Carrascosa Salas, alpujarreño ilustre, gran conocedor y amante de nuestra tierra, y prestigioso escritor, que ha accedido amablemente a prologar el libro, sa-

tisfaciendo los deseos del autor, manifestados poco antes de ultimarlos, y los de quienes hemos participado en la edición.

Finalmente agradezco a mis primos Jesús, Miguel Ángel e Inmaculada y a mi hermana el encargo de que los represente en este cometido y las facilidades que han dado para sacar adelante el proyecto.

Tengo una especial satisfacción en hacer llegar este libro a quién lo quiera leer. Seguramente influí animando a que se escribiera y, desgraciadamente, he tenido que darle los últimos retoques.

Para los castareños, para sus descendientes, para alpujarreños y allegados, para todos aquellos que gusten y quieran se escribieron estas páginas. Que sirvan para que siempre llevemos ese pequeño trozo de tierra, ese gran pedazo de vida, en el corazón.

Jorge García García.

Alcalá de Henares, abril de 2005.

PRÓLOGO

Me ha resultado especialmente grato haber podido corresponder, dentro de mi ajustado tiempo, al amable requerimiento de don Jorge García García, sobrino del autor del libro que hoy prologamos a sus instancias, *Cástaras, misterio entre aguas y piedra*, obra de don Nicolás García Mezcua, recordado y celoso sacerdote, nacido en esta villa alpujarreña en marzo de 1920, y que, una vez licenciado en Filosofía y Teología por la prestigiosa Universidad Gregoriana de Roma, fue sucesivamente párroco de Cástaras y Nieves, Jubiles y Notáez; vicerrector del Seminario Mayor “San Cecilio”, de Granada; ecónomo de la parroquia de Arenas del Rey y encargado de la de Játar, ambas iglesias pertenecientes al arciprestazgo de Alhama de Granada.

En 1958 se traslada, por propia iniciativa, a la capital de España y después de revalidar, con brillantez, sus estudios de Filosofía en la Universidad Central, desarrolla diferentes actividades de tipo religioso, pastoral y docente en el Instituto madrileño de Ortofonía (para educación de alumnos diléxicos y sordomudos), en la parroquia de El Plantío, en la iglesia de la Florida y en el Oratorio de Nuestra Señora de Lourdes, de Madrid, hasta el mismo día de su fallecimiento, acaecido en marzo de 2003, a los 82 años.

Sacerdote de acrisolada vocación y de recias convicciones teológico-pastorales, que tuvo ocasión de poner a prueba en

las múltiples y diversas tareas de orientación religiosa, apostólica y docente que desarrolló a lo largo de su fecundo ministerio. Y es que don Nicolás García Mezcuca –que fue requerido en alguna ocasión por sus superiores para ocupar altos cargos de responsabilidad eclesiástica– declinó cuantas invitaciones se le hicieron en este sentido y sólo quiso ser, “a pie de obra”, un testigo fiel, coherente y comprometido con Jesús de Nazareth, que prefirió a esta clase de imitadores antes que a los doctores, poderosos y sabios de este mundo. De este tipo de testigos humildes precisa la Iglesia de nuestros días, sí; de testigos que hagan de su ministerio una página viva del Evangelio de Jesús, ya que el cristianismo –en la lúcida tesis de Kierkegard– “no es una doctrina, sino un mensaje existencial. Por tanto, no le es indiferente la persona que lo expone, con tal de que diga y profese objetivamente la verdad. No, Jesucristo no ha instituido profesores, sino imitadores. Si el cristianismo no se reduplica en quien lo predica, este último queda invalidado para anunciar el mensaje que aquél contiene. En suma, existir en él –expresarlo existiendo– eso es sencillamente **reduplicar**”. (P. JACQUEMONT, *Los tiempos de la paciencia. Estudios sobre el testimonio*, CERF, París, 1976, pp. 131-132).

Pero don Nicolás García Mezcuca poseía, además, una cualidad muy destacada dentro de su perfil biográfico como alpujarreño de excepción: la de su arraigado amor hacia la tierra y el lugar de su nacimiento, que es tanto como decir hacia el fluir dinámico y conformador de las identidades geoculturales, que tanto suelen influir en el modo de ser, pensar y sobre todo manifestarse de los seres humanos... Y así lo hemos podido constatar leyendo uno de los poemas o letrillas compuestos por don Nicolás durante los años de su juventud ligados a Cástaras, el lugar de Las Alpujarras que los geógrafos, geólogos e investigadores del pasado han identificado etimo-

lógicamente como la “peña cascada” muy próxima a la Contraviesa:

*“Mayo vuelve, y en su días,
vuelven otra vez las flores,
y también los trovadores
con cantares a porfía.
Cantos de ayer y de hoy,
cantos de toda la vida;
mi cantar es la medida
de todo lo que yo soy”.*

Y su amor y gratitud hacia Cástaras –la entrañable aldea que recogió su primer llanto y se alegró con su primera sonrisa– no ha sido simplemente un amor de recuerdos, afectos y solidaridades compartidos con sus allegados y paisanos a lo largo del tiempo, no; sino que se ha visto plasmado definitivamente, con apasionado fervor y hondo estremecimiento del ánimo, en la publicación que hoy ponemos en manos de los hijos e hijas de su entrañable tierra, *Cástaras, misterio entre aguas y piedra*, para que puedan percibir, en la intimidad de sus hogares o en la sonora y recogida soledad de los atardeceres, el eco cercano, familiar y grato de un pasado que el autor hace presente a través de sus relatos:

- El por qué de este libro.
- Una mirada a la historia.
- La iglesia de Cástaras.
- Las vivencias de todo un año como compendio de la existencia de un pueblo, el suyo.
- La crónica del quehacer colectivo de la aldea a través de los distintos meses del año agrícola.
- Más recuerdos añadidos.

Y, finalmente, un oportuno apéndice como cierre de la obra, en el que se relatan los trágicos efectos que la guerra civil de 1936-1939 causó al pueblo de Cástaras, especialmente al bello y airoso templo parroquial (a sus imágenes y objetos sagrados, queremos decir, que fueron destruidos por gentes incontroladas de la izquierda más radicalizada de la comarca), construido a mediados del siglo XVI y parcialmente reconstruido entre los años de 1594 y 1614 por el maestro de la Curia granadina Juan Ruiz Callejón, auxiliado por los carpinteros Francisco Martínez y Juan de Balvidares y el maestro tallista Ginés López.

El autor de *Cástaras, misterio entre aguas y piedra*, describe, con encomiable sencillez y soltura, las labores, sucedidos y trajines de sus vecinos a lo largo de las cuatro estaciones, iniciando la redacción de los distintos relatos con el mes de octubre, que siempre ha coincidido en La Alpujarra con el comienzo del año agrícola. ¿El contenido de estas narraciones? Está íntimamente relacionado con el dinamismo de una comunidad fundamentalmente rural, que dedicó sus afanes al laboreo de los campos, al cuidado de los ganados y a tomar parte activa en las festividades religiosas y profanas que les deparaba el calendario y que solían vivir de acuerdo con sus convicciones personales y —cómo no— con los hábitos heredados de sus antepasados (día de los Santos, matanza del cerdo, fiestas de Navidad y Semana Santa, el Jubileo por Pascua Florida, el día de la Cruz, la festividad del Corpus Christi, la del Corazón de Jesús y tantas otras que contribuyeron, unas veces, a la exaltación del sentimiento religioso de sus habitantes, y no pocas, a la simple y sana expansión y recreo de mozas casaderas, de jóvenes en edad de merecer o de personas de todas las edades necesitadas de esta catarsis multisecular, ya que tan sometidas estuvieron al rigor de los inviernos, a la escasez de medios y a la dureza de una tierra tan pródiga

en accidentes por su rebelada y áspera geografía...).

*“La Alpujarra, aquestas peñas
que al sol su cerviz levantan
y que, cuajada de aldeas,
de su bravura se ufana,
es tierra de noble gente
que canta, sufre y trabaja”.*

El precioso libro de don Nicolás García Mezcuca, que está escrito para que todos los lectores lo entiendan, nos trae a la memoria el recuerdo de unos hábitos de vida ya periclitados y representa, sin duda, la aproximación emocional, estremecida, a esa naturaleza perdida en la que se configuraron los primeros ritos de la comunidad rural alpujarreña; nos conecta con un espacio cargado de vivencias de un pasado marcado por la pobreza de medios, la dureza del trabajo agrícola, la sencillez y austeridad de las costumbres y la alegría –por qué no reconocerlo– del pan y el vino compartidos junto a los demás alrededor de una misma mesa, la de nuestros padres y abuelos... El lenguaje empleado en la redacción de estas sorprendentes páginas, describe y analiza el universo campesino, con sus gentes, costumbres y peripecias, y a través de ellas nos parece oír, al cabo de tantos años de vida urbana y desentendida de los pequeños pueblos, “la voz del hombre extendida por el duro territorio de la naturaleza, constituyendo una hermosa y singular aportación”. Con más fuerza –diría yo, recordando a Emilio Lledó– que *Odas elementales* de Pablo Neruda, “donde la poesía elabora, en su metalenguaje, un determinado sistema estético, el lenguaje del campo, confabulado con la naturaleza misma, sin apenas mediaciones, que no pretende otra cosa que la modesta pero intensa descripción de lo que ven los ojos y el deseo pretende”.

Tenemos que agradecer profundamente al autor de *Cástaras, misterio entre aguas y piedra*, el haber regalado a sus paisanos y sobre todo a los hijos y nietos de los que fueron sus compañeros de escuela, esta gavilla de relatos sobre uno de los pueblos más olvidados de La Alpujarra de nuestros amores. Esperemos que los niños y jóvenes alpujarreños de hoy, que nacieron entre el asfalto y el cemento, puedan saborear detenidamente las páginas que nuestro autor ha dedicado a Cástaras. Con la lectura de este libro, con este espejo de palabras de tan hondas resonancias, con este río navegable al que don Nicolás nos acerca, descubrirán nuestros jóvenes la verdad de la vida entre los viñedos y las sementeras, entre la parva y la recolección de las cosechas en sazón, entre los animales y las plantas, entre los hombres, las mujeres y los designios de un Dios que nos ama desde siempre...

La humilde obra de don Nicolás García Mezcuca, presbítero y castareño por la gracia de Dios, ha pretendido finalmente no sólo descubrir una determinada y sugestiva situación cultural y religiosa, vinculada al lugar de sus remembranzas más íntimas, sino conectarnos con un espacio humano de estremecidas resonancias, con el río de la realidad, para que sepamos algo de posibles rectificaciones; para que luchemos, unidos, por escapar de la enajenación que está degradando, a pasos agigantados, el corazón y la faz de nuestro mundo.

¡Gracias, don Nicolás, por su generosidad! Lo tendremos en cuenta al atardecer, antes de ser juzgados en el amor.

Miguel J. CARRASCOSA SALAS.

Presidente del Centro UNESCO de Andalucía.

Granada, marzo de 2005.

¿POR QUÉ?

Marzo del año 1943.

Empiezo a saborear mis veinticuatro primaveras recién cumplidas. Acaban de asignarme la tarea de cuidar la vida religiosa de las parroquias de Cástaras y de Nieves.

Desde la ventana de la *sala* de mi casa, en el número seis de la calle del Calvario, también llamada *Cuesta de las Eras*, veo los tajos del cerro de *Mansilla* y el barrio del *Poco Trigo*.

Va atardeciendo y por el *Camino Nuevo* un labriego regresa, probablemente, de sus tareas agrícolas en los viñedos.

El color grisáceo de la láuna en los terrados ayuda, en un tinte de melancolía, a recordar las tardes de otros tiempos.

En ese mismo *Camino Nuevo*, en el anchurón que hoy ocupa el jardín de la Ermita de la Virgen de Fátima, había casi habitualmente apilado un montón de estiércol. Desde una altura prudente los chiquillos saltábamos sobre el mismo. Por el año treinta y dos o treinta y tres se casaron una pareja de novios llamados Joaquín él y Joaquina ella. No había otros con esos nombres en el pueblo. Al saltar por turno, cada uno pronunciábamos alternati-

vamente los nombres de los recién casados para desearles felicidad.

Hay silencio en la casa y en la calle. Golondrinas y aviones trenzan líneas misteriosas en las alturas sobre el pueblo.

Durante ocho largos años llenos de lejanías y de vida, estuve ausente del lugar que me vio nacer.

Pasaron muchas cosas y siento necesidad de recordarlas, compaginando el pasado con los momentos de ahora. Y trato de conseguirlo, queriendo transformar aquello que fue, sin que pierda su sabor y raigambre. Revivir, en síntesis, el sonido de unas campanas que sonaron y ya no suenan.

Pienso en la ayuda que podrían prestarme muchas personas entradas en años para recordar ratos posibles sobre la historia o leyenda que puedan ser transmitidos a los que vengan después.

Medio ensimismado en esos pensamientos, ha llegado la hora de encender el quinqué. No hay luz eléctrica. La velada será larga y familiar.

En ese silencio de la noche quedaron dormidos mis buenos deseos y con ellos las ilusiones de un *ponerse el sol* para adormecerme en la filosofía alpujarreña de dejar que pase el tiempo sin pensar que éste no volverá jamás, soñando que los amaneceres de cada día borrarán un ayer que fue y no fue.

Han pasado casi sesenta años desde aquellas ilusionadas reflexiones.

Lejos de mi Cástaras querido, vuelvo a sentir los mismos deseos con redoblado afán.

Ya no existe la *sala* desde donde contemplaba la salida del pueblo hacia la *Piedra Picá*.

Mi casa es ahora un solar. Hubo que derribarla porque amenazaba ruina. Parece como si el destino hubiera querido borrar los rastros de mi infancia y de mi juventud. También la casa donde nací y di mis primeros pasos dejó de ser habitada y vino a llamarse la *casa caída*, hasta que se construyó la carretera que da entrada a la plaza.

Igualmente han desaparecido todos aquellos que pudieran haberme ayudado en la tarea de recopilar datos y compulsar vivencias. Los unos se marcharon para siempre y otros, más jóvenes que yo, tal vez estén en condiciones menos fáciles de recordar, dispersos y alejados como están, por diversos puntos lejanos de Cástaras, disfrutando de una vida más acorde con los tiempos que corren ahora.

Por eso, antes de irme yo, quisiera dejar a mis paisanos y a sus descendientes algo que les recuerde una parte de su pasado y así puedan transmitir a los suyos algunos datos que les ayuden a mantener viva la memoria del pueblo de sus mayores.

Volver a revivir algo que, en un estilo propio, marcó el devenir de Cástaras desde los años veinte hasta mediados los treinta, fecha en que el rumbo de la Historia señaló otros derroteros y un entender la vida de otra diversa forma.



La casa del autor en lo alto de la Cuesta de las Eras, hacia 1960.

INTRODUCCIÓN

Unos años ha, el Ayuntamiento de Cástaras, queriendo promocionar el conocimiento del pueblo para sacarlo del olvido y ostracismo a que lo llevaron la emigración casi forzada de sus habitantes y la falta de comunicaciones, con muy buen acierto, quiso idear alguna frase que compendiará las determinadas características urbanas y sociales de la localidad y a la vez incitara a la curiosidad de visitarla y conocerla.

Con una llamada telefónica fui invitado, supongo que también lo harían a otras personas, a colaborar en dicho cometido, a lo que accedí gustosamente.

Las frases por mí propuestas fueron estas:

“Algo distinto en La Alpujarra” y

“Misterio entre aguas y piedra”

No sé en qué vino a parar tal iniciativa, ni he percibido síntoma alguno indicador de haber sido llevada a la realidad. En la colección de vídeos “Descubra Granada y su provincia” publicada recientemente por el periódico IDEAL, al hacer el recorrido por el pueblo de Cástaras dice que a sus vecinos les gusta recordarla con la frase: “*Vergel dormido entre piedra y agua*, como aparece citada en los archivos de su Ayuntamiento”. Ignoro si esta frase será procedencia de la que yo propuse. De cualquier forma, bien venida sea.

Pensaba entonces y continuó pensando ahora, que Cástaras en su orografía es algo diverso entre tantos y tantos pueblos alpujarreños.

Contemplando el casco urbano desde la *Erilla del Baño* y enmarcado entre el *Tajo de la Hiedra* y el cerro *Mansilla*, me pareció siempre la proa de un barco con ansias de lanzarse hacia el mar en busca de una lejanía perdida sin posibilidad de encontrarla por impedir su salida el dique formado por la *Sierra de la Contraviesa*.

Curiosamente, cuando se instaló por vez primera el alumbrado eléctrico en el pueblo, colocaron un poste y en él una bombilla en el barrio llamado *Los Corralones*. Los pocos vecinos que por aquel entonces moraban en dicho conjunto, denominaron al poste *El Faro* y su barrio *El Muelle*. Y cuajó la idea.

El término municipal de Cástaras, limitado a su vez por los términos municipales de Busquistar y Juviles al norte, de Lobras al este, de Almegíjar al oeste y de Albondón y Torvizcón al sur, está dividido en tres grandes secciones: el poblado de Cástaras propiamente dicho, el anejo pueblo de Nieles y el conjunto de diversos cortijos diseminados, dentro del concejo, a uno y otro lado del *Río Cádíar* que separa, por así decirlo, La Alpujarra Alta de La Baja Alpujarra.

En la Enciclopedia Espasa el nombre de Cástaras se describe así:

"Municipio de 426 edificios con 1630 habitantes formado por dos pueblos:

Cástaras, lugar de 212 edificios y 858 habitantes.

Nieles (a 2,2 K), 121 edificios y 401 habitantes.

Diseminados, 72 edificios y 371 habitantes.

Corresponde a la provincia de Granada, partido judicial de Albuñol. Está al margen del río Cádíar y falda de una colina ramificación de Sierra Nevada. Fertilizan el suelo las aguas del río Trevélez y las de otros arroyos. El terreno es quebradizo pero bien aprovechado y la parte cultivada produce abundante trigo y cebada, legumbres, aceitunas, frutas, uvas exquisitas y seda. Hay unos baños, denominados de la Salud, de aguas ferruginosas. Se cría ganado lanar, vacuno, cabras y de cerda. Minas de azogue, fábricas de aguardiente. Dista de Granada 64 K., cuya estación es la más próxima. La iglesia parroquial es un buen templo de soberbia construcción, con amplia nave de 24 metros de longitud, 8 de ancho y 25 de altura.”

Repito que mi propósito es pergeñar unas notas que ayuden a los castareños dispersos por tantos lugares de España y algunos fuera de la misma a recordar sus años de vivencia en el lugar que los vio nacer y especialmente a sus descendientes para que tengan alguna referencia del entorno y modo que envolvieron la existencia de sus mayores. ¡Ojalá que llegue a conseguirlo!

Más que del municipio en sí, mi intención es limitarme en mis referencias al casco urbano de Cástaras, algo de su historia y más concretamente de mis propias vivencias entre los años 1920 y 1936, año este último que, como en toda España, cambió plenamente el rumbo y modos de vida de la generalidad de los pueblos.

UN POCO DE HISTORIA

Parece ser que el origen de Cástaras hay que situarlo en la era hispano-romana. Su mismo nombre pudiera provenir de la palabra latina *castrum* como señalización de un campamento romano situado en los *Prados de Villarreal* o, tal vez, en lugar próximo al emplazamiento del *Barrio de Enmedio*.

Sería importante y conveniente que algún estudioso, con mayores tiempo, medios y dedicación que la mía indagara en los Archivos de la Real Chancillería de Granada y en los fondos del Arzobispado granadino para sacar a flote y con certeza los comienzos y posterior evolución de este lugar del que tanto nos gustaría saber a cuantos de algún modo estamos relacionados con él.

Los documentos más detallados y valiosos: el Archivo Municipal del Ayuntamiento y el Archivo Parroquial, tristemente fueron destruidos. Junto a ellos perecieron para siempre los valores artísticos y preciosos del templo parroquial en unas fechas de triste y amarga recordación.

A mí me queda poner a flote los recuerdos de mi infancia y adolescencia, los datos que oí a los mayores y las propias deducciones que se me han ocurrido al cotejar unos con otras.

Tal vez haya muchas inexactitudes, tal vez mi imaginación haya supervalorado algunos hechos y casi los

haya convertido en realidad. Empero, me quedará siempre la satisfacción y el contento de ser, tal vez, el único en condiciones de contarlo en este momento porque han desaparecido la mayor parte de los testigos que pudieran acercarse a las intenciones de este relato y aportar algo que pueda mantenerse en pie cuando las casas del pueblo se van cayendo poco a poco.

Sé además que cuanto diga en este paseo sentimental por un retazo de la vida de Cástaras va a coincidir con escritos de otros que quisieron reflejar a su modo algo parecido de otros lugares más o menos cercanos a Cástaras. No hay en ello nada de plagio sino meras coincidencias derivadas de acometer un mismo fin con materiales parecidos. Esta misma coincidencia hará más acertado y verídico mi relato.

Aunque pudiera aportar alguna bibliografía, me ha parecido mejor que cada uno se agencie lo que pueda, así podrá rellenar las lagunas que encuentre en estas sencillas páginas.

CENTRANDO EL TEMA

A raíz de la expulsión de los moriscos ordenada tras la rebelión de 1568 y de la posterior repoblación de La Alpujarra con gentes venidas de otras regiones de España, el eje de la vida de los nuevos y antiguos núcleos de población alpujarreña fue la vivencia cristiana que vino a reforzar la ya existente durante la dominación musulmana.

La monotonía de unos días determinados por el quehacer siempre igual, venía a romperse con la llegada de las fechas señaladas por la actividad religiosa centrada principal y necesariamente en las celebraciones que se realizaran dentro o fuera del templo parroquial.

El nervio, pues, de mis elucubraciones irá enmarcado en la vida del pueblo, teniendo siempre en cuenta la referencia principal a la religiosidad animadora de cada uno de los meses del año.

LA IGLESIA DE CÁSTARAS

El templo primitivo debió de ubicarse en una mezquita situada en la parte alta del *Barrío del Medio*. Con toda probabilidad en el lugar que hoy ocupa la alberca que hay junto al manantial que abastece de agua al pueblo. Desde allí arrancaba el *Caminillo Viejo*, arteria principal que conducía a Nieves y pueblos siguientes.

Construyose la nueva iglesia hacia 1550. Para ello aprovecharon la explanada mayor situada entre los dos ramales del macizo antes mencionado. Fue necesario hacer un talud para abrir una calle a la parte izquierda del templo en cuyo lateral se abrió una segunda puerta distinta de la principal pero de igual dimensión. Casi todas las iglesias de ese mismo estilo tienen esas dos puertas, por ejemplo las de Nieves o Játar.

Las razones que motivaron la construcción de la nueva iglesia en el lugar que ahora ocupa debieron ser varias: buscar un lugar menos sometido a las inclemencias del tiempo, frío y viento. Mucho más pudo influir el desarrollo urbanístico en la parte baja debido al crecimiento demográfico de la población que fue construyendo sobre todo el terreno edificable fuera del suelo capaz de cultivo y aprovechando el espigón rocoso que va desde *La Higuera* hasta *Las Peñuelas* y hasta *Los Corralones*. Había que utilizar al máximo la tierra para mantener el

minifundio en que se basó siempre la economía castareña.

La iglesia debió ser destruida o medio destruida durante la rebelión a la vez que persecución de los moriscos. Conservose sin embargo, el retablo principal que luego pasó a formar parte de la decoración del nuevo templo parroquial.

En esta primera etapa la pila bautismal se colocó a la derecha, entrando por la puerta principal, construyendo a la izquierda unas escaleras para subir al coro en la misma forma que tiene esa subida la iglesia de Notáez.

El deterioro con el paso del tiempo, hacia el año 1650, obligó a una profunda remodelación sugerida además por el aumento de la feligresía. Las obras afectaron a la torre, que se elevó con un piso menos de los que ahora tiene. También se construyó la actual sacristía. En el lateral izquierdo se levantaron dos habitaciones, una con la subida al coro y otra para Baptisterio o *Cuarto de Pila*. Para ello se cerró la calle abierta en ese lado del templo. La parte de solar sobrante se destinó a cementerio, dándole entrada por el pie de la torre mediante un callejón denominado *de los muertos*. Igualmente se construyeron dos *pies amigos*, uno a cada lado la pared de la iglesia para reforzar, como contrafuerte, la estructura de la parte alta, colocándose así mismo las tirantes de hierro que cruzan de parte a parte el presbiterio y subsanar de ese modo las hendiduras que se habían producido en la estructura cercana al tejado.

Debido también a esa remodelación se tapió la puerta lateral que daba a la calle de la izquierda y de la cual se ve aún la parte alta de la misma asomando sobre la carretera.

Por último, en tiempos más tardíos, se le añadió a la torre un nuevo piso debido, probablemente, a que el sonido de las campanas no se percibía en el *Barrio Alto*. Esto hizo que ganara en esbeltez, dando al conjunto un toque de distinción y elegancia único entre las iglesias de la zona e imprimiendo al paisaje ese carácter que hace inolvidables las pintorescas vistas de la población desde cualquier ángulo. Puede distinguirse perfectamente, aún hoy, la construcción del piso último con materiales y ladrillos de distinta tonalidad y cómo están cegados los anteriores huecos de las campanas. También se cerró en sus laterales el cancel de entrada que constaba de un solo frontal de madera en cuarterones, colocando dos puertecitas para evitar las corrientes y el frío.

Según se señaló anteriormente consta la iglesia de una larga y amplia nave sobre la cual y en su parte más baja, se colocó un artesonado mudéjar de madera de castaño sostenido por hermosas vigas divididas en tres porciones y que van unidas por tres estrellas de madera labrada. Ese artesonado, en la segunda restauración de la iglesia, fue costado por los fieles de la parroquia, que aportaron la madera necesaria. Por falta de dinero o por escasez del castaño conveniente dejó de cubrirse en su totalidad el artesonado con las labores realizadas en parte del mismo.

La bóveda de la parte superior conformada con cañizo y yeso, da una sensación de claridad y amplitud grandiosa. Del centro de la misma pendía una lámpara de latón donde se colocaba la luz para señalar la presencia del Santísimo Sacramento en el sagrario.

La ornamentación interior constaba de un retablo mayor de estilo barroco, que también ha desaparecido desgraciadamente, construido, según referencias por el mis-

mo escultor que construyó el de la iglesia de Albondón. De un tono gris-verdoso, con abundancia de flores azuladas y rojizas y enmarcadas en paneles perfilados con pan de oro.

En el centro del retablo, sobre el altar y el sagrario, arrancaba el manifestador giratorio que daba un realce grandioso al resto del retablo. En la parte delantera de este manifestador se veneraba una pequeña imagen de la Purísima, preciada talla procedente con toda probabilidad, del mismo Alonso Cano o de alguno de los discípulos de su escuela. Por la otra cara estaba el propiamente llamado *manifestador* para la exposición solemne del Santísimo Sacramento. Ésta exposición solía hacerse en las distintas novenas y especialmente en los días del *Jubileo* anual con motivo del cumplimiento Pascual.

A ambos lados del manifestador lucían dos maravillosas esculturas de santa Ana y de santa Bárbara respectivamente. Nunca supe el porqué de estas dos advocaciones en la iglesia de Cástaras.

Sobre el manifestador y bajo un dosel de madera tallada, llenando la parte alta del retablo, estuvo colocada una sorprendente y devota talla de Cristo Crucificado, presidiendo todo el conjunto.

Probablemente y para sacarla en procesión dicha imagen fue descendida de su propio emplazamiento con motivo de una misión que dieron en Cástaras los padres redentoristas en tiempos más cercanos. En el lugar del Crucificado colocaron la gran Cruz de la Misión que los referidos religiosos solían dejar como testimonio y como recuerdo de su paso en los distintos lugares donde actuaban en su pastoral tarea.

En el año 1930, el entonces párroco, D. José Antonio Castillo, mandó bajar la Cruz de la Misión y colocar de nuevo en su lugar la hermosa imagen del Crucificado, que nunca debió ser retirada del centro del retablo para el que fue destinada.

Cuentan que, cuando fue destruido todo el ornato de la iglesia, alguien disparó con su escopeta contra el Cristo allá arriba colocado. El tiro debió impactar en uno de los ojos de la imagen. Igualmente cuentan que, no mucho después, al autor del disparo le nació un hijo con un ojo de menos. La realidad pude comprobarla. La causa, evidentemente no.

Coronaba el retablo una pequeña escultura, que decían ser de San Jerónimo. No he tenido con quien compulsar esta referencia. Casi estoy seguro de ser inexacta porque medio recuerdo que el tal santo tenía una pequeña palma en la mano, distintivo que no suele aplicarse a ese santo doctor.

Donde ahora se encuentra la puerta de entrada a la sacristía se alzaba otro retablo de más reducidas dimensiones, todo dorado, en el que se veneraba una delicada imagen de la Virgen del Rosario. En este altar se celebraban los cultos de Semana Santa ya que en el retablo mayor quedaba instalado el *Monumento*.

Conviene señalar que todas las imágenes de la iglesia de Cástaras eran de talla excepto la Virgen del Carmen y la del Nazareno, que iban vestidas con manto o túnica. Al lado izquierdo de este retablo y hasta el final de ese testero, se abría un gran arco por el que se accedía a la sacristía y la torre.

Sobre ese arco había otro de iguales dimensiones que daba al primer piso de la torre. Tenía una barandilla abal-

conada de madera labrada y era llamado *la tribuna pequeña* o *la tribunilla*. En ese primer piso de la torre estaban almacenadas las andas utilizadas en las procesiones y otros útiles necesarios para el culto.

En el testero de la izquierda, siempre dentro del presbiterio, se alzaba un tercer retablo de dimensiones intermedias y menos suntuoso que los otros dos. Tengo referencias de que este retablo ocupaba el lugar principal de la destruida iglesia primitiva del Barrio Medio.

En tal retablo había tres hornacinas. La central estaba ocupada por una gran talla de Nuestra Señora de los Dolores, toda de madera, en actitud llorosa y orante.

Quienes la llevaban en procesión comentaban que era de encina maciza, debido al gran peso de la misma.

La hornacina de la izquierda albergaba la imagen de San Antonio, copatrono del pueblo. Delicada y fina escultura con hábito gris apiojadillo, según el tono de vestimenta utilizado por los franciscanos en la época de realización.

A la derecha del Altar, en la tercera hornacina, lucía una mediana estatua del Niño Jesús, de pie y con una banderola en la mano derecha. Con toda probabilidad fue obra del celebre escultor Risueño. Esta imagen se salvó de la destrucción del año 1936 y, tras diversos avatares, ha desaparecido junto a otros valiosos objetos de culto que perduraron hasta los años sesenta.

Sobre la mesa del altar de este retablo siempre estuvo colocada una preciosa Cruz de madera tallada, de casi metro y medio de altura y montada sobre una peana. Tanto en su trazo vertical como en el horizontal iba adornada con espejos ovalados engastados en la madera policro-

mada rojo y oro. Era sacada en procesión el día tres de mayo, festividad de la Invencción de la Santa Cruz.

Toda la nave de la iglesia quedaba dividida en dos partes: la primera con la techumbre más baja y la segunda con la bóveda alta. Ambas estaban separadas por un gran arco en la altura y un escalón en el suelo, dividiendo así la nave en dos secciones: desde la entrada al templo hasta dicho escalón se destinaba a los fieles y la parte superior o presbiterio destinada a las acciones litúrgicas.

En la parte izquierda y adosado al arco estaba el púlpito, también de madera tallada y policromada, sustituido ahora por uno de cemento decorado con pintura.

En la parte derecha del arco pendía una lámpara de metal plateado, que aún sigue allí, y que fue costeadada por un castareño venido de América. No sé como se salvó de la destrucción. No ha mucho la cubrieron con pintura negra (!).

En el resto de la iglesia, entrando y a mano derecha, se alzaba un pequeño retablo de escayola, pintado en verde y rojo, con una maravillosa escultura de San José con el Niño Jesús en sus brazos. Esta talla debió salir de una gubia experta. Visitando no ha mucho la iglesia de la Abadía del Sacromonte en Granada contemplé allí una imagen de San José idéntica a la que había en Cástaras. Ésta es ciertamente obra del escultor Risueño.

Ascendiendo y en el centro, otro pequeño retablo de madera y de estilo semigótico, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Allí ardía constantemente una lamparita de aceite que, con sumo esmero, y devoción, cuidaba una piadosa viejecita llamada la *Tía Mariquita Márquez*. Esta buena señora se encargaba de rezar el Rosario en los días que se celebraba algún funeral por los difuntos.

En tercer lugar el altar de San Miguel, titular de la Parroquia y Patrón del pueblo. Era un retablo barroco de escayola en blanco y ribeteado en sus molduras con pinceladas negras realzando los motivos de su ornamentación.

La imagen de San Miguel, que también debía proceder de un gran escultor, llevaba unas alas de hojalata pintadas con purpurina plateada. Así permaneció hasta que en los años treinta, fue enviada a Granada para su restauración y reconversión a la forma que tiene la actual reproducción verificada después de la guerra. A decir verdad, dicha reconversión fue un desacierto, ya que se perdió la traza original de una belleza artística inconmensurable.

Con motivo de esa restauración se compraron entonces unas hermosas andas de plata Meneses con fondo de terciopelo rojo. En cada esquina llevaban un ángel con tres tulipas de cristal para ser iluminadas. Estos ángeles se salvaron afortunadamente cuando destrozaron las andas. Los varales eran largos como para ser llevados por tres personas en cada parte. Al tener estas dimensiones y no poder hacer los giros convenientes en el pie de la torre por tener que doblar dos esquinas muy próximas la una a la otra, se desvió el itinerario de la procesión por la calle que va directamente de la plaza a Las Peñuelas.

Al lado izquierdo, entrando desde la calle, se abría la puerta de entrada al cuarto de subida al coro o *tribuna grande* con una ventana que daba al cementerio. Este cuarto servía a la vez para guardar algunos enseres que no cabían en la sacristía.

A continuación otra puerta daba acceso al baptisterio o *cuarto de acristianar*. También era llamado *Cuarto de Pila* y también *Cuarto de los Faroles*. Adosados a las paredes de este cuarto, donde había empotrada una alacena

para guardar los santos óleos y el agua e instrumentos de bautismo, estaban colgados una serie de faroles de cristal en forma de bombos y de estrellas utilizados para alumbrar en el Rosario que en determinadas ocasiones se celebraba recorriendo las calles del pueblo. Presidía un estandarte con la imagen de la Virgen del Rosario.

Dicho Rosario realizado por los mozos portadores de los mencionados faroles, no siempre transcurría con el respeto y devoción debidas. A tanto llegó el desorden del cortejo religioso que, a principios de los años treinta, el Sr. Cura párroco se vio en la necesidad de suprimir definitivamente esta forma de devoción. Por cierto que, a propósito de este rosario por las calles, referían que una muchachita no muy espabilada, al acercarse a su casa el cortejo procesional, gritó a su madre que “venían unos hombres con panes con picos y con ollas sin asas”. Si no es verdadero, bien traído está.

Junto al *cuarto de pila*, que también tenía una ventana orientada hacia el cementerio, había un altar con dosel de terciopelo rojo con la devota imagen del Crucificado de la que se habló al describir el retablo mayor y que luego fue repuesto en su sitio, quedando en este altar la Cruz de la Misión.

Casi en el centro del testero se alzaba otro pequeño altar y retablo con la imagen de la Virgen del Carmen.

Imagen vestida y que era utilizada en diversas funciones religiosas, según convenía, con distinta apariencia, como veremos más adelante. Hacía de Virgen del Carmen, de Virgen Dolorosa y de Virgen Madre en el Portal de Belén.

Detrás de este altar estuvo situada la puerta lateral de la iglesia que fue cegada cuando se cerró la calle para dar

paso al cementerio. Aún hoy día desde la carretera puede verse la parte superior de la misma con el arco que la enmarcaba.

Por último y cerca del púlpito, frente al altar de San Miguel, se alzaba otro altar de escayola, parecido al de San José, que cobijaba la imagen de Jesús Nazareno. Vestida de túnica morada y tocada con una larga y abundante peluca, imponía, a la vez que devoción, un miedo respetuoso. La túnica se conservó y viste la nueva imagen que hay ahora.

La fachada principal del templo, en bella construcción de ladrillo, lleva sobre la arcada de la puerta una hornacina que, tal vez en sus comienzos debió llevar una imagencita. Yo siempre la conocí vacía y con unas cuantas piedras que los chiquillos lograban colocar en ella. Hoy día tiene una imagen pequeña de San Miguel costeadada por los castareños emigrados y que retornan a pasar el verano en el pueblo. A cada lado de la hornacina se abre un ojo de buey, cosa poco frecuente en otras iglesias que sólo poseen uno.

Hecha ya, a mi modo, la descripción del templo parroquial, vamos a recorrer la actividad toda de la vida castareña según yo la percibí desde mi niñez y adolescencia hasta la nueva etapa que va desde la guerra civil hasta nuestros días.

UN AÑO ENTERO COMO COMPENDIO DE LA VIDA EXISTENCIAL DE UN PUEBLO

Repasando los quehaceres cotidianos, las diversas actividades artesanales o agrícolas y acentuando la vida religiosa como eje extraordinario de todo lo acontecido y las formas de sentirlo y realizarlo, pretendo reunir en cada uno de los meses del año aquellos temas y motivos que pudieran tener relación con la situación climatológica y las celebraciones litúrgicas practicadas con mayor o menor solemnidad por parte o por la totalidad de las gentes de Cástaras.

Ese es mi deseo. Me esforzaré en cumplir mi cometido, pidiendo de antemano disculpas si algo no sé u omito algo sin querer.

Repito que esta especie de recuerdo sentimental ni es exhaustivo, ni plenamente histórico. Espero, y en ello insisto, llegar a suscitar en los castareños y en sus descendientes un deseo de adentrarse más y más en anhelos de conocer un poco mejor las andanzas vividas por sus mayores y que ya ni sus abuelos las pueden contar.

OCTUBRE

Lógico es comenzar por este mes.

Septiembre compendia en toda su estructura social y religiosa como en una síntesis, todo cuanto se pueda esperar a través de un año entero, refiriendo el discurrir del mismo hacia las fiestas patronales de San Miguel.

Esas jornadas festivas eran el condensador de los trabajos e ilusiones, que transformaban en alegría cuanto no pudieron lograr en el monótono y trabajoso transcurrir del deshoje del calendario.

Al iniciarse octubre, por toda la plaza y llenos de polvo abundaban los papeles de *colores bonicos*, que habían envuelto las *yemas y chupones* de dulce. Asimismo las cañas medio tiznadas de los cohetes disparados tanto a la salida como a la entrada, de las procesiones de San Miguel y de San Antonio patrón y copatrón del pueblo respectivamente.

Los chiquillos, que habíamos disfrutado hasta de la posesión de algunas monedas en aquellas fechas, cosa rara y casi única en el resto del año, buscábamos y rebuscábamos entre aquellos detritus alguna reliquia útil para hacernos posible, siquiera por unas horas más, la idea de que iba a perdurar aún el regocijo de los días anteriores.

La vida, sin embargo, entraba en el quehacer rítmico de todas las jornadas salpicado por algún que otro suceso que

las diferenciara de la rutina diaria de aquellos pueblos.

Los músicos se despedían de las familias en cuyas casas habían estado alojados. Los instrumentos musicales de menor tamaño eran llevados por los mismos músicos, que retornaban a pie a sus hogares. Los de mayor envergadura eran cargados dentro o sobre los capachos en alguna cabaillería, coronando siempre esta carga el bombo. Los mayordomos, compromisarios elegidos anualmente para organizar los festejos, eran los encargados de esta tarea y con ella daban por terminada su misión aceptada por ellos mismos de los mayordomos del año anterior encabezados por el *Piostre* y asesorados por el Sr. Cura Párroco.

Se notaba en todos una mezcla de tristeza y de cansancio por el ajetreo de los días pasados y a la vez una sabia resignación para emprender nuevamente el ciclo de preparar durante un año la alegría recién saboreada.

Otra vez las tareas del campo, los pantalones de pana y las gorras o sombreros avejentados con el polvo de todos los días.

Para suavizar estas nostalgias y este volver a empezar, el día siete de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Rosario se celebraba una pequeña función en honor de la Virgen bajo esta advocación. Misa cantada y una procesión matinal, que recorría solo *media estación*. Como era día de labor y las faenas de recolección andaban en plena actividad, la concurrencia a estos actos litúrgicos no solía ser muy numerosa.

Además de esa mencionada *media estación* en otras ocasiones se utilizaba otro recorrido llamado *estación completa*. Ambas comprendían un trecho más o menos largo según se hicieran las procesiones por la mañana, al atardecer o por la noche.

De *media estación* eran las fiestas del Rosario, de la Candelaria, de San José, el sábado de Gloria, el *Día del Señor* o del *Corpus Christi* y el día tres de mayo, fiesta de la Santa Cruz.

Distinto itinerario observaban las siguientes celebraciones: Rogativas en tiempo de ténporas, primer día hacia el *Albercón*, segundo hacia las *Eras* y el tercero hacia el *Caminio Nuevo*. En ellos se bendecían los campos y se oraba por el buen resultado de las cosechas.

También el dos de noviembre, *conmemoración de todos los fieles difuntos*, se acudía procesionalmente al Cementerio para rogar por todos fallecidos en el pueblo de Cástaras.

De *estación completa*, las del Sagrado Corazón de Jesús, las dos de la Purísima (último día de mayo y ocho de diciembre), las de San Miguel y de San Antonio, amén de cuantas se celebrasen durante la Semana Santa. Estas últimas salían todas de noche.

A principios de este mes daban comienzo las tareas escolares. Casi todos los niños acudían a la escuela. Gran parte de ellos por poco tiempo. Sus familiares, con harta pena de los pequeños, en nombre de una situación económica deficiente, los *quitaban de la escuela* para dedicarlos a las tareas del campo especialmente para guardar una cabra o un marrano u otras faenas impropias de la edad de los niños, siendo esta la causa principal del analfabetismo reinante. Podía cifrarse en más de un tercio la población que no sabía ni leer ni escribir.

Tan honda y arraigada era la aplicación a ese minúsculo pastoreo que, por aquel entonces, a los chiquillos se les llamaba *zagales* y las chiquillas *zagalas*, porque tampoco

ellas, aunque en menor escala, se libraban de ese cometido.

En la adolescencia ellos y ellas pasaban a la categoría de *zagalones* y de *zagalonas*.

Los locales escolares, uno para cada sexo, eran muy deficientes en cuanto a su espacio y en el material empleado para la enseñanza.

Todo el menaje escolar lo componían la mesa destartada del maestro con su correspondiente sillón, un *encera-do* o pizarra de regular tamaño, algún que otro mapa descolorido por el tiempo, dos o tres banquillos pequeños para los niños de corta edad y varias bancas o pupitres de diferente color y hechura cada uno que, además de rayados, estaban salpicados de manchas de tinta producidas al mojar su pluma los escolares en unos diminutos tinteros de loza, llenos con la tinta que ellos mismos fabricaban con agua y unos polvitos negros o azulados que venían en unos sobrecitos de papel.

Años se pasaban deletreando la *Cartilla*, pasábase luego al *Catón* y por último a unos libros de lectura titulados *Deberes* y *Mi primer manuscrito*.

No había enciclopedias y los diversos conocimientos eran transmitidos por el saber y la buena voluntad de los maestros. De vez en cuando se iba de paseo al *Camino Nuevo* para hablar de Geografía o de Ciencias Naturales.

El maestro utilizaba un largo puntero para señalar en el mapa o en la pizarra. Así mismo nunca faltaba la regla o la palmeta para hacer valer aquello de *la letra con sangre entra* o algo similar.

Para hacer cuentas o escribir dictados se utilizaban unas pequeñas pizarras y un pizarrín o clarión. Rara vez se en-



Tradicional vista del pueblo desde el Visillo. Años 60.

contraba una de esas pizarritas que no estuviera sin marco, rajada o convertida solamente en un trozo de la misma. A veces, por no tener el pizarrín conveniente, se usaba para escribir un trocito de la misma pizarra. No había dinero para comprar los útiles necesarios.

Se cantaba al entrar y salir de la escuela. El canto era el comienzo o final de la labor escolar. Estos cánticos tenían un sabor más o menos religioso o político, según corrían los aires gubernamentales. Era ineludible cantar todos los días la tabla de multiplicar.

En los cuatro o cinco años en que yo acudí a aquellas escuelas, recorrí cuatro locales distintos, todos de las mismas dimensiones poco más o menos y con igual ventilación: sólo la puerta y también una pequeña ventana. Fueron: los bajos del Ayuntamiento, otro en la Placeta y dos más en distintas casas al subir la cuesta de la iglesia.

Los maestros y maestras, chapados a la antigua, eran trasladados con frecuencia de un pueblo a otro.

Trataban de enseñar y sobre todo de educar tanto dentro como fuera de la escuela, dejando en los alumnos y en sus familiares un grato recuerdo.

Por estas primeras fechas de octubre se celebraba en Cádiar su feria anual. Era casi obligado acudir a ella. Especialmente los niños gozaban con esta primera salida importante a un lugar distinto de su pueblo, poniéndose en contacto con un mundo diverso sobre todo en actividad mercantil. Para los más su segunda salida digna de mención era para ir a hacer el servicio militar.

En esta feria se realizaban diversas transacciones. Compras y ventas de variadas mercancías o intercambios de animales. Contaba sobremanera retornar al pueblo con el lechón para la matanza del año siguiente.

Aquellos vecinos del pueblo que tenían sus haciendas propias o en arrendamiento en la vega alta y que allí habían disfrutado del fresco y trabajo del verano, hecha la recolección de sus cosechas, retornaban a sus hogares para pasar el invierno que se avecinaba.

Todas las tardes, casi entre dos luces, cruzaban las calles las caballerías, asnos o mulos, cargados de maíces, habichuelas o forraje para el ganado.

El conjunto de los pagos de la vega alta era denominado con el término de *por ahí arribas*, teniendo sin embargo, cada pago su propia denominación según el nombre de su dueño o debido a alguna circunstancia orográfica de suelo o manantial.

También en ese mes de octubre daba comienzo la vendimia. Parte del secano del municipio estaba plantado de

viñedos con bastantes almendros y no pocas higueras.

En capachos era transportada la uva y depositada en alguno de los diversos lagares existentes en algunas casas del pueblo.

El día señalado para *la pisa* se buscaba a los expertos para ese menester. Ellos, recogido el pantalón hasta la rodilla, con unas *agovías* de madera, pisaban la uva con lentitud y cierta maestría y elegancia.

El mosto, recogido en el pilón del lagar, era llevado en cántaros hasta la casa del propietario de la uva y allí se introducía en las cubas o toneles, dejándolo fermentar hasta el tiempo del trasiego a otro recipiente, esperando la hora del disfrute del caldo generoso coincidente, casi siempre, con la fecha de las matanzas.

Sobre los terrados de las casas aparecían tendidos sobre jarapas o zarzos de cañas, los maíces para terminar de secarlos. Igualmente se extendían los higos de secano que, una vez tostados por el sol, se depositaban en cajas o cajones de madera y en ellos *apidonados* se les dejaba *criar azúcar* para tomarlos como dulces en los días de Navidad.

A los lados de las ventanas se colgaban ristras de pimientos colorados, orejones de tomate y ensartas de habichuelas garbanzas para los pucheros con manteca de los inviernos.

Muchos niños que durante el verano anduvieron descalzos siempre a causa del ahorro económico, volvían a calzar las *albarcas* o las *babuchas* y así podían librarse del frío o del barro que comenzaba a formarse al caer las primeras lluvias otoñales. A ello se unían los calcetines fabricados por las mujeres con algodón y caseramente. Estos calcetines, de larga duración, cuando se rompían, eran nuevamente remendados con las mismas artes y, al final,

cuando ya no era posible la componenda, los críos los aprovechaban para hacer pelotas con que jugar al frontón. Así de pobre y de reutilizada era la economía de aquella zona.

La agricultura apenas daba para comer a los que tenían propiedades. Los menos favorecidos por la fortuna aguardaban la *salida* de algún jornal. Con frecuencia estos jornales se daban a *torna peón*, auxiliándose mutuamente en los diversos quehaceres.

Hubo un periodo en que la explotación minera contuvo a los castareños dentro de sus límites municipales.

Existían en aquel entorno diversas explotaciones mineras de mercurio o azogue amén de otra mayor de hierro.

En el término municipal de Cástaras se encontraban las minas del *Cerro de Mansilla* y las de los *Prados de Villarreal*, ambas de mercurio. Cercanas estaban las de *La Sultana* en Almegíjar, las de *La Perla* en Nieves, y las del *Riachuelo* de Tímar en el término de Lobras.

La explotación minera de hierro, en jurisdicción de Busquistar y Almegíjar estaba situada en el Cerro del Conjuero de donde tomaba su denominación.

Agotada la explotación minera de estos yacimientos se produjo un éxodo muy fuerte para buscar fortuna, hacia Marruecos y hacia América, especialmente hacia Buenos Aires, en la República Argentina.

Rara era la familia que no tenía emigrado alguno de sus miembros. Muchos de estos emigrantes se llevaron a la familia entera y bastantes de ellos cortaron para siempre la relación con los suyos y con el lugar que los vio nacer.

Temporalmente había dos periodos en que se producía otro tipo de emigración. Algunos se alejaban buscando

trabajo a diversas comarcas dentro de la provincia. Concretamente se dirigían al *Marquesado* provistos de su *rempuja* o sombrero de palma y de su hoz bajo el brazo. Era la temporada de la siega.

La otra salida hacia la costa de Motril y alrededores. Hombres y mujeres, a veces también la familia entera, con un bagaje de mal vivir, para trabajar en la *Monda* o zafra de la caña de azúcar.

Con lo ganado retornaban al pueblo, después de muchas fatigas y penurias, para emplearlo en atender al pago de las deudas acumuladas durante el año y comprar los trapillos para las fiestas de San Miguel.

NOVIEMBRE

Dichoso mes, que empieza con Todos los Santos y termina con San Andrés.

Así reza el refrán que enmarca cuanto de rutina y de especial señalaba la vida de Cástaras al ir adentrándose poco a poco en el ambiente otoñal.

La solemnidad de *Todos los Santos*, el día primero de mes, arrancaba con una misa solemne. Asistía la mayor parte de la feligresía. Tal vez para participar a la salida de la misma de un obsequio que, a la puerta de la iglesia, hacía la *Hermandad de Dios*, una de las cuatro establecidas en la parroquia. Estos llevaban varias canastas llenas de castañas cocidas con las que obsequiaban a los concurrentes. Los más pequeños tratábamos de acercarnos repetidas veces para acrecentar la ración y así volver a nuestras casas con los bolsillos repletos.

Era una festividad muy respetada por todos, que solían volver a lucir las galas del día de San Miguel. Unos por devoción y otros muchos por las castañas.

La religiosidad de las gentes de Cástaras era, por aquel entonces, en unos bastante honda y en muchos bastante superficial, basada en la tradición de los mayores más que en un aprendizaje catequético. Apoyados en la fe del carbonero, vivían una ética cristiana sin profundizar en su entendimiento y con una práctica religiosa harto deficien-

te. Para muchos la asistencia a los actos de culto se reducía a la misa del día del Patrón, a los funerales de los fallecidos y a alguna que tuviera relación con los familiares y amigos. La Noche Buena entraba también en el acercamiento a la parroquia así como en menor medida el *Día del Señor* o día del *Corpus Christi*.

Tampoco había en los sacerdotes un celo pastoral que incitara a los fieles a una mayor instrucción y participación religiosas. Apenas había predicación. Algo de catequesis para los niños. Sermones en contadas ocasiones y así se iba arrastrando la inercia de un cristianismo transmitido de padres a hijos sin más incentivos que la celebración de las fiestas señaladas en cada mes como referencia a algo extraordinario en la vida local.

Se oía decir que: Con una misa y un marrano había para todo el año. Sobraba misa y faltaba marrano.

El mismo día de todos los Santos, al atardecer, las campanas de la torre empezaban a emitir lúgubres acentos anunciando que ya entrábamos en el *Día de los finados*, que se conmemoraba al día siguiente.

Llegados al día dos del mes, continuaba el tañer de las campanas, que no había dejado de sonar durante toda la noche. Los monaguillos permanecían en la torre hasta el amanecer y amortiguaban el frío con un brasero y comiendo castañas tostadas.

El doblar de las campanas tanto en esta conmemoración como en ocasión de entierros y de funerales se ejecutaba *doblando*, es decir: dando los *clamores*, haciendo sonar a la vez las dos campanas y dando tres si el difunto era varón y dos si era mujer. A continuación se iban dando dos golpes con la campana mediana y uno con la gor-

da. Así durante cortos espacios de tiempo. Para los niños fallecidos en lugar de doblar se repicaba el campanillo.

En la torre y en los mismos huecos que ocupan las actuales, había tres campanas. La *Gorda* o mayor que llevaba grabado el nombre de Nuestra Señora del Rosario, la *mediana*, denominada de San José y el *Campanillo*. Este fue donado por D. Miguel García Martín, sacerdote hijo del pueblo, cura y maestro de El Jau - Santafé. Él había construido allí una hermosa iglesia con sus campanas correspondientes y mandó a Cástaras la pequeña campana de la antigua ermita.

Las tres campanas tenían también grabadas las fechas de su fundición. Las dos primeras parece ser que fueron fundidas en el mismo Cástaras y en el *Camino Nuevo*, en el recodo dónde ahora se sitúa la ermita de Nuestra Señora de Fátima.

Con los diversos toques se convocaba a los vecinos del pueblo a los actos litúrgicos, como señales de duelo y entierro, para *arreglar los caminos* y como *toque de arrebató* para la extinción de incendios.

Dos veces al año, por primavera y otoño, sonaba el toque para *arreglar caminos*. Cada vecino acudía personalmente o pagaba el jornal correspondiente y reunidos en la plaza, el *municipal*, nunca se le llamaba *el alguacil*, distribuía por grupos y los enviaba a los lugares dónde el tránsito de caballerías o la caída de las lluvias hubieran ocasionado mayores desperfectos.

Los toques para llamada a misa o novena se realizaban tocando o repicando las campanas y de tanto en tanto, sin que mediara un tiempo predeterminado, sonaban *las treinta, las nueve, las tres y la una* campanada. Esta úl-

tima indicaba la inmediata iniciación del correspondiente acto religioso.

Al salir el sol, al medio día y al caer la tarde sonaba el toque de *la oración*. Con el primero se daba comienzo a la actividad del día, con el segundo señalábase la hora del almuerzo y con el tercero la hora de volver a casa. *A la oración se recoge el pendón*, advertían las madres a sus hijos.

También cuando el sacerdote, en la misa, llegaba al momento de la consagración, se daba un toque especial, llamado *el Credo*, invitando a todos a unirse en una misma oración y confesión de fe.

Así mismo y a la hora de la cena, volvían a sonar las campanas con el *toque de ánimas* para recordar a los difuntos con el sufragio de una plegaria.

El *Día de los Finados* se completaba con una misa por todos ellos y una visita, en procesión al cementerio situado en el pago del *Albercón*. Entre malezas y matojos secos se rezaba un responso y se enderezaban las pocas cruces que había sobre las tumbas y que el viento y la lluvia habían inclinado.

Parece oportuno, con motivo del día de Difuntos, hablar del problema de los cementerios en Cástaras. Situada la primitiva parroquia en el Barrio Medio, era lógico que el cementerio estuviera cercano a la misma, según costumbre en aquellos tiempos.

Hay en aquel barrio, debajo del lugar que ocupó el templo, una finca llamada *Haza de las Ánimas*. Dicha finca fue hasta hace pocos años propiedad de la parroquia. Parece lógico pensar que en ella debió estar situado el primer cementerio de la localidad, tras la repoblación. Construido el templo actual en el centro de lo que llegó a

ser núcleo principal del municipio, continuó siendo el lugar de enterramiento primitivo.

En la misma iglesia actual pudieron ser sepultados algunos cadáveres. No sé si de sacerdotes o no. En mi memoria de niño recuerdo haber visto restos humanos cuando se hacían los hoyos necesarios para colocar los palos que servían de apoyo a los arcos elevados para el monumento de la Semana Santa.

Con motivo de la segunda restauración de la iglesia y para ampliar sus dependencias, debió pensarse en la conveniencia de trasladar el cementerio a un lugar más cercano al templo parroquial. Se optó entonces, según se refirió al describir la parte exterior de la iglesia, por aprovechar la calle del lateral izquierdo, cerrándola por la parte que da a la plaza y así construir la subida a la tribuna grande y al *cuarto de pila*, tapiando a la vez la puerta lateral ya mencionada. Para darle entrada al cementerio se construyó a la espalda del templo un espacio que fue llamado *Callejón de los muertos*, con entrada por el pie de la torre. Ese callejón, modernamente, fue convertido en salón parroquial y posteriormente alquilado para servicios farmacéuticos.

En el mencionado callejón, sin ser convertido en tierra sagrada, eran enterrados los niños muertos sin bautismo y aquellas personas a las que se les denegaba la sepultura eclesiástica.

Allí mismo se guardaba la *Caja de las Ánimas*, un ataúd sin tapadera utilizado en los entierros de los difuntos a quienes su penuria económica o su pertenencia a la mendicidad, sin familiares reconocidos les era prohibitivo costearse la propia mortaja. Aún conservo fresco en mi memoria de niño el entierro de una viejecita que vivía

en soledad allá por el barrio de Las Eras y que era llamada *la tía María la Coneja*. Casi sentí frío cuando, ya en el cementerio, la arrojaron al hoyo arropada solo con su vestimenta.

Este cementerio, a finales de los años sesenta, después del oportuno llamamiento a quienes tuvieran intereses familiares en él, fue sometido a una monda con el fin de ocupar toda su extensión con la entrada de la carretera hasta la plaza.

Con motivo de la epidemia del cólera en el año 1854, debió saturarse el cementerio. Además por la orden de alejar a los muertos para evitar el contagio de tan terrible enfermedad, se habilitó como cementerio adicional una parte de secano situado junto al camino del *Pedro Jiménez* cerca de la *Erilla del Baño*.

Este *Secano de los Muertos*, ubicado entre varias fincas particulares y sin título de propiedad visible, fue siendo absorbido por los propietarios de los viñedos colindantes sin que hoy queden rastros concretos de su ubicación exacta y de su determinada extensión.

Construido el cementerio del *Albercón* camino de *Lo Hondo*, ya como cementerio municipal, aunque la administración del mismo correspondiera a la parroquia, continuó siendo lugar de enterramiento funerario hasta que, en el año 1930, según disposiciones gubernamentales, se obligó a los ayuntamientos a alejar los cementerios del casco urbano de las poblaciones.

En el año 1931 fue inaugurado el cementerio actual cerca de la referida *Erilla del Baño*, en el comienzo del camino que lleva hasta el mismo.



Amanecer desde la casa de Doña Celia. Puede verse la neblina sobre el río Guadalfeo y al fondo La Contraviesa. Hacia 1980.

En una de las esquinas de este cementerio hay, adosado por la parte exterior, un pequeño añadido que se destinó a cementerio civil entre 1944 y 1945. La razón de este adosado es que en esas fechas y en el trozo destinado a cementerio civil y que no había sido bendecido ni tapiado, fue enterrado el cadáver de un buen hombre fallecido en el *Barrio Alto*. Sus familiares escogieron aquel pedazo de tierra por estar totalmente libre de sepulturas, haciendo el hoyo precisamente en el centro del mismo sin tener en cuenta, sin duda por ignorarlo, la circunstancia que rodeaba aquel lugar. Ante la necesidad de deshacer aquel entuerto, antes que desenterrar al difunto y depositarlo en tierra sagrada, optaron por comprar y añadir a sus expensas este adosado para cementerio civil. La parte de ce-

menterío en cuestión la bendije yo mismo, pues en aquellas fechas estaba encargado, como cura ecónomo, de la parroquia.

Aún queda, sin que me conste haberse corregido el desaguado, otra especie de cementerio singular.

El proyecto inicial del nuevo cementerio fue situado en la misma *Erilla del Baño*. Después, por razones de espacio, se determinó su actual emplazamiento. En ese intermedio falleció una anciana llamada *La tía Isabel la Profesa*, cuyo cadáver se enterró precisamente en el lugar del primer proyecto. Nunca me llegaron indicios de su exhumación y traslado al lugar donde debieran reposar sus restos mortales.

La mentalidad del pueblo, también de los demás pueblos de aquella zona, sobre la muerte y sus lógicas consecuencias era de un hondo y sentido dolor, que se manifestaba en el luto guardado durante bastante tiempo especialmente por las mujeres. En relación, en cambio, con el cementerio estaba en vigor aquello de “*el muerto al hoyo y el vivo al bollo*”. Una vez enterrado el difunto y amontonada la tierra sobre el féretro, a modo de ataúd, alguno que otro volvía a colocar una cruz de madera y los más dos trozos de cañavera atados en forma de cruz con un esparto. Para la mayoría ni eso. Al cementerio no se volvía sino para asistir a otro sepelio y esto mientras el lugar de enterramiento estuvo cercano al pueblo. La superficie del mismo se llenaba de maleza y jaramagos. Únicamente, y esto ya se comentó a propósito del *Día de los Finados*, se hacía una visita litúrgica con los asistentes a la misa de esa jornada. Ni una lápida, ni una flor, ni una señal física como testimonio de recuerdo hacia el ser querido.

Hoy día, fruto de la emigración, los que se fueron trajeron los modos de otras latitudes y van apareciendo señales de que ya *no se quedan solos los muertos*.

Todavía, y en relación a los difuntos, conviene decir algo sobre las defunciones y sus circunstancias posteriores.

Se anunciaba el deceso con el doblar de las campanas según el ritual descrito anteriormente. Los vecinos acudían al duelo a dar el pésame correspondiente. La casa se llenaba de gente. Las mujeres se sentaban en las sillas traídas en gran parte de los domicilios cercanos. Los hombres ocupaban generalmente las escaleras. Solía rezarse el rosario, y las más de las veces proliferaban los cuchicheos más o menos oportunos sobre la vida y sucesos del pueblo. Era siempre un punto de encuentro con los que solo se veían de tarde en tarde.

A la hora del entierro, llegada la presencia de la Parroquia, los hombres llevaban el féretro hasta la puerta de la iglesia y rezado o cantado un responso, el cortejo fúnebre se dirigía hasta el mismo cementerio cuando se utilizaba el del *Albercón*. Después, cuando se hizo el nuevo, hasta la *Alberca del Molino*.

Si el fallecido pertenecía a la *Hermandad de la Ánimas*, los cofrades portaban velas encendidas.

Al día siguiente, por la noche, en la casa del fallecido daban comienzo *los rezos*. Duraban nueve días y mientras duraban, acudían hasta la puerta de la casa los hermanos de las Ánimas con el estandarte y los faroles para cantar *La Salve*, un canto algo tenebroso y de no mucho afinamiento musical, impresionante a la vez. Pasados los rezos, se celebraba el funeral de *cuerpo presente* (!).Y

ya... hasta el próximo año para volver a recordar la muerte en el *aniversario*.

En este mes de noviembre algunos labradores invitaban a vecinos y amistades a *desfarfollar* las panochas de maíz. Armados de pinchos de caña, iban despojando a las panochas de la farfolla. Esas hojas, luego de bien secas, se *despicaban* en trozos pequeños y se utilizaban para llenar los colchones. La lana era un lujo no permitido para todos los miembros de una misma familia.

Cuando aparecía una panocha con granos oscuros (a estas se las llamaba *pellizqueras*), aquella persona a quién le caía en suerte tenía derecho a pellizcar a quienes tuviera a su lado. Ni que decir tiene que los mozos procuraban colocarse entre las mozas para aprovechar la ocasión que el hallazgo les brindaba.

Otras veces la invitación era para desgranar el maíz. Se utilizaba un *turrillo* o eje de la mazorca. Los granos desprendidos poco a poco acrecentaban el montón situado en el centro del corro formado por los asistentes. De él se retiraba en una *cuartilla* y se vertía en sacos de cáñamo o se llevaba directamente al granero o a los trojes.

Para festejar el desgrane se tostaban castañas, invitando también a los concurrentes a una copita o unas uvas previamente echadas en aguardiente, que eran sacadas del recipiente con una aguja de hacer media.

Y así se llegaba al final de mes que daba entrada a una nueva etapa climatológica y sociológica. *Por San Andrés se mata el marrano y se destapa el tonel*. La festividad de este apóstol se celebra el último día de noviembre.

DICIEMBRE

La llegada del frío influía bastante en el modo de vivir.

Se acercaba la familia a la fogata de leña entorno a la chimenea o rodeando la mesa camilla buscando el calor del brasero. Había como más intimidad y comunicación.

Los mayores se colocaban la boina, la gorra o el sombrero. Se usaba mucho la boina calada hasta las cejas. Esta prenda fue, tal vez, herencia de los repobladores castellanos y vascos. Era también corriente la gorra de visera y el sombrero, que llegaba a tener un color indefinido a fuerza del uso y de la suciedad acumulada.

Las mujeres, especialmente las más entradas en años, se tocaban con un mantón de lana o una toquilla sobre los hombros. Además cubrían su cabeza con un pañuelo de seda grande.

Los chiquillos solían vestir una especie de guardapolvo, llamado *babero*, un pantaloncito corto y la camisa. Más ropa interior... casi nunca.

En la adolescencia, se suprimía el babero, a la camisa se añadía una blusa y el pantalón se alargaba primero hasta la rodilla, pasando al pantalón largo al apuntar la juventud.

Las muchachillas con su melenita, sus coletas y lazo en la cabeza, un vestidito más o menos vistoso y unas sandalias de goma, cuando no alpargatas.

Ya adolescentes se dejaban crecer el pelo hasta poder hacerse una larga trenza que, alcanzada la juventud se convertía en un rodete, signo de *estar hecha una mujer*.

Tarde, tarde, llegó la moda del pelo corto. La primera que se atrevió a llevarlo de esta guisa causó un revuelo en el pueblo, siendo mirada y muy criticada por la mayoría de la gente, especialmente de los hombres.

Como introducción religiosa a este mes de diciembre se celebraba, el día ocho, la solemnidad de la *Purísima* o fiesta de la *Limpipura*, como se llamaba desde antiguo en toda España. Como consecuencia de la definición del dogma de la Inmaculada a mediados del siglo diecinueve, paulatinamente fue introduciéndose la nueva denominación.

Aparte de la novena correspondiente, el día de la fiesta, además de la misa cantada, se sacaba en procesión, por la tarde, aquella fina y elegante talla nombrada al describir el retablo mayor. En esta procesión y en la de *Las Flores* en el mes de mayo, la imagen era portada sobre sus hombros por las jóvenes pertenecientes a la *Asociación de Hijas de María*. En el resto de las procesiones las andas eran llevadas por los varones. En esta procesión se utilizaban unas andas de color celeste con una bonita coronación del mismo tono.

Al detallar la estructuración y ornamentación del templo parroquial, dejé para esta ocasión referirme al órgano situado en la tribuna grande. Era de un solo cuerpo, alimentado por el aire que producían tres grandes fuelles colocados a la derecha del mismo, dos en bajo y uno en

alto. Mientras tocaba el organista, que también era el sacristán, un acólito u otro niño cualquiera tenía que estar inflando por turno cada uno de aquellos fuelles para que no faltara el aire. Había pugna entre los menores por alcanzar el privilegio de participar en aquel menester.

No había órganos en ninguna iglesia de aquellos entornos.

En el día de *La Purísima* solían estrenar las jóvenes su vestido de invierno con tejidos de mayor resistencia al frío. Los abrigos entraron a formar parte del atuendo en los últimos años de este relato.

Según decía el refrán del final del mes de noviembre, con el hincar el cuchillo daban comienzo las matanzas, otro de los aconteceres señeros del año.

En las frías y tempranas mañanas, cuando las gentes andaban desperezándose, resonaban en el silencio los chillidos de algún marrano que estaban sacrificando.

La matanza fue siempre un motivo de fiesta y de reunión familiar a la vez que de invitación a las amistades que se implicaban en las múltiples faenas de la misma y a la vez disfrutaban también de la alegría y degustación del acontecimiento.

A primera hora y con la luz del candil los hombres sacaban el marrano del corral o cuadra. Antes habían tomado un tazón de café sorbido y una copita de aguardiente. Trabado el animal, lo colocaban sobre una mesa y el matarife o *mataor*, experto en este menester, hundía el cuchillo con destreza por el cuello del marrano hasta llegar al corazón. Brotaba un caño de sangre que una mujer recogía en un lebrillo mezclándola con un poco de sal y removiendo para evitar la coagulación.

Seguía a continuación el chamuscado de la piel con aulagas encendidas en un *chisco* armado en medio de la calle y rodeado de los chiquillos que acudían a presenciar el espectáculo.

Inmediatamente se rascaba la piel con trozos de pizarra o cuchillos viejos. Con agua hirviendo se escaldaba y se hacía un rasurado completo con navajas de afeitar, dejando limpio y lustroso al marrano. Todas estas operaciones se verificaban a la puerta de la casa.

Por aquellos tiempos los cerdos eran todos de pata negra con las patas largas y la carne enjuta. A comienzos de los años treinta se introdujeron los cerdos blancos, más bajos, gordos y grasientos.

Casi todas las familias cebaban durante el año su marrano. Las más pudientes y con más miembros agregaban uno más. Un año entero cuidando el animal en cuya crianza era fundamental la alimentación a base de maíz y *brebajos*, cocimientos de mondas de patata y sobras de las comidas mezclados con el salvado proveniente de la molienda. Algunos eran cebados con castañas y con hierba recogida en el campo. Rara vez salían del corral en el que, con sus detritus, ayudaban a pudrir el *monte* o maleza con la que se formaba el estiércol.

Una vez limpio el cerdo, se le introducía entre los tendones y el hueso de las patas traseras un travesaño arqueado llamado *camal* al que se ataba una soga para colgarlo de una viga en el techo.

El matarife procedía a continuación a abrirlo en canal. En un cesto de mimbre, llamado *menudero*, bajo y ancho, se recogían los intestinos y partes blandas. Los primeros, con el nombre genérico de *menudo*, eran llevados por las mujeres a alguno de los manantiales cercanos al pueblo

para lavarlos y luego utilizarlos en la confección de los embutidos. Casi siempre se efectuaba esta operación con un frío cortante y entre carámbanos de hielo.

Terminadas las operaciones antes referidas, sentados alrededor de la sartén, se comían las migas de harina con engañifa de bacalao y pimientos asados. Las migas eran en muchas casas el plato fuerte del día.

Como final de la comida se repartía una *chicharrilla*, trozo de carne recién cortada y asada a la brasa. Y de postre... higos secos.

La noche anterior al día de la matanza se cocían las cebollas que servirían para hacer la morcilla. Este quehacer se denominaba *estar de folloyo*. Con las cebollas cocidas, la sangre del marrano y la pringue derretida, además de las especias convenientes, se procedía a mezclar la masa y a introducirla en las tripas con la ayuda de unos embudos de hojalata de distintos tamaños que iban de casa en casa y de matanza en matanza. Una vez cocidas las morcillas en una caldera de cobre, se terminaba la jornada con la degustación del puchero de orejones de habichuelas, cena que terminaba siempre probando la morcilla caliente y recién hecha.

En no pocas ocasiones, mientras las morcillas hervían en la caldera, por el hueco de la chimenea, se veía bajar una soga con una *tarabita* atada en la punta. Con voz fingida, los vecinos más jóvenes, desde el terrado *echaban el garabato* solicitando probar el negro embutido. Ni que decir tiene que eran siempre complacidos con largueza.

Lógicamente en estos días de trasiego y de felicidad, destapado el tonel propio o del vecino se escanciaba el nuevo mosto que se libaba en abundancia.

Al día siguiente, y ya en la intimidad familiar, se procedía al *despiece* del cerdo que permaneció toda la noche oreándose al aire y al frío.

En diversos apartados separábanse las distintas clases de carne que, picadas en una máquina que también iba de una a otra casa, y adobadas convenientemente según la clase de embutidos a que estaban destinadas, esperaban el momento de ser llenadas y colgadas al oreo conveniente. Durante esa espera se degustaba la *asadura*, hígado y pulmón, revuelta con abundante cebolla. Una porción de esa *asadura* se guardaba en un cacharro para utilizarla en las *gachas* de invierno.

Los jamones y *brazuelos* o paletillas juntamente con las hojas de tocino se ponían en salazón durante diez o doce días. Luego se colgaban en un lugar fresco y aireado para *curarlos*.

Casi todos los jamones eran vendidos para saldar los atrasos económicos. Los *brazuelos* y el tocino pasaban a ser, durante todo el año, el condimento del *puchero* casi diario en la cena y también para la merienda que al campo llevaban los labradores.

Matanzas sólo había una y no en todas las casas.

Se acercaban las Pascuas o Navidad. Otro de los acontecimientos señeros en la monótona vida pueblerina.

Nueve días antes de Nochebuena daban comienzo las misas del *Aguilando* o aguinaldo. Antes de amanecer repicaban las campanas. Los fieles acudían numerosos a pesar del frío y de la oscuridad.

Resonaba la alegría de los villancicos y se preparaban las zambombas con una lata o un macetero, un carrizo y un pellejo de conejo previamente secado en la pared.

La Nochebuena, tras la cena familiar, todos iban a la iglesia para la Misa del Gallo.

La liturgia empezaba con el cántico de un villancico que rezaba así:

*De la sacristía sale
un clérigo revestido
a darle las buenas Pascuas
al Niño recién nacido.*

*Alegría, alegría, alegría
alegría, alegría y placer,
que esta noche nace el Niño
en el Portal de Belén.*

*Cantaremos, bailaremos
en obsequio del Dios de Israel;
y que ¡viva la Virgen María
y su esposo señor San José!
y que ¡vivan todos los pastores!
que adoraron al Niño en Belén.*

Continuaba el Santo Sacrificio intercalando otros villancicos tradicionales. Al final pasaban todos los asistentes a adorar al Niño y a ver el *Portalico de Belén* instalado en el lado izquierdo del presbiterio. Las imágenes de San José y la de la Virgen del Carmen ambas sin el Niño respectivo, estaban como contemplando al que estaba en el suelo entre pajas. Unas cuantas piedras, unos trozos de *césped* o musgo con dos o tres muñecas de cartón eran el ornato sencillo a la vez que simpático de aquella piadosa evocación. Por cierto, nadie quería ceder sus muñecas, alguna de ellas regalo de Reyes del mes de enero, porque

los mayordomos de la Hermandad de Dios, encargada de recrear el *portalico*, tenían la mala costumbre de tizar la cara de alguna de ellas.

El suelo de la iglesia estaba enlosado con ladrillos de color rojizo. Para evitar el frío, durante el invierno, y en la iglesia de Cástaras, que no en las de los pueblos cercanos, se cubría el pavimento con unas esteras de esparto que iban desde el escalón del presbiterio hasta la entrada del templo. Tejidas con esparto en tonos verde, azul rojo y natural, en su entrelazado formaban un dibujo que las hacía más llamativas. No había bancos. En general las mujeres llevaban su silla para sentarse. Las más quedaban temporalmente en el templo. Otras se traían y llevaban en cada ocasión. Las feligresas del Barrio Alto, dada la distancia al pueblo, se sentaban en el suelo cerca del altar del Nazareno y en torno al púlpito.

Hacia la entrada, casi pegando al cancel, había tres grandes bancos en forma de arcón, en cuyo interior se guardaba la cera y otros menesteres de las hermandades. Colocados en forma de U, formaban el *aprisco* y quedaban reservados para las autoridades en las fechas en que éstas asistían corporativamente a las funciones religiosas. En los días feriados los ocupaban los críos que, moviendo las piernas, con los talones daban golpes, gestos que eran acallados inevitablemente por las señoras que había más cercanas.

Cuando se levantaban las esteras para la limpieza los pequeños acudíamos a buscar alfileres *de porra bonita* o de diversos colores, que perdían las mujeres casi siempre las de clase más humilde.

Hemos hecho mención de las Hermandades. Eran éstas: *Hermandad de Dios*, encargada de los cultos en el

templo, *Hermandad de Ánimas*, en relación con los sufragios por los difuntos, *Hermandad de la Virgen del Carmen*, *Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús* y *Asociación de las Hijas de María*, que atendían a la referencia específica de cada una de estas devociones.

Pasada en familia la Nochebuena, los dos días siguientes a la misma se celebraban con bailes en alguna de las casas que disponían de una sala espaciosa con dimensiones aceptables para un grupo algo numeroso de personas.

Una guitarra, una bandurria y un laúd, como mucho, constituían la orquesta que amenizaba la diversión.

Los varones jugaban a las charpas, juego de envite que se hacía en medio de un corro de mirones lanzando al aire dos *perras gordas* mientras se apostaba a *cara o cruz*.

Este juego era perseguido por la Guardia Civil, que en aquellos días se daba una vuelta por la localidad. Si estos funcionarios aparecían durante el juego, se producía la desbandada rápida con las *perras* en las manos llenas además con el polvo impregnado al recogerlas del suelo.

El exceso de alcohol causaba algún que otro desaguisado en estas jornadas.

En medio de la plaza y colgado de una soga tendida de balcón a balcón se ponía un gallo esperando que alguien pusiera fin a su vida en busca de la sartén. A los que intentaban culminar esta hazaña, previo pago de una cantidad estipulada, se les vendaban los ojos, se les entregaba un sable y colocados en un punto de partida determinado, comenzaban a tantear entre buenas o falsas indicaciones de los asistentes, el modo de llegar hasta donde estaba el gallo. Cuando creían haber conseguido el punto óptimo preguntaban: ¿tiro o no tiro?. Si acertaba, se le aplaudía si no, se le abucheaba.

La tirada era de mayor o menor cuantía según era colgado el gallo a sangre o a muerte. Diversión esta que debió su origen a los repobladores venidos de Galicia donde ha tenido gran raigambre este entretenimiento.

Igualmente en el *Camino Nuevo*, en los *tajos*, colgado de un mástil, se ponía otro gallo al que se trataba de alcanzar con tiros de escopeta cargados de postas. Sólo los varones solían acudir a este espectáculo que también era perseguido por la Guardia Civil.

Las visitas a parientes y amistades menudeaban en estas jornadas. Solían ser obsequiados con higos secos y pan de aceite, cosa típica de las fiestas navideñas. A los higos se les metía dentro una almendra a lo que se llamaba *hacer un cohete*. No solía faltar un mantecado casero como culmen de la invitación.

Se estaba en plena recolección de la aceituna. Aparecían también los naranjeros cargados con capacho a las espaldas. Las naranjas se vendían por *cientos y medios cientos*.

No se le daba mucha importancia a la Noche Vieja y así finalizaba el año, esperando la llegada de otro mejor.

ENERO

Un Nuevo Año ha entrado.

Hay ánimos de fiesta y reviven las costumbres de los días de Pascua.

Como siempre, Misa Mayor. Villancicos todavía. Trajes de fiesta, que pronto serán guardados solo para los días de las grandes ocasiones.

A la puerta de la iglesia, después de la función religiosa, saludos y deseos de felicidad y de prosperidad en todo el año para todos los presentes y para aquellos que, pasada la Nochebuena en familia, retornaban a sus lugares de residencia.

Nueva concentración en la plaza por la tarde. De nuevo el gallo cabeza abajo colgado a tiro o sable, según el lugar. Vuelta a los higos y al pan de aceite. En algunas casas también buñuelos.

Bailes y un comienzo de año, pasado muchas veces por agua o nieve y siempre con temperaturas que invitaban a la chimenea y a su fogata.

Enero era en general un mes frío y heladero. Las bajas temperaturas hacían congelarse las gotas que caían de los aleros en los días de lluvia formando carámbanos de hielo, allí llamados *chupones*. Este mismo fenómeno se repetía en las pequeñas cascadas de los barrancos en los



Vista nevada desde Los Corralones. Años 60. (Cortesía de Josefina Rodríguez)

que corría agua abundante durante el invierno. Algunos años llegó a congelarse el agua de los caños de la fuente.

Raro era el año en que no nevaba copiosamente. Sin embargo, a pesar de la altitud geográfica de Cástaras, al estar resguardado por los cerros colindantes, el clima permitía que hubiera alguna que otra palmera y también algunos naranjos, que lograban soportar las inclemencias del tiempo.

Los días de gran nevada, al salir el sol, proporcionaban un espectáculo digno de contemplarse. Sobre los terrados blancos, blancos, se movían los vecinos con su va-

riopinta vestimenta, afanados en quitar la nieve caída para evitar que el peso de la misma pudiera afectar a la techumbre de la casa. Armados de palas, tablas u otro cualquier instrumento apto para lograrlo, arrojaban a la calle la nieve con rapidez antes que calentara el sol especialmente si ésta no había cuajado bastante.

Al arrojar la nieve de los terrados a la calle, dónde ya había gran cantidad de la misma, se iba acumulando tanto que en algunas nevadas llegó a alcanzar mas de un metro de altura debido a juntarse la de los dos terrados con la de la vía pública. Tanta nieve, endurecida por el frío, perduraba días y días sin derretirse, teniendo que abrir zanjas en medio de las calles para poder transitar las personas y las caballerías. Las caídas eran numerosas y casi siempre con gracia.

El frío seco y duro invitaba a arrimarse al rincón de la cocina cerca de la lumbre para ir atizando la candela a la vez que se percibía el calor del fuego. Si la lumbre se tornaba mortecina para atizarla estaban las tenazas además de un largo canuto de caña para soplarla. También se recurría al brasero formado con las ascuas del mismo fuego o preparado con cáscaras de almendra, carbón o el orujo resultante de la molienda de aceituna en los molinos de aceite que funcionaban en el pueblo.

Los hombres ante la imposibilidad de acceder al campo a causa de la inclemencia climatológica, se refugiaban en las almazaras que trabajaban a tope en la tarea de la molturación y extracción del óleo de las aceitunas. Allí charlaban de sus asuntos, de la política local, del tiempo que pasaron sirviendo al Rey y de los chismorreos, a veces, no muy castos que circulaban por la localidad.

Había dos almazaras. Una situada a la salida del pueblo junto a la *Fuente Vieja*, lugar ocupado posteriormente por la *Clínica* hasta que hicieron la carretera. Era propiedad de la familia Rodríguez Barceló. Abandonada, se re-hizo junto al domicilio de los mismos cerca de *La Placeta*. La otra se ubicaba en la calle que lleva al *Hundidero* y sus dueños eran los miembros de la familia Muñoz Navarrete.

A estas almazaras era llevada la aceituna recogida, muchas veces entre zarzas y maleza, bajo unos olivos corpulentos y elevados crecidos en las orillas de los bancales.

Molturada la aceituna con rulos cónicos de piedra y movidos por la tracción rotatoria de una caballería, se introducía en capachas redondas de esparto que, colocadas bajo la prensa, recibían el estruje a través de una viga de madera de inmensas dimensiones con un husillo que descendía y ascendía impulsado por brazos humanos.

El aceite exprimido caía en el *pozuelo* dónde se escalaba con agua hirviendo y así quedaba depurado para el consumo. Los detritus de la aceituna, ya prensados y convertidos en *orujo*, una vez secos, eran destinados al fuego que calentaba la caldera del agua del mismo molino y también como combustible de mucha fuerza para los braseros.

Este tiempo de frío e inactividad en el campo lo aprovechaban muchos para hacer labores de esparto: pleita, tomiza, espuestas, serones, capachos y paneros para la lumbre.

El esparto, comprado o rebuscado, se ataba en manojos y se *cocía* introduciéndolo durante un largo periodo en alguna alberca o charco grande. Luego se majaba con una



Inusitada vista del pueblo en la que puede observarse la vieja almazara en la ubicación donde posteriormente estuvo la Clínica. Años veinte.

maza de encina sobre una piedra llamada *majadera* que había situada en cada uno de los barrios.

Como remate de los acontecimientos pascuales llegaba el *Día de los Santos Reyes* con los mismos perfiles de la Navidad.

En aquellas latitudes no solían venir muy cargados los Reyes. Tal vez por haber recorrido ya su itinerario o porque los camellos no podían resistir lo empinado y dificultoso de los caminos de herradura.

Los invisibles visitantes se acercaban sigilosamente de madrugada a los balcones y ventanas mientras los niños dormían. Encontraban algunos zapatitos de niña y muchas babuchas de niños donde depositaban una naranja, un mantecado o una onza de chocolate. Alguna niña tenía

la suerte de ser regalada con una muñeca de cartón, que duraba años tal vez.

La economía no daba para más. Desde luego los mayores nunca participaban de esta grande generosidad de sus majestades.

Empero, se disfrutaba a lo grande con aquella miseria de felicidad a lo largo del día entero. Recuerdo con gusto el sabor de una naranja encontrada en mis alpargatas que, después de servir como pelota, al caer la tarde, se le practicaba un agujero con el dedo y... a chupar.

No hubo luz eléctrica en el pueblo hasta los años treinta. La velada se pasaba en torno a la fogata sin más iluminación que la del candil. Este permanecía apagado mientras no se hacía necesario para ir de una habitación a otra o hacer alguna faena. La llama de la lumbre era suficiente. Había que ahorrar. Cuando la luz del candil se tornaba mortecina, se despabilaba sacándole un poco la *torcida* o recebando el aceite.

En algunas casas se utilizaba el quinqué. Era más bien un artículo de lujo. El gas o petróleo valía muy caro.

Para salir de noche a hacer alguna visita y sobre todo para ir al campo a regar en horas intempestivas se servían de unos faroles pequeños que apenas iluminaban dos metros a su alrededor.

Ocasionalmente y en días de mucho frío, motivados por alguna enfermedad o necesidad perentoria de personas extremadamente pobres, algún vecino *salía con la cesta*. Iba con ella solicitando una ayuda para la persona necesitada. La mayor parte de los donativos eran pequeñas dádivas en especie. Una forma humilde de hacer caridad *por amor de Dios*.

En la noche del 15 de enero, víspera de la festividad de San Antón, patrón de los animales, reunidos varios vecinos en la calle, se encendía un *chisco* o fogata con leña y trastos viejos e inservibles para implorar del santo que *no se muriera el lechón*. Esta misma costumbre se repetía el 25 de julio, víspera de santa Ana para que *no se muriera la marrana*. Tanto el lechón como la marrana eran tesoros preciados que había que preservar de todo mal, pues implicaban la sustancia de un año entero para el sustento.

Dichas hogueras proporcionaban un rato divertido de distracción, calentándose en torno y moviéndose de un lado para otro según soplaban el viento para soslayar el humo y las pavesas de la ceniza.

En 1930 o 1931 se instaló una fábrica de electricidad en el molino de Fausto García, en la *Fuente Baja*, aprovechando el agua proveniente del barranco y del mismo manantial de la fuente.

La construcción del edificio, la traída de tuberías, motores y piezas e instalación de los mismos fue un acontecimiento más que extraordinario. En él colaboraron muchos empujando o tirando de una *zorrilla* sobre la que posaban los artilugios. Transporte algo difícil por el tamaño y peso de las diversas piezas por aquellos caminos y vericuetos.

La fábrica se inauguró un ocho de diciembre, fiesta de la *Purísima* poco antes de la procesión. La bendijo el párroco y actuó de madrina la señorita Pepa Caballero Ruiz, hija de un notable vecino que, de aquel hecho, tomó la idea de irse al pueblo de Ferreirola, en la taha de Pitres, para instalar allí otra fábrica en el río Trevélez. Lo consiguió y también su muerte. Apuñalado, murió en el Em-

bovedado de la ciudad de Granada cuatro años después. Desavenencias, probablemente económicas, llevaron a que el ingeniero montador de ambas fábricas llegara al extremo de asesinar a su socio capitalista.

En la inauguración de la fábrica se sirvió un pequeño refresco. Una vez llenos los tubos de conducción para dar agua a la turbina, se resquebrajó el depósito de distribución y hubo que hacer una reparación urgente con cemento rápido.

La luz llegó al pueblo minutos antes de iniciarse el recorrido procesional. Los niños que portaban los ciriales, encabezando las filas de los concurrentes, iban dando carreritas mirando de portal en portal si había llegado hasta ellos el fluido eléctrico.

Contadas eran las personas que viajaban a la capital de la provincia. Solo en caso de enfermedad se emprendía viaje. Era necesario desplazarse en caballería o andando hasta la *Venta Melón* en las cercanías de Órgiva, donde se aguardaba la llegada del autobús, la *Alsina*, que procedente de Albuñol se dirigía hasta Granada.

Sólo tenía viaje fijo anualmente el secretario del ayuntamiento que se desplazaba para entregar a los nuevos quintos para el servicio militar. En uno de aquellos viajes, concretamente el año 1926, me tocó en suerte acompañar a mi padre, que en aquel entonces ejercía ese cargo en Cástaras.

Se desayunaba un trozo de pan con tocino u otra engañifa. La leche era destinada a los niños pequeños y a los enfermos. Al medio día se comían las migas o gachas como plato fuerte y único con algo que ayudar, especialmente bacalao asado o arenques, llamadas *espichás*. Por la noche habitualmente el *puchero* o potaje cocidos a

fuego lento desde la hora de la comida en que se *arrimaban* a la lumbre. La merienda era algo inusual: a veces un pedazo de pan con o sin miel.

En algunos días festivos se mataba un conejo, rara vez un gallo, y con ellos se cocinaba un arroz, cosa que también se hacía cuando salían los caracoles en días de lluvia. Los otros tipos de carne esperaban hasta las fiestas de San Miguel.

Nunca llegué a explicarme cómo, a pesar de tanta penuria, podía disfrutarse tanto de las cosas más triviales. Tal vez por el desconocimiento de la existencia de otras. Empero, aún ahora, se recuerdan aquellos momentos con regusto y añoranza.

FEBRERO

Cástaras estaba dividido en diversos barrios o sectores. Cada uno de ellos se caracterizaba por señas determinadas que lo identificaban y diversificaban en relación a los demás. El número de vecinos, la proximidad al centro del pueblo, la construcción de la vivienda y hasta la clase social daban un sello específico al talante de sus moradores.

Se hacía referencia en su nomenclatura a la toponimia o a algún detalle diferenciador.

Cada vecino hablaba de su barrio como cosa propia.

He aquí sus nombres: Barrio Alto, o *Barribalto*, Barrio del Medio o *Barrimedio*, este dividido en dos sectores: el de arriba y el de abajo, La Higuera, El Poco Trigo, Las Peñuelas, La Plaza, La Placeta, Calle Hondilla, Pie de la Torre, El Churre, Barrio de las Eras, Los Corralones y las dos Salidas del pueblo: hacia el Camino Nuevo y hacia el Camino de la Ermita. Aislada quedaba la Casa de Zoa o de Elvira pasado el puente del barranco de Los Menores.

La separación de los mismos, más que material, era psicológica y de un vago contenido social, cultural y económico, que se translucía en una mayor o menor comunicación con el resto del vecindario.

Desde esa concepción se producía un porcentaje variado en los acontecimientos de la vida cotidiana. Ejem-



Vista del barrio de Las Peñuelas. Hacia 1970.

plo: la fiesta de la Candelaria, celebrada el dos de febrero, casi exclusivamente era para feligreses de la parte llana del pueblo.

Ese día, tras la misa cantada y al decir cantada sólo intervenían el cura y el sacristán, salía la procesión con las imágenes de la Virgen del Carmen con el Niño y la de San José al que, en lugar de su Hijo Adoptivo, se le colocaba una cestita con dos pichones, símbolo de la ofrenda con que los judíos rescataban a sus primogénitos después de haberlos entregado al sacerdote en el templo. La procesión era de media estación.

Al día siguiente, festividad de San Blas, patrón de Nieves, temprano se veían pasar gentes de Almegíjar, No-táez y de algunos pueblos de la Sierra dirigiéndose al anejo de Cástaras para llevar al santo su limosna de acei-

te para obtener su protección ante los males de garganta de los que él es abogado especial.

Los castareños acudían por la tarde para asistir a la procesión y comprar el *listón* o cinta de seda en colores variados con la leyenda de *San Blas, Patrón de Nieves*. Estos listones, después de bendecidos, eran colocados en el brazo de la imagen y desde allí los vendían los mayordomos durante el recorrido procesional, atendiendo pacientemente al capricho que sobre el color tenía cada uno de los devotos.

Ya anocheciendo se retornaba a Cástaras en unión de los que volvían de Cádiz donde también era patrón San Blas y a la vez se celebraba el mercado mensual. Ellos llegaban ostentando sus *listones* más anchos y más caros con una borlita que enlazaba los dos extremos de la cinta.

Por estas fechas llegaba el Carnaval. Algunos, no muchos, se vestían de *máscara* alegrando de cierta forma la tranquilidad de los demás.

El *Miércoles de Ceniza* los más devotos se acercaban a la iglesia para dar inicio religioso a las prácticas de la Santa Cuaresma. Por la tarde otra vez alguna máscara espolvoreando la ceniza a cuantos encontraban a su paso.

La plaza era el lugar de reunión para mozos y pequeños. Allí se jugaba, paseaba o simplemente se estaba sentado charlando de lo indecible. Había dos grandes poyos de yeso adosados a la pared del ayuntamiento.

Los mozos jugaban a la pelota en la pared de la *Casa Cabildo* y a *piola* o salto de pídola. También jugaban a la pelota en la pared de la iglesia que da al pie de la torre.

En la plaza paseaban el médico, el maestro y el cura. El paso por aquel lugar era como algo lleno de respeto y

las mujeres solían dar un rodeo para no cruzarse en ella con nadie sin estar bien vestidas o sintiéndose desaliñadas.

Cinco grandes acacias y dos moreras, de fruto blanco la una y la otra de fruto morado, adornaban los laterales. En mayo prestaban un rico perfume, en el verano una sombra acogedora y en todo tiempo servían para el juego de las cuatro esquinas. En estas fechas, y agrupados por barrios, los pequeños pasaban de casa en casa, siempre sin salirse de su demarcación, solicitando algo para “hacer un pucherico”. Con todo lo recogido y con la ayuda de sus madres respectivas, en un rincón cualquiera de la calle, un tanto amparado del viento, sobre dos gruesas piedras convenientemente adaptadas, se cocía la olla, que luego comían antes de ponerse el sol bajo mirada atenta y sonriente de los familiares, que disfrutaban alegremente de las alegrías de sus *chiquillos*. En verdad aquel *pucherico* sabía a gloria no tanto por su condimentación cuanto por el modo de guisarlo y de comerlo.

Continuaba el invierno. Densos nubarrones venían a descargar fuertes aguaceros. En ocasiones llegaban a *cruzarse las canales*. El agua procedente de los terrados, siempre contruidos con una pequeña inclinación, salía de las mismas en tal cantidad y fuerza que pasaba de un lado a otro de la calle.

Este fenómeno era la medida para señalar la abundancia mayor o menor del agua caída. Nunca se producían inundaciones. La pendiente rocosa sobre la que está edificado el pueblo no lo permitía. Si *salían los barrancos*, expresión que denotaba el caudal extraordinario al llover tanto.



Desde La Plaza se vislumbra la fuente y La Placeta. Hacia 1962.

En cambio se producían *goteras* con harta frecuencia. Los techos, reblandecidos por la humedad o agrietados por la sequía, dejaban pasar el agua de la lluvia. Se decía que las goteras eran más abundantes si no se habían res-tregado los terrados oportunamente en el mes de agosto durante el periodo de *las cabañuelas*.

Cástaras tenía su Ayuntamiento con la *Casa Cabildo* correspondiente. Contaba con un Juzgado de Paz y habitualmente un cura párroco que habitaba en la *Casa Rec-toral*. Así mismo tenía un médico titular con un distrito bastante extenso. Maestro y maestra se encargaban de la enseñanza y educación de los niños. Además podía pre-sumir de tener un sacristán con muchos años de servicio, botiquín permanente con su boticario, cartero o correo, tres tiendas de tejidos, otras dos o tres de comestibles (ul-tramarinos o coloniales, como entonces se decía), dos te-

lares funcionando, existían uno en el pueblo y otro en el Barrio Alto, para tejer jarapas; una fragua con su herrero, castrador, herrador, alpargatero; una posada para arrieros, pescaderos y transeúntes; varias casas con algún huésped, tres carpinterías, escobero, diversos hornos para hacer el pan, las antes referidas dos almazaras, lagares; un cosario que iba y venía a Órgiva, Motril y Granada; varios molinos de harina, un carnicero, varios cabreros que vendían leche y queso además de guardar en su manada las cabras de algunos particulares, amén del balneario citado al principio y del que se tratará después. Hasta se hacía notar una familia avecindada en el Barrio Alto, que decía curar diversas enfermedades y concretamente el *mal de ojo*.

Muchos negocios para tan pocos habitantes. Empero acudían de otras localidades a solucionar los menesteres y carencias de diversas actividades.

A todos estos oficios se sumaban periódicamente y venidos de lejanos lugares, el sartenero, que se anunciaba haciendo sonar una sartén con un pequeño martillo, el sombrillero y leñador, casi siempre de origen gallego. Éste recomponía lebrillos y cántaros además de arreglar los paraguas. Desde Almería llegaba el cantarero con botijos, cántaros, pipotes y ollas de Sorbas, pueblo de alfarería muy nombrada en aquella provincia. Lateros remendadores de porcelana que asimismo confeccionaban jarritos de hojalata con los botes de leche condensada vacíos. También aparecía de vez en cuando el sillettero, procedente de Nieves para remendar sillas o poner asientos nuevos a las deterioradas por el uso. De Notáez venían leñadores con sus burros bien cargados y, ya en vísperas de las fiestas

patronales, los caleros con cal viva para enjalbegar casas y fachadas.

Los interiores de las viviendas eran faena de las mujeres un tanto adiestradas en el manejo del escobón. El exterior solía hacerlo *el blanqueador* con una máquina a propósito. Toda una familia numerosa, la de Valeriano Sanmartín, era llamada de los blanqueadores por dedicarse a este oficio.

Entre los más asiduos destacaban los *pescaeros*. Unas veces con un mulo y dos capachos, otras con capachos a las espaldas, llegaban desde la costa y entraban pregonando ya desde lejos su mercancía. Si venían por el camino de Notáez, el pescado era menos fresco que si llegaba por el Camino Nuevo. La razón era que los primeros procedían de Torvizcón, Almegíjar y de Notáez con recorrido más largo en el tiempo y en la distancia y los segundos provenían directamente de la playa. Pocas eran las clases de pescado ofrecidas por estos sudorosos y endurecidos hombres de la mar, que buscaban su jornal y que tampoco podían acarrear pescado más fino, ya que no permitía comprarlo la reducida economía de los posibles adquirentes. Sardinas, boquerones, morralla, bogas, cazón, jureles y algún que otro pez de no muy alta calidad. Se esperaba a que pasaran las horas para comprar más barato ya que paulatinamente se iba reduciendo el precio de la mercancía. Cada cual acudía a la posada con su plato para llevarse el resultado de la compra.

Famoso era en sus apariciones por el pueblo un anciano cosario llamado Fabián. En su burro, cargado con dos capachos, aportaba todo género de mercancía: cartillas de escuela, almanaques zaragozanos, libros... y también garbanzos tostados. ¡*Cambio y vendo!*, pregonaba. En la

mayoría de los casos, recibiendo una medida con colmo, que él retornaba rasa, llevando en esa diferencia la ganancia de la transacción. A este famoso cosario, ya que en Cástaras no aparecían las cigüeñas, se le atribuía la llegada de los niños recién nacidos previamente encargados al mismo por alguna persona extraña o por la misma mujer encinta.

En un tiempo hubo varios alambiques para fabricar el fuerte aguardiente con que por la mañana temprano se *mataba el gusanillo*. Uno de estos artilugios debió adquirir más nombradía, tanto que la existencia del mismo quedó reflejada en el nombre de una calle, la que está por encima de la iglesia, llamada *Calle de la Fábrica*.

Durante la dominación árabe, luego con los moriscos, y mucho tiempo después, igual que en diversos pueblos de La Alpujarra, se cultivó industrialmente el gusano de seda y la elaboración del mismo tejido. Esta industria fue desapareciendo con la expulsión de los moriscos. Más que con hojas de morera parece que a los gusanos los alimentaban con hojas de moral, que se daba en abundancia en toda la vega del pueblo. De los mismos quedan bastantes rastros en el campo y hasta un pago recibe el nombre de *Moraleda*.

A las fiestas de Cástaras concurría generalmente la banda de música del pueblo de Cádíar, que era la mejor conceptuada en aquellos entornos. Raras veces se optó por las de Busquistar o Pitres.

No faltó en Cástaras el intento de formar su propia banda de música. Gracias a los esfuerzos, tesón y tenacidad de Pepe Medina, *Maestro Pitos* así nombrado o también *Pepe Cuartica* debido a su baja estatura, perteneciente a una distinguida familia de amantes del canto y la



La familia del autor a principios de los años cuarenta.

música, se consiguió con la colaboración del vecindario llegar a la organización del conjunto. Esta familia vivía en la plaza y los ensayos se realizaban en un pajar llamado *la Academia*.

No duró mucho la experiencia.

Me permito recordar que aquella Banda de Música hizo su estreno en el entierro de mi padre, el día veinticinco de diciembre de 1926, fallecido el día de Nochebuena anterior. Había nevado hasta alcanzar la nevada casi medio metro.

La falta de recursos económicos y la inconstancia de los componentes debió precipitar el final de aquella acertada ilusión.

MARZO

Era este mes una de las tres claves que fraccionaban el tiempo y la mentalidad de los castareños. Este mismo criterio imbuía a todos los pueblos de la comarca, llevados por sus propias tradiciones y por las costumbres de los advenedizos a causa de la repoblación.

Las tres divisorias de la vida cotidiana se centraban en *Las Pascuas*, la Semana Santa y San Miguel.

La Semana Santa cae siempre entre los meses de marzo y abril. La vamos a encuadrar en este mes del año y así recogemos, a la vez, la entrada de la Primavera.

El día de San José, 19 de marzo, onomástica de tantos *Josés*, *Pepes*, *Josefas* y *Pepitas*, se acudía a la iglesia para festejar religiosamente la jornada, asistiendo a la misa mayor y después a la procesión con la preciosa imagen del santo. Era ésta de *media estación*. Un día de vida muy familiar y de mucha simpatía.

Y... Semana Santa.

Desde el Domingo de Ramos comenzaba a vivirse con intensidad dramática el recuerdo de los principales misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Salvador.

Eran días en que de una forma más acentuada salía a flote la manifestación religiosa de las gentes, adormecida un tanto durante el resto del año.

Se adoptaba una actitud llena de seriedad y de reflexionada tristeza. Esta compostura y modo de actualizar el recuerdo de los días santos empujaba educativamente a los menores de edad a asociarse también al sentimiento cristiano de aquellas celebraciones.

El Domingo de Ramos, hecha la bendición de rebrotes de olivo y alguna que otra palma traída por el cosario, se rodeaba la plaza en procesión, finalizando la acción litúrgica con la misa solemne. Esa liturgia contenía en el ordenamiento ritual de aquel entonces un momento especialmente emotivo. El sacerdote, revestido con la capa pluvial, al llegar a la puerta de la iglesia, previamente cerrada durante la procesión, daba tres golpes con el asta de la Cruz procesional. Al tercer golpe se abrían las dos hojas de la puerta y se hacía la entrada recordando la que hizo Jesús en Jerusalén.

Los que conseguían hacerse de algunas hojas de las palmas e instruidos por los mayores, se aplicaban a tejer con las mismas diversas figuras: cruces, lagartos, *bombicos* y en especial pequeñas piñas piramidales que sujetaban al pecho con alfileres.

A partir del Domingo, la Hermandad de Dios se encargaba de preparar en el altar mayor el *Monumento* necesario para los cultos del Jueves Santo.

Había dos escalinatas de madera, pintadas de blanco con molduras doradas, que se colocaban desde las escaleras del altar mayor hasta el *Manifestador* en su parte de expositorio dónde era colocada una preciosa urna de madera tallada, acristalada y dorada en la que se colocaba el Santísimo desde la mañana del jueves hasta casi terminados los oficios del Viernes Santo. Esta urna, que se salvó

de los horrores de la guerra civil, ha debido desaparecer como por encanto.

La escalinata era adornada con flores y alguna que otra maceta. En latas o tiestos, con la antelación debida, se sembraban diversas semillas: trigo, garbanzos y principalmente lentejas. Colocados bajo la cama, en la oscuridad, germinaban y crecían con rapidez en un tono amarillento de atractiva vistosidad. Llevados a la iglesia estos *mayos* eran el mejor ornato y el más delicado del Monumento.

Con ramas del único ciprés existente en el pueblo, se levantaban tres arcos para enmarcar todo el conjunto. Una labor larga y trabajosa que duraba poco tiempo.

Durante el jueves y el viernes, los Santos Oficios se celebraban en el altar de la Virgen del Rosario.

Todas las imágenes se tapaban colocando colchas de croché prestadas por los vecinos que, además cooperaban al ornato de los altares, pujaban en presentar, como en una exposición, la mejor confección y dibujos de las mismas.

Con paños tupidos se cubría la cristalera que hay en el lateral izquierdo con la finalidad de dar al templo una sensación de oscuridad y un mayor tinte de austeridad y recogimiento.

Para mayor misterio, quienes poseían canarios en sus domicilios los llevaban a la iglesia. Suspendidas las jaulas estratégicamente ocultas, los trinos de las avejillas rompían de tanto en tanto, casi sagradamente, el silencio y la oración callada de los fieles que, por turnos, hacían su tiempo de vela y compañía.

A los chiquillos se les impedía jugar en la plaza y se les enviaba a las afueras del pueblo dónde pudieran gritar y hacer sus juegos y entretenimientos.

Los mayores hablaban quedo porque *estaba muerto el Señor*.

Todos los oficios del triduo pascual se realizaban por la mañana a hora temprana.

El jueves, al cantarse el Gloria, resonaban las campanillas en la iglesia y las campanas en la torre. Al final de la misa se conducía la Eucaristía al Monumento y allí quedaba expuesta a la adoración de cuantos deseaban rendir acción de gracias por la Institución del Sacramento.

El Viernes Santo, significativamente, dentro de la liturgia, se hacía la Adoración de la Santa Cruz.

A los actos religiosos de estos días se convocaba con el sonido de una *carraca* de madera que los muchachos hacían sonar recorriendo las calles del pueblo.

Tanto en la noche del jueves como en la del viernes sacaban en procesión las imágenes del Nazareno, del Crucificado y la de la Dolorosa.

Como no había alumbrado público, los vecinos de las calles del recorrido procesional dejaban en casa a alguien de la familia encargado de sacar por la ventana el candil encendido y alumbrar así el piadoso cortejo. En muchos de los balcones colocaban cantidad de conchas de caracoles rellenas con aceite y una mecha o *torcía*. Los adaptaban al dibujo de forja del balcón y con sus lucecitas provocaban una sensación de arte y espectáculo a la vez. En lugar de los caracoles igualmente se utilizaban *cachirulos* de nabos o de láuna, greda viscosa capaz de ser modelada

y que se utilizaba para impermeabilizar los terrados de las casas.

Por último los feligreses del Barrio Alto venían provistos de *manchos* de esparto encendidos para iluminarse el camino y luego dar a la procesión un aspecto fantasmagórico entre la llamarada y la humareda.

En la tarde del Viernes Santo se verificaba el ejercicio del Santo Viacrucis recorriendo la estación mayor. De trecho en trecho y a distancias debidamente señaladas, pendían en las fachadas las catorce cruces de madera señalando las distintas estaciones que forman dicha devoción. El punto culmen de la misma, identificado con tres cruces juntas, estaba sito en lo alto de la *Cuesta de las Eras*, cuyo nombre de antiguo era calle del Calvario precisamente por esta razón.

La *Cuesta de las Eras* tomó esta denominación cuando, abandonada la *Erilla del Corral de Piedra*, se construyó la era municipal que existió hasta que en su lugar fueron edificadas las escuelas actuales.

En cada cruz del Viacrucis se hacía una parada devota con su correspondiente oración y, al llegar a la iglesia, se predicaba el *Sermón de las Siete Palabras*.

La semana santa se prestaba a que los sacerdotes prodigaran la predicación, llamando al pueblo, con una marcada catequética, a un acercamiento más profundo y asiduo a la participación en la vida religiosa.

El *Sábado Santo* o *Sábado de Gloria* así llamado entonces, a primera hora se abría el templo. Las ceremonias eran muy largas y la concurrencia bastante menor que en los días anteriores.

A la misma puerta de la iglesia, sacándolo de un pedernal, eslabón y yesca, se encendía el nuevo fuego y tomando de él la llama se prendía el *Cirio Pascual*, que era llevado hasta el altar, ya libre de la tramoya del Monumento, en procesión. Tras largas lecturas, todas en latín, se procedía a la bendición del agua para la aspersion de las casas y otra parte reservada, después de consagrada, para todos los bautizos del año.

Para esa bendición se volvía al *Cuarto de Pila*. El Cirio era portado por un varón tocado con un *Paño de Hombros* u *Humeral*. Este señor, llamado padrino, solía ser un mayordomo de la Hermandad de Dios.

Benedicida el agua, se formaba la marimorena. Los asistentes, especialmente los niños, acudían con un cacharro, preferentemente una botella, para llenarlo de agua bendita con destino a sus respectivos domicilios. El sacerdote aguardaba pacientemente mientras el sacristán complacía a cada uno llenándoles el recipiente. Todos querían ser los primeros. Más de una botella caía al suelo rompiéndose en mil pedazos, formándose un *lapachín* de mil diablos.

Por fin, apaciguado el cotarro, y vueltos al presbiterio, se cantaba el *Gloria*, se repicaban las campanas y se daba por terminada la Semana Santa.

Como colofón salía inmediatamente la procesión del *Encuentro*. Primeramente la Virgen del Carmen, ataviada con un manto negro, señal de luto por la muerte de su Hijo, daba el rodeo de la *media estación* y, al llegar a la plaza, allí la estaba esperando la imagen del Niño Jesús, que con un palmillo en la mano se hacía el encontradizo con su Madre. La Virgen era mecida como en una reve-

rencia. Se la despojaba del manto negro y ambas imágenes entraban en la iglesia.

Se daba entrada al ciclo de la Primavera.

ABRIL

Los árboles estaban a medio brotar. Alegraba el chirriar de las golondrinas retornadas, año tras año, para anidar casi siempre en el mismo lugar. Casi todos los nidos se conservaban de una a otra primavera. Bajo los aleros de los terrados y dentro de las azoteas, con idas y venidas, restauraban o rehacían sus nidos. Estos eran muy respetados, al igual que las propias golondrinas. Eran intocables porque ellas, según decían, “habían arrancado las espinas del Señor cuando estaba clavado en la Cruz”. A más de una se le colgaba un lacito al cuello para ver si retornaba con el mismo en la primavera siguiente.

Los caminos de entrada y salida del pueblo eran recorridos con mayor frecuencia por los labradores en su ir y venir de atender las labores del campo con la intensidad que la climatología más benigna iba reclamando.

Tanto el *Camino Nuevo* como el de *La Ermita* se abrieron cuando se construyó la parte nueva del pueblo. Antes las salidas se hacían por el *Caminillo Viejo*, desde el Barrio Medio de arriba y por el antiguo *Camino de la Ermita*, distinto del así denominado ahora y que arrancaba en el *Barrio del Medio* en su parte baja.

Para abrir el *Camino Nuevo* se construyó un puente sobre el barranco y en Los Tajos hubo que abrir una brecha para dar salida hacia la *Cuesta de los Corrales*. La

parte pronunciada que quedó a la derecha de ese boquete se llamó desde entonces *La Piedra Picá*.

Igualmente en la salida poniente, para enlazar con el camino que venía de Notáez y de El Baño, se abrió otro camino y el otro puente sobre el barranco que atravesaba.

El antiguo camino de *La Ermita* debía su nombre a una ermita que estuvo ubicada a la orilla del camino que, atravesando el barranco, partía del *Barrimedio* bajo y por debajo del camino del *Marjal*, llevaba hasta el *Tajo de la Hiedra*.

Destruída la primitiva ermita y anulado dicho camino, en el rincón que forman al juntarse el nuevo *Camino de la Ermita* con el que baja del *Barrio Alto*, se construyó una nueva y pequeña ermita, probablemente dedicada a las *Animas del Purgatorio*. En los recuerdos de mi niñez siguen aún presentes las ruinas de esta ermita con una diminuta hornacina en la que, con toda probabilidad se veneraba una Virgencita del Carmen.

El Caminillo Viejo quedó en desuso y muy deteriorado, utilizado por las gentes de los Barrios Medio y Alto para dirigirse a Nieves y Cádiar y siempre a pie, ya que no era aconsejable transitar por él con caballerías.

A estos caminos principales se unían el de *Lo Hondo* por el *Albercón*, el ya citado camino de *La Ermita* bifurcado pasado el *Barranquillo de la Calera* hacia *El Baño* y hacia Notáez y *La Casería de Mercado*; camino del *Barrio Alto* en dirección a *Los Prados de Villareal*; camino del *Barrio Alto* por el *Tajo de la Yedra*; camino hacia Juviles por el *Barrio Medio*; camino de *La Moraleda* por *El Churre*; camino de la *Fuente Baja*; camino del *Hundidero* y *Cuesta de los Corrales*, nombre debido a los situados al final de la misma para guardar el ganado,



Vista de La Rambla desde Los Corralones. Hacia 1962.

desde donde arranca el de Nieves y los que llevaban a los *Cortijos* y a *La Rambla* respectivamente.

Entrando por el primero de estos dos últimos, se atraviesa el *Barranco Hondo* casi siempre seco y un tanto tenebroso. En sus alledaños eran abandonadas las caballerías viejas para que se murieran o ya fenecidas. Bandadas de grajos o cuervos acudían atraídas por la carroña. Sus graznidos resonaban por los tajos del *Cerro Mansilla*.

Entre las diversas leyendas, no muchas, que circulaban del historial del pueblo se refería una relatando cómo un quídam, volviendo al anochecer por ese barranco, tropezó con un cabrito pequeño perdido en aquella soledad. Gozoso por el hallazgo, lo cargó sobre sus hombros y notó, según iba avanzado hacia el pueblo, cómo el animalito aumentaba más y más su peso. Tanto, tanto pesaba que hubo de ponerlo en el suelo. Entonces el cabrito se había convertido en un enorme macho cabrío que le habló de

esta guisa: *¿Tiene tu parre los rientes tan largos como yo?*. En aquel momento desapareció el chivo y el hombre corrió asustado hacia el pueblo donde refirió lo ocurrido sin que nadie diera crédito a sus fantasías. El relato, empero, permaneció entre los vecinos que lo iban transmitiendo a las generaciones posteriores.

Otras leyendas menos curiosas circulaban sobre la aparición de la *Tía Aneta* en el camino de la *Fuente Baja*, y la procesión de las *Ánimas* en el *Barrio del Medio*.

De vez en cuando se hablaba de la presencia de la *garduña* o zorra buscando las gallinas. De higos a brevas, aparecía un *gato clavo* y también mochuelos. Frecuentemente volaban los gavilanes buscando presas entre los pájaros y se decía que las lechuzas entraban en la iglesia para beber aceite de la lámpara del Santísimo que pendía de la bóveda.

El núcleo religioso de este mes solía ocuparlo el *Jubileo*. Durante dos o tres días, llamados por el párroco, acudían los sacerdotes de los pueblos vecinos. Se encargaban de una especie de misión con diversos actos religiosos invitando a los feligreses a cumplir con el precepto de *confesar al menos una vez durante el año* y el de *comulgar por Pascua Florida*.

Una vez expuesto el Santísimo solemnemente, se procedía a la administración del Sacramento de la penitencia.

Tres confesionarios había permanentemente en la iglesia: uno situado en el presbiterio y a la derecha, que se utilizaba durante todo el año y dos colocados a ambos laterales del templo. Estos eran plegables y sólo se abrían en esta ocasión.

Muchos feligreses se acercaban a purificar sus conciencias. Bastantes varones se presentaban tocados con la capa española. Con ella, sostenida en alto con ambas manos, se colocaban delante del sacerdote para hacer su confesión. Las capas iban pasando de mano en mano pues no todos eran poseedores de una.

Las familias más pudientes acostumbraban a regalar al Sr. Cura dulces caseros u otras clases de viandas con que pudiera atender debidamente a aquellos huéspedes extraordinarios.

Los niños, durante este mes, hacían aparecer los juegos del verano. El invierno convidaba a permanecer más en casa y menos en la calle.

Los mozuelos disputaban sus partidos de pelota y algún que otro divertimento con características un tanto brutales.

Las niñas jugaban al corro, cantando romances de principios de siglo. En pequeños grupos se entretenían en hacer *casicas* con trozos de plato rotos. También jugaban a las *chinas*, utilizando cinco piedrecitas redondas buscadas entre las arenas de los barrancos. Con una soga y por turno practicaban el *salto de la comba*.

Juegos específicos de los niños eran: los mochos, los *rompes*, caras de las cajas de *mixtos* o cerillas, las cuatro esquinas yendo de árbol en árbol alrededor de la plaza, *el escondite*, *salto del perro*, *pidola*, *padre macho*, *arriería*, otros muchos y *el marro* consistente en enlazarse unos con otros para desbaratar los juegos de las muchachas.

Por el mes de abril y luego en el mes de junio, coincidiendo con la granazón de las habas tiernas y la madurez de las cerezas corría cada año la especie de que *llegaban los mantequeros* buscando sangre y mantecas de niños

tiernos para curar a los *tísicos*. Probablemente lanzaban este infundio los propietarios de las fincas donde crecían dichos frutos. Nunca faltaron madres que cuidaban especialmente de sus hijos para evitar la pérdida de los mismos.

Para terminar el mes, concretamente el día de San Marcos, veinticinco de abril, los niños y niñas en pandillas se dirigían al campo para *matar el diablo*. Esta excursión implicaba la merienda y como pieza principal de la misma el *hornazo*, una especie de bollo redondo con un huevo en el centro sujeto por dos tiras de masa cruzadas cocido en el horno el día anterior. A este *hornazo* se añadía un trozo de embutido de la matanza, una onza de chocolate u otra cosita, dependiendo de la economía familiar. Recuerdo que en una de esas excursiones muchos supimos lo que era la *leche frita* gracias al trocito que repartió a cada uno un chico mayor llamado *Jesús el de Camila*.

Siempre se buscaba un lugar dónde manase una *fuentecica*.

Una vez degustada la merienda, los chicos mayores arrancaban un matojo llamado *diablico*. Era una planta lechosa que en sus flores tiene dibujada como una cara de demonio. En botánica se denomina *lechisterna*. Se le ataba una cuerda o *tomiza*, uno tiraba de ella arrastrándola mientras los demás, armados de palos o de piedras, la apaleaban hasta que cansados de correr, se buscaba un precipicio en la ladera más pendiente. Por ella se arrojaba la mata y terminaba allí el rito de *despeñar el diablo*. No era difícil buscar un despeñadero, dado lo abrupto del terreno.

Muchas veces me he preguntado el por qué de esa costumbre muy generalizada y la razón de colocarla, al menos en Cástaras, precisamente en el día de San Marcos.

La Pascua o *Domingo de Resurrección* nunca puede caer más allá de esa fecha, lo que ocurre cada cinco u once siglos alternativamente. En la pascua se hace el Cumplimiento Pascual con la confesión y la comunión anual. Con la merienda del hornazo se simbolizaba la alegría de la Resurrección y con la paliza y despeñamiento del diáblico la confesión y la muerte al pecado. Se escogía para la fecha más tardía posible de la celebración de la Pascua para situarse en un tiempo más primaveral y alegre y aceptable para salir al campo y poder disfrutar al aire libre.

Tanto en este mes y en el anterior, con motivo de las lluvias de primavera, se iba a buscar caracoles. Los había muy finos llamados *boquinegros* que eran los mayoritariamente apreciados. Otros de mayor tamaño, con el nombre de *babosos*, tenían menor aceptación. Menos frecuentes eran los *blancos* también llamados *serranos* dado que sólo se criaban en los cerros y debido al romero y tomillo que comían eran más gustosos y apetitosos. Todos se vendían por docenas.

También era la época de ir a las viñas en busca de hinojos, achicorias y otras hierbas que ayudaban a condimentar la olla y también como engañifa para las migas.

MAYO

Marzo ventoso y abril lluvioso traen a mayo florido y hermoso.

Así reza el refrán que aludía a lo agradable del tempero y a la belleza del campo lleno de verdor y de florecillas.

Mayo es el mes de las flores por la abundancia de las mismas. En cualquier paraje aparecen dando una visión de vitalidad y alegría. Los balcones y ventanas las muestran como una sonrisa de un sueño acabado de realizar.

A todo ello se añade el sentido religioso que le dan los actos celebrados diariamente en honor de la Virgen Inmaculada. Después de cenar, cada noche, todos a la iglesia *con flores a María*.

El día tres, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, se celebraba con misa solemne y procesión con la mencionada Cruz al describir la ornamentación del templo parroquial.

Solía ser un día soleado y luminoso. El ambiente de la plaza se llenaba del delicado perfume que despedían las cinco grandes acacias, en plena floración, que la rodeaban.

La ropa de invierno quedaba guardada en el arca y nuevamente se exhibían los modelos estrenados en la fiesta de San Miguel.

En este mes caía con frecuencia la fiesta del *Día del Señor* o festividad del *Corpus Christi*.

Era una jornada de fiesta grande. Por orden del señor alcalde se barrían las calles por dónde debía pasar la procesión siempre de media estación.

En el centro de la plaza se alzaba un altar para hacer un *descanso* a la salida y a la entrada de la procesión. Se colocaba una mesa camilla grande, sobre ella otra de menor tamaño y sobre ésta un velador que alguien tenía en su casa y que probablemente era el único del pueblo.

Vestidas las mesas y el velador, éste recogido con un lazo rosa, en la cúspide se colocaba la imagen del Niño Jesús mirando hacia la iglesia. Macetas y floreros completaban la ornamentación.

En ese altar se hacía el primer *descanso*. Con el Santísimo llevado por el sacerdote en hermosa custodia de plata repujada que desapareció en la guerra.

Se utilizaba el *palio* que portaban los conspicuos vecinos del pueblo. Detrás iban las autoridades y, cuando existía el *Somatén*, cuatro miembros de él daban escolta con sus escopetas.

Reanudaba la procesión, mientras hacía su recorrido, el sacristán cambiaba la posición del Niño Jesús mirando hacia la fuente. Era como si se hubiera erigido un nuevo altar. Volvía a repetirse la ceremonia de la salida y seguidamente se concluía en el templo.

Algunos años y cercano a la fuente, ocupando la puerta y el balcón de su casa, una señora llamada Beatriz Ro-

dríguez, erigía otro altar adornado con sumo gusto y con utensilios y ropajes que ella conservaba de su estancia en la isla de Cuba.

La víspera de la fiesta se iba al campo a recoger flor de *gayumba* (gayomba), entonces en plena floración. Con ella (a veces se traían sacos repletos) se alfombraba el itinerario por donde había de pasar su Divina Majestad.

Motivo esperado era la llegada de esta festividad para que las jóvenes renovaran su atuendo con vestidos apropiados para la primavera.

Época apropiada y preferida para que los enamorados fijasen la fecha de su enlace matrimonial.

Los noviazgos solían arrancar en los bailes formados en las distintas festividades. Eran de ordinario de larga duración. Pasados los primeros escarceos, el novio solicitaba permiso para entrar en casa de la novia y allí acudía dos o tres veces por semana para *pelar la pava*, vigilados siempre por alguno de los familiares para evitar el quebranto de una excesiva y estricta moralidad.

Las bodas, en todas partes, suelen ser motivo de fiesta para unos, de curiosidad para otros y de comentario para todos.

Desde el domicilio de la novia partía el cortejo nupcial. Los novios con sus padrinos, sus compadres, vecinos y amistades invitadas.

Desde la puerta de las casas o desde las ventanas se contemplaba el paso de la comitiva. Más de un postigo quedaba entreabierto para observar, sin ser vistos, y así poder comentar después lo percibido para el chismorreo correspondiente.



La fuente de La Placeta, símbolo de permanencia. Fotografía tomada en la última visita a Cástaras del autor. 2002.

Acabada la ceremonia, ataviados con la sencilla y renovada indumentaria adecuada al pecunio familiar, nunca con traje blanco la novia, retornaban al domicilio de ésta donde se servía un pequeño *refresco*.

Alrededor de la sala o en el *repartidor* de la vivienda o en ambos a la vez colocábanse sillas que ocupaban preferentemente las mujeres. Los hombres permanecían de pie llenando las escaleras y el portal cuantos no cabían en el recinto superior.

Los niños, muchos de los cuales hacía *rabona* sin ir a la escuela, quedaban en la calle esperando que alguien se acordase de ellos y les echase desde la ventana algún que otro dulce o alguna moneda, *perrillas* o *perragordas*.

Había empujones y hasta peleas por alcanzar algo, aunque fuese lo mínimo, del festín.

Arriba proseguía el convite. Buñuelos hechos el día anterior con mucha masa y correosos por el tiempo pasado. Espaciadamente se daba una ronda con dulces traídos de Notáez, Pitres o Cádiar y tomados los sólidos, se ofrecía una copita de aguardiente. Dos o tres copas en una bandeja, no más. Las mujeres iban libando sin apenas humedecerse los labios con un rito de extremada finura. Con dos copas había suficiente y de sobra para todas las concurrentes. Los hombres, en cambio, sin saborear el aguardiente, lo bebían de un trago que seguidamente paladeaban aunque era muy fuerte y de no muy buena calidad.

De tanto en tanto los chiquillos, en la calle, reclamando su ración, gritaban: “Roña, roña, que se muera la novia” o “Roña, roñura, que se muera el cura”. Este acudía generalmente al refresco por complacer a los recién casados.

En los bautizos el griterío se transformaba en “Roña, roñura, que se muera la criatura”.

La boda terminaba generalmente con una comida familiar consistente en un arroz con *borrego*.

No se marchaban los contrayentes de *viaje de novios*. Ni se podía, ni era costumbre.

Muy vistosas eran las bodas de los cortijeros. Acudían a la parroquia montados a la grupa ellos y ellas, en caballerías elegantemente enjaezadas con colchas de variados colores que producían un variopinto y vistoso espectáculo.

Solía suceder que en la instrucción del expediente matrimonial se sacaba a la luz en las partidas un nombre distinto al que habitualmente usaban los novios para ser nombrados. A la memoria me viene el de una pareja, Antonio él y Ángeles ella, que en su documentación se hallaban inscritos con los nombres de Rafael y Basilisa respectivamente.

A propósito de nombres, me parece oportuno dar una relación, no exhaustiva, de los por mí recordados.

Abundaban los de Manuel, Antonio, Pepe o José, Paco o Frasquito, y además otros menos corrientes.

Hombre: Adolfo, Alberto, Agustín, Alejo, Alfonso, Amador, Andrés, Ángel, Aureliano, Baldomero, Cándido, Carlos, Casimiro, Cecilio, Ceferino, Celestino, Conrado, Daniel, Diego, Eduardo, Elías, Eloy, Emiliano, Emilio, Enrique, Ernesto, Evaristo, Faustino, Federico, Fernando, Gabriel, Gaspar, Gerardo, Gonzalo, Guillermo, Gregorio, Gumersindo, Horacio, Isidro, Jacinto, Jaime, Jesús, Joaquín, Lázaro, Leandro, Leopoldo, Lorenzo, Luciano, Marcelino, Matías, Maximino, Modesto, Narciso, Nicolás, Pantaleón, Pedro, Plácido, Primitivo, Rafael, Ramón, Ricardo, Rogelio, Roque, Rosendo, Salvador, Serafín, Tesifón, Tomás, Toribio, Trinidad, Valentín, Vicente, Victorino y muchos más.

Mujeres: Adela, Adoración, Águeda, Amalia, Anastasia, Ángeles, Ascensión, Aurelia, Aurora, Basilisa, Blanca, Beatriz, Brígida, Cabeza, Camila, Cándida, Casilda, Celia, Clara, Clementina, Clotilde, Concepción, Concha, Consolación, Cristina, Cruz, Custodia, Dulce, Elena, Elisa, Emilia, Encarnación, Enriqueta, Esperanza, Federica, Felisa, Fernanda, Gloria, Gracia, Herminia, Hipólita, Joaquina, Julia, Laura, Leocadia, Leonor, Luisa, Magda-

lena, Marcela, Marina, Marta, Martirio, Matea, Matilde, Mercedes, Modesta, Natividad, Ofelia, Piedad, Presentación, Rosa, Rosalía, Rosenda, Sabina, Sagrario, Serafina, Soledad, Teresa, Tránsito, Vicenta, Victoria, Victorina, Virtudes, Zoa además de los de Antonia, María, Josefa, Pilar etc.

Sobre todos abundaba el nombre de Miguel por ser el Arcángel el patrón del pueblo. Sin embargo, sorprendentemente, no había ninguna Micaela.

Como colofón del mes de María, se celebraba el *día de las Flores* el treinta y uno de mayo.

Todos los días, ya anochecido, se hacía función religiosa con el rezo del rosario y varios cánticos a la Virgen. Intervenían en el coro algunas jóvenes de la localidad. Nunca faltaba para empezar el clásico “*Venid y vamos todos*”... que era acompañado por grupos de niñas tocadas con velo blanco que ofrendaban, con una especie de ejercicios gimnásticos, pétalos de rosas a la imagen de la Purísima colocada en un altar adornado con muchas flores. Algunas noches una de estas pequeñas recitaba versos en honor de María. En más de una ocasión las niñas “se cortaban” en su declamación largamente ensayada en la escuela. Abundaban entonces las sonrisas de los concurrentes y las caras serias de los familiares de la niña que acudían en bloque a presenciar la actuación de su allegada.

En la mañana de ese último día del mes era costumbre celebrar la Primera comunión de los niños debidamente preparados por el sacerdote en la catequesis y por los maestros en la escuela. Las niñas solían vestir de blanco y tocadas con tul como velo. Los niños bien limpios y aseados. Mucho brillo interior y lo conveniente en lo ex-

terno. Lujos y ostentación ni eran del caso, ni mucho menos posibles. Cualquier circunstancia externa de aquellas gentes reflejaba la situación cultural y económica de la comarca.

La tarde la llenaba la procesión. Parecida a la del ocho de diciembre, la formaban, principalmente los niños recién comulgados y la Asociación de Hijas de María en sus dos secciones de jóvenes solteras y de madres cristianas.

Con este olor a incienso, a inocencia y a devoción mariana, pasamos casi, casi al periodo estival.

JUNIO

Diversas familias iniciaban el traslado de los enseres oportunos y utensilios necesarios para la temporada del verano a los cortijos situados en la parte de la vega alta o sea *por ahí arribas*. Estos no solían ser muy espaciosos y obligaban a sus moradores a vivir un tanto apretados.

Allí permanecían el tiempo de la siega, de la trilla, de la siembra a la vez que de la recolección, para regresar a sus domicilios en las fechas próximas a San Miguel. Durante esa temporada apenas si tenían contacto con el pueblo abasteciéndose de muchos artículos en la vecina localidad de Juviles.

La vega baja, como encajada entre los dos barrancos que cerraban a la vez que refrescaban al pueblo, aparecía llena de verdor intenso y variado. La agricultura toda de esa zona se sostenía en el sistema de bancales. En ellos se daban a veces hasta cuatro variedades de cultivos simultáneamente: altos olivos, frutales de menor envergadura, maíces y verduras de poca alza.

A lo lejos, los viñedos rompían el color parduzco y monótono de los secanos.

Los frutales, pasada la floración, apuntaban la madurez de sus frutos.

Emergía por doquier la esperanza cercana de recolección y era llegado el momento de plantar las hortalizas que se consumirían en los próximos meses.

La conformación del terreno en bancales servía para salvar el gran desnivel entre lo alto y lo hondo. Estos bancales se sostenían con balates de piedras entre las que brotaba abundante maleza y muchos zarzales que reforzaban la estructura de los mismos y que rozadas luego, servían de *monte* para la composición de estiércol en las cuadras.

El regadío de los diversos parajes se efectuaba con agua proveniente de distintos manantiales y con el *aguacequia* traída del río de Trevélez por la llamada *Acequia Real*. Llegaba este elemento vital a la mayoría de los pagos reglamentada por turnos, siendo la clave principal del mantenimiento de los sembrados.

He aquí el nombre de esos manantiales que convertían a Cástaras en un “vergel entre aguas y piedra”: las dos fuentes del Barrio Alto, con agua fresquísima ambas, fuente del Barrio Medio abastecedora de las del pueblo; *Fuente Vieja*, primera que hubo en la parte nueva de la población; nacimiento del *Hundidero*; *Fuente Caliente*; *Fuente de la Ermita*; *Fuente Baja*; *Fuente de la Teja*; *Fuente de la Torna*, la *Piedra Horadada* o *Piedra Jorá*; fuente del *Chaparral* y otras de menor monta o caudal.

La *Fuente Vieja* en un recuadro excavado cerca del puente del Camino Nuevo, se abastecía de un pequeño manantial que brotaba junto al barranco, debajo de *Los Menores*.

El agua caía por un tubo de hierro a un pilón hecho de ladrillo. A ambos laterales del cuadrado se construyeron dos bancos de ladrillo. Debían ocuparlos para tomar el

fresco o para esperar turno cuando concurría más de una mujer a recoger el agua en sus cántaros.

Para más comodidad y tener una fuente más llamativa se encauzó por una tubería de atadores de alfarería una abundante cantidad de agua desde el nacimiento del Barrio Medio, primera fuente del pueblo, hasta la *Placeta* donde se erigió la actual y principal del pueblo, que abasteció ella sola a todo el casco bajo del vecindario. El día de San Miguel del año 1933, a bombo y platillo, se inauguró la fuente que con el nombre del Patrón se situó bajo *La Higuera*, en lo alto de la cuesta que desde entonces se llamó *Cuesta de San Miguel*. Sobre la misma campeaba una inscripción que así rezaba: “Fuente de S. Miguel. Año 1933” (Realmente dice *MIGUELAÑO*). La bendijo con toda solemnidad el Párroco acompañado de autoridades y gran parte del gentío que acudió a las fiestas de aquel año.

Curioso es también el uso del diminutivo entre los castareños. Allí todo es pequeño y esa circunstancia ha quedado plasmada en la nomenclatura usada para señalar la toponimia de los diversos lugares:

Asomadilla, Aljibillo, Erilla, Coronilla, Hacillas, Hondilla, Tesorillo, Higuera, Collaillos, Pocillas, Basarillos, Alberquilla, Colmenillas, Caminillo, Barranquillo, etc. Entre todos el *Sombrerillo del Moro*.

Es dicho Sombrerillo una gran roca, desgalgada de las alturas del *Tajo de la Yedra*. Vino a posarse sobre otra roca que la erosión ha convertido en un pronunciado pico muy próximo al camino de *La Calera*. Por haber ocurrido su caída en tiempo de la dominación musulmana se la denominó de esa guisa, creándose a la vez la leyenda de que en su interior había encerrado un tesoro. En más de



Dos vistas de la curiosa formación del Sombbrero del Moro: la primera desde la carretera, la segunda desde el camino. Hacia 1960 la primera y 1980 la segunda.

una ocasión yo mismo, juntamente con otros chicos de mi edad, subimos hasta la base y con pedruscos golpeábamos *El Sombrerillo* tratando de encontrar lo que se decía escondido en las entrañas de aquella singular y hermosa piedra.

En la segunda quincena del mes de junio venía a caer la fiesta que centraba la actividad religiosa del pueblo. Era la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Si esta fiesta no coincidía con un domingo, se trasladaba al día de San Pedro, 29 del mismo mes. Diezmada la población por el éxodo hacia los cortijos de *por ahí arribas*, era escasa la concurrencia a la misa y procesión de largo recorrido. También había sido minoritaria la asistencia a la novena que precedía a la fiesta.

A propósito del Sagrado Corazón, el año 1930 y coincidiendo con esta celebración, se dio una especie de misión dirigida por el eminente y prestigioso jesuita, padre Ulpiano López, natural de Mecina Fondales y profesor de Teología Moral en la Universidad Gregoriana de Roma y luego en la misma cátedra de la Facultad de Teología de Granada. Acabó sus días atendiendo a enfermos en una leprosería del Paraguay. El pueblo se llenó de colgaduras y entre aclamaciones fervorosas, desde el balcón del ayuntamiento, se hizo la Consagración del pueblo al Sdo. Corazón de Jesús.

Para dejar constancia de este acto se descubrió una lápida de mármol blanco en el lado izquierdo de la *Casa Consistorial* sobre la puerta del local que sirvió unas veces de cárcel y otras de escuela. El texto de la misma decía así:

“Este pueblo y Ayuntamiento se consagraron al Sagrado Corazón de Jesús el día 29 de junio del año 1930”.

Dicha lápida, en tiempos de la segunda república fue blanqueada. No pude averiguar su paradero tras los avatares del año 1936. Tal vez se perdió para siempre al picar la pared para colocar una nueva ventana en aquella parte de la *Casa Cabildo*.

De tarde en tarde aparecía un buen hombre al que se nombraba como el *Hermano Juan*. Había sido seminarista. Trastornadas un tanto sus facultades mentales, recorría los pueblos predicando las verdades cristianas a la puerta de las iglesias cuando los fieles salían de misa. Un fiel seguimiento de devotas le atendía y le escuchaba.

Se cerraba el mes con la fiesta de san Pedro. Pocas fechas antes, el día de San Juan, veinticuatro del mes y fecha del solsticio de verano y jornada de las hogueras en diversas localidades.

Ya, en víspera de esta fiesta, perduraban mezclados algunos ritos paganos con las ceremonias cristianas con que se quiso bautizar la celebración del culto a la luz y al sol.

En la noche del 23 al 24, reuníanse en grupos para ver como se formaba un barco de vela al romper un huevo en un vaso de agua a la media noche en punto. Era necesario que el huevo fuera puesto en el día, que lo cascara un Juan y que lo echara una María. Los mozos, sobre todo los enamorados, colocaban *enramos* en las ventanas de sus amadas. Casi siempre una rama de cerezas ya rojas y maduras o un ramo de rosas fresquitas y olorosas.

Otros salían al amanecer, buscando hierbas determinadas que, por ser cortadas en esa fecha, adquirirían poder curativo para eliminar las verrugas y diversas dolencias de tipo psicológico.

Y... *a comer cerezas*. Se desplazaban por la tarde las gentes más jóvenes, yendo *por ahí arribas*. Allí abundaban los cerezos. Sus propietarios no ponían muchos inconvenientes en que se comiera del fruto con tal de no estropear el árbol.

Hemos hablado del uso del diminutivo en la nomenclatura de distintos lugares del campo. Los sufijos empleados eran comúnmente el *illo* y el *ico*. Con toda probabilidad era influencia navarra.

El habla castareña, con influencia marcadamente andaluza, conservaba gracias al aislamiento geográfico en el que se veían inmersos los pueblos de la zona, tenía una riqueza incalculable de giros y vocablos de puro castellano. Como ejemplo traeré la palabra *amurcar*. Se utilizaba, en su propia acepción, para indicar si un toro, una vaca o un carnero topaba o embestia. Fuera de allí nunca volví a escuchar ese término hasta que, muchos años después, en pleno campo de Soria, tropecé con una pastora que apacentaba un rebaño de vacas de color grisáceo. Al querer apartarme para darles paso, la joven me indicó: no tema, que no *amurcan*.

Muchas palabras de las utilizadas no las he encontrado en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua. La palabra *recacha* para indicar un lugar soleado y reservado de los vientos. La palabra *zapeo*, ahora indicadora de cambios continuos en el mando del televisor, se empleaba para designar un trapo viejo con que osear las moscas. Término que se trasladaba a la mujer mal vestida y desaliñada. Así otros muchos.

Determinadas personas conservaban modos y formas arcaicas del lenguaje como *lo vido*, *lo trujo*, *quitalle*, *echalle*, y otros parecidos.



Panorámica desde el Secano de los Muertos. Parece ser que sólo desde este punto, o desde el aire, es posible fotografiar al mismo tiempo los tres núcleos de población de Cástaras. Hacia 1980.

La apertura hacia otros lugares y el intercambio cultural en distintos medios de comunicación han ido haciendo desaparecer la finura del lenguaje que conservó intacta la pureza del habla castellana.

Comenzaban en este mes las vacaciones de los escolares y el bullicio de los pequeños rompía con sus juegos el silencio de las calles y plazas.

Algunos mozos se bañaban en la alberca del molino de Fausto García. Por el lado de la vereda que conduce al manantial de la Fuente Baja donde se ubicaba uno de los lavaderos más usuales del vecindario. Se bañaban como Dios los trajo al mundo y cada vez que una mujer asomaba con su canasta yendo o viniendo del lavadero, mozos al agua y la mujer con la mirada hacia la orilla del bancal

de arriba para no contemplar aquello que, disimuladamente, querían ver.

El tal lavadero, construido en alto y con cemento cuando se inauguró la fábrica del alumbrado eléctrico, vino a sustituir la *poza* donde, arrodilladas, las mujeres lavaban las prendas restregándolas contra unas piedras adaptadas para ese menester. Como solo había dos o tres de las mismas, se hacía turno para usarlas. Para lavar, las más lejanas y para aclarar, las más próximas a la salida del manantial.

JULIO

Pleno verano.

La climatología de Cástaras permitía soportar los calores del estío. Mañanas fresquitas, tardes con ambiente de paseo y noches de agradable brisa que invitaba a trasnchar.

Los dos barrancos que flanquean ambos lados del pueblo llevaban agua por aquel entonces. Proporcionaban a la vez que el frescor, el sereno y constante rumor producido al caer el agua por las pequeñas cascadas y chorreras.

Temprano se iba al huerto a recoger los frutos teniendo en cuenta no rozarse contra los *pelitres*, plantas herbáceas que, con el rocío, producían fuertes quemaduras. A la vez se buscaba hierba para los conejos que andaban criándose en el corral de la casa.

Mientras los hombres marchaban al campo para las faenas agrícolas y los niños iban en busca de sus compañeros para los juegos, se hacía la limpieza del hogar y se cerraban las ventanas para mantener fresca la temperatura de la madrugada.

Los suelos eran de yeso y para fregarlos se arrodillaban las mujeres restregándolos con trapos viejos llamados *rodilla del suelo*.

Abundaban las moscas y los parásitos del hombre. No existían medios químicos para librarse de ellos. Sólo remedios caseros y determinadas hierbas del campo.

Con un trapo o *mosquero*, artilugio de *papel de seda* montado en una caña, se oseaban las moscas que era como echarlas a la calle donde tenían sitio para campar a sus anchas y unirse a la multitud que había en ella de las mismas.

Del techo se colgaban manojos de *hartabacas*, un tanto pegajosos, a los que se adherían los insectos quedando atrapados en ellos. Más tarde el manojito se introducía en un saco al que se daban palos para matar a las moscas.

Por aquel entonces llegó el insecticida *Flix* que ayudó mucho, pulverizado con una gran jeringa de hojalata provista de un pequeño depósito para facilitar la extinción de los molestos visitantes.

Las pulgas... Se las fustigaba sacando el estiércol del corral, rociando después el recinto con zotal. Las que atacaban al cuerpo, con la caza individual de las mismas.

Otro parásito molesto y repugnante, a la vez que maloliente, aparecía con la llegada del calor en el verano, las chinches. Eran difíciles de combatir ya que se alojaban en los entresijos de las camas y en los descascarillados de las paredes. Una limpieza general con el encalamiento de las paredes y techos y el escaldado con agua hirviendo de las camas surtían el efecto apetecido de librarse de esta plaga.

La cena se servía a hora temprana y después los vecinos solían reunirse en la calle a la puerta de las casas. Rezaban el rosario, se enzarzaban en comentarios y críticas de la vida propia y ajena a la vez que recordaban los tiempos pasados de su juventud y su niñez.

Otros paseaban por la plaza o iban a *dar una vuelta* por el Camino Nuevo hasta la *Piedra Picá*.

La *Piedra Picá* era una gran roca casi puntiaguda que sobresalía a la derecha del camino como consecuencia del corte practicado en los tajos para continuación del camino por la *Cuesta de los Corrales* y que salva del precipicio que hay hacia la Rambla. Hasta aquí llegaba el tramo del camino que servía de paseo. A partir de la misma la parte no urbana, dura y solitaria.

Al convertir el camino en la carretera, la *Piedra Picá* ha perdido bastante del perfil gracioso que tuvo anteriormente.

Quedan por reseñar otras rocas dignas de mención, llenas de recuerdos o leyendas.

En el mismo Camino Nuevo, estaban el *Sentadero del Cura*. Una especie de sillón formado en la piedra donde, al parecer, se sentaba el párroco para hacer sus rezos. También ha desaparecido en la necesaria ampliación para dar paso a los carruajes.

Camino de Juviles, junto a una alberca casi en medio del barranco, aparece *La Piedra Jorá* o piedra horadada, dentro de la cual brota una fresca y rica fuente.

Bajando desde el pueblo hacia *Lo Hondo* por el vericuetto de los *Basarillos*, hay, en un recodo del camino, otra roca elevada llamada *Meadero de la Zorra*. Casi en lo alto de la misma se ve una oquedad donde se almacena la lluvia al caer. Pasados unos días, con la descomposición de la hojarasca y la suciedad del polvo, el agua adquiere una tonalidad amarillenta, que da origen a esa denominación.

Más abajo y en el mismo camino se alza *El tajo de la colmena*. De altura considerable y casi perpendicular, tiene en la parte media un agujero donde las abejas colocaron un enjambre y fabrican panales de rica miel. Sin ser propiedad de nadie, más de uno acudió en tiempo oportuno a hacer la castra y llevarse el dulce néctar, tan barato al mismo tiempo.

Recuerdo a un matrimonio formado por Manuel, apodado Fortuna y su mujer llamada Consolación. También ellos sintieron deseos de aprovechar lo que la naturaleza tan generosa, fácil y ricamente, les brindaba. El marido, colocada una viga para ascender, trepó a la misma y cuando ya estaba en plena faena resbaló, cayendo desde la altura. Su esposa, que lo miraba desde abajo, al verlo venir por los aires, quiso amortiguar el golpe de la caída colocando su delantal como receptáculo. Afortunadamente él cayó fuera del mismo. Quedó el hombre maltrecho y hubo de guardar cama una temporada. Ella dio gracias a Dios de que la aventura no hubiera tenido consecuencias peores. Ciertamente el mielero no hizo en esta acción honor a su apodo o apellido.

Sobresale entre todos el *Tajo de la Yedra*. Un macizo majestuoso, vigía permanente del pueblo, que muestra en su cumbre formas caprichosas en las quiebras de sus peñascos.

Al pie del mismo tajo está la *Erilla del Corral de Piedra*. Esta erilla se utilizaba para las faenas de la trilla durante el periodo en que el pueblo se asentaba exclusivamente en el Barrio del Medio. Más tarde, crecida la población y construida la parte baja del mismo, se hizo necesario crear una era de mayor capacidad y situarla en un lugar donde soplara el aire con mayor fuerza y conti-



Quizá la última fotografía de La Piedra Picá antes de que el paso de la carretera la cambiara para siempre . Hacia 1970.

nidad. Se escogió la cúspide del Barrio de las Eras que de este hecho adquirió su denominación. Sobre esta era comunal están erigidas las Escuelas nacionales desde los años cuarenta. Las modernas máquinas facilitaban las faenas de sacar el trigo en lugares más cercanos a los sembrados dónde se criaban las mieses.

En la erilla había una oquedad penetrando en el cerro con una cerca por delante. Debió servir para encerrar ga-

nado y así dar también nombre a la misma. Del filo de la era sobre el camino brotó una parra que daba uvas negras y hermosas. Nunca llegaban a madurar porque todos picoteaban en ellas antes de su sazón.

Camino de Barrio Alto, mediada la distancia que lo separa del Barrio Medio, formando una isleta hay una piedra alargada y plana llamada *Piedra de los muertos*. Esta denominación proviene del descanso que se hacía con los cadáveres cuando se bajaban a la iglesia para su enterramiento.

Un poco más arriba hay en el mismo camino otra gran piedra sobre la cual una mano anónima dejó esculpida una cruz en recuerdo de la muerte de un buen hombre apuñalado en aquel lugar. Desde entonces la roca se denomina *La Piedra de Roque*, nombre que tenía el asesinado.

Por último y soslayando otras rocas de menor monta, está el *Sombrerillo del Moro* del que se hizo reseña anteriormente.

Ocultas entre tajos y peñascales, tan abundantes en el pueblo y sus alrededores, hay varias cuevas que no conviene olvidar.

La *Cueva de la Ermita* en el camino de mismo nombre, receptáculo de estiércol en unas ocasiones y en otras aposento de mendigos y de gitanos.

La cueva de *la tía Aneta* antes de cruzar el barranco para acceder a la fuente baja. Parece ser que una pordiosera, con aspecto de bruja, bajaba a pernoctar y a cobijarse con frecuencia. La buena señora por su talante solitario y un tanto extravagante, se hizo famosa y legó su nombre a la posteridad con su estancia en aquel lugar.

Nada hay de cierto en este asunto. Únicamente una base para miedos y fantasmagorías.

Un poco más adentro y oculta por unos almecees está la boca de entrada a la *Cueva Fresca*. Ahora casi cegada por el desprendimiento de piedras y de tierra, no tiene la importancia de entonces. Un pasadizo desde la entrada conducía a tres como plazoletas a las que se podía acceder sin gran dificultad. Mi madre me refirió como en sus años mozos, ella, con sus amigas, acompañadas de otros jóvenes, habían tomado café en la tercera de esas plazoletas. Por supuesto alumbrados por la luz de los candiles.

Era común la opinión de que la cueva atravesaba, en lo profundo, el barrio de *Los Corralones* para terminar en el *Pecho de los Almecees* en el camino de *La Moraleda* donde, efectivamente y cegado, existe el inicio de una cueva.

A ese *Pecho de los Almecees* acudíamos los niños en otoño en busca de almecinas que caían de los árboles, negras y redonditas. Después de comerlas, mediante un canuto de caña, disparábamos con él los huesos, se trataba de una guerra infantil muy divertida.

El calor se hacía más intenso y las mieses, ya doradas, clamaban por la siega. Se transportaban a la era sobre burros o mulos. Esta operación se llamaba *barcinar*. Depositadas a los lados de la era en montones bien ordenadas llamadas *hacinas*, esperaban el turno oportuno y la fecha asignada para la trilla, que, por lo general no comenzaba hasta finales del mes de julio.

No habiendo en el pueblo más era que la última mencionada, pues la Erilla del Corral de Piedra se redujo al mínimo por diversas causas, el día 25 de julio, solemnidad del Apóstol Santiago, patrón de España, por la noche

y con la intención de evitar conflictos y peleas, los propietarios de las mieses, ya hacinadas eran convocados al Ayuntamiento para establecer por sorteo el orden numérico del día en que cada uno había de realizar la parva.

Llegado el día asignado, para la trilla, se extendía la mies sobre la era. Estaba enlosada con piedras anchas y lisas y brillantes por el desgaste producido al haber sido más que reutilizadas año tras año.

Algunos días se efectuaban simultáneamente dos parvas. ¡Tan grande era la cuantía de la mies!

En las parvas de menor cuantía se utilizaba un burro al que, desde el centro, se sujetaba con una soga o ronzal y casi siempre un niño le hacía girar dando vueltas para triturar la paja.

En las parvas de mayor envergadura se utilizaban una o más parejas de mulos que arrastraban, también dando vueltas, una *tabla de trillar*, madera provista de cuchillas de acero en la cara inferior. Sobre ella montaba el *trillero* que con cierto garbo y elegancia, paseaba su artificio cantando o silbando. Las mozas acudían a barrer la era para amontonar el grano no sin ser invitadas antes por el *trillero* a dar una vuelta, las últimas, formando una vistosa estampa digna de un acertado pincel.

Apilada la mies ya triturada, era necesario esperar a que soplara el viento oportuno y en la dirección deseada. De vez en cuando esta operación se hacía interminable por la calma imperante. Parvas había que duraban varias jornadas y toda la noche se precisaba estar vigilantes para aprovechar la brisa a la hora que llegara. Esto obligaba a que se retrasaran los turnos de trilla días y días.

Anteriormente a la cosecha, ya casi maduro el grano, los niños eran enviados a las parcelas a *espantar pájaros*,

haciendo resonar unas latas con pedruscos dentro, dando voces, y a la vez gritando de esta guisa: “*Ja perros, ladrones, que os coméis el trigo y dejáis los cañones*” o esta otra: “*andad, andad, a la cebada del cura, que ya está madura*”. No sé por qué tenía que cargar el pobre cura con el hambre de los pajarillos. Pocos curas tenían huertos y mucho menos sembrados de cebada. El típico anticlericalismo de los españoles aflora de mil maneras distintas.

Ni estos voceríos acompañados, ni los diversos espantajos colocados en el sembrado, simulando la presencia de un ser humano, surtían efecto alguno. Los gorriones iban y venían llenando a placer sus buches.

También la barcina, o acarreado del trigo, proporcionaba un alimento extraordinario. Se apipaban las gallinas con los granos caídos al vaivén de las gavillas camino de la era. Era curioso ver un grupo de estas aves siguiendo a los mulos un gran trecho en busca de su banquete.

La parva se prestaba a formar parte de los acontecimientos de reunión social. Familiares y amigos eran invitados casi como se hacía en el tiempo de las matanzas. Clásico era comer el día de la parva un puchero de orejones de habichuelas con la morcilla guardada en el mes de diciembre.

Desde la era situada en lo más alto del espigón rocoso que venía desde el Barrio Medio, veíase casi medio pueblo. Contemplando el bonito paisaje, aparecían los terrados cubiertos en parte por el verdor de unas parras que, arrancando desde la calle, trepaban hasta la techumbre. En este mes empezaban a mostrar la madurez de sus ricas uvas de las que daban buena cuenta las numerosas avispas que pululaban alrededor de las parras.



*El óleo citado, que pintó la maestra doña Isabel Carrillo, en el que puede apreciarse el también citado ciprés.
(Cortesía de Matías García Carrillo).*

Detrás de la era, en el barrio de *Los Corralones* se albergaba una mujer llamada Marta Perales. En una casa de sólo una planta, como casi todas las de aquel barrio, y medio destruida, se arrastraba en una silla baja al estar imposibilitada para andar. Se sostenía con la comida que le llevaban personas caritativas. Los niños acudíamos en pandillas y nos sentábamos a la entrada de la vivienda para oír los cuentos, siempre nuevos, con que nos deleitaba a la vez que aminorábamos su soledad.

Bajando de la era por *El Visillo*, enseguida saltaba a los ojos *El Ciprés*. Corpulento, erguido y centenario creció en *El Churre* apuntando a las alturas con un talante modestamente monacal. Daba una nota señorial y misteriosa entre el conjunto quebrado de los edificios.

Allí permaneció galante, recordando con toda probabilidad, los días todos de la existencia de la parte nueva del pueblo. Pero llegó un día aciago, no muy distante de este relato, en que un vecino sin pensarlo y un alcalde inconsciente dejaron al pueblo sin algo que, siendo de uno, era patrimonio de todos. El ciprés y la iglesia... dos testigos presenciales de toda una historia que apenas podemos recordar. Ya no habrá otro. Aquellas ramas y aquel tronco pasaron a ser pasto de las llamas por falta de cultura y de preocupación de los demás.

Desde este punto del *Visillo* una gran maestra nacional, sabedora de muchas labores y oficios, doña Isabel Carrillo, pintó un cuadro con la vista del pueblo, incluido el ciprés. También desde el *Albercón* pintó otro con el paisaje de la ermita, teniendo como centro el Molino y su alberca.

En este mes se celebraba la fiesta de la Virgen del Carmen. Como en el mes anterior, en la del Corazón de Jesús, si no caía en domingo el 16 de julio, se trasladaba al domingo siguiente.

Precedíale una novena, no muy concurrida, que venía a suavizar un tanto el trajín y desasosiego de las intensas labores agrícolas.

Nuevos *chiscos* o fogatas en la noche del veinticinco, víspera de Santa Ana para impetrar que *no se muera la marrana*.

En esa fecha del 26 de julio se visitaba la *temprana*. Un vistazo en las viñas rebuscando entre los pámpanos algún racimo de uvas maduras.

AGOSTO

La trilla, una tras otra, iba dejando vacía la era. Los graneros, más o menos, se iban llenando con la realidad esperada durante un año entero.

Los días, ya más cortos, aportaban unas noches más frescas y llevaderas.

En los rastrojos de los cereales crecían los sembrados de maíz y habichuelas. La atención al regadío se intensificaba y se tornaba más preocupante. La falta de lluvia aminoraba las posibilidades del regadío que se tornaba más necesario cuanto más fuerte era el calor.

Cada cual regaba sus parcelas con el agua procedente del manantial más cercano. Se contaba además con el *agua cequial* según la distribución hecha por sectores y en los turnos señalados por la *Junta de Aguas de la Acequia Real*.

Un poco más arriba del pueblo de Trevélez, en el río del mismo nombre, se construyó una presa que recogía el agua de dicha corriente y, canalizada en la *Acequia Real*, llegaba hasta la vega alta de Cástaras y luego, por *toques* a los demás compartimentos de la vega baja. En el *Partidero* de los Prados de Villarreal había una bifurcación que llevaba hasta Notáez y Almegíjar el agua sobrante de los riegos de Cástaras.

No pocos disgustos y peleas surgían por el justo o injusto aprovechamiento de tan preciado líquido.

Variada era la denominación de los distintos pagos, unos de regadío y otros de secano. Venía señalada en razón de la clase de árboles o cultivos allí crecidos. He aquí algunos de ellos:

Chaparral, Pedro Jiménez, Gotera, Salto del Perro, La Calera, El Olivar, Las Colmenillas, El Marjal, La Ermita, Huerto del Molino, El Hundidero, La Fuente Baja, El Albercón, El Huerto Guerra, El Haza Milarga, El Cornicabral, Los Cominarejos, La Fuente Caliente, Lo Hondo, La Moraleda, Los Menores, Los Basarillos, La Cruz, Las Catifas, El Poco Trigo, La Fuente Vieja, Las Hacillas y muchos más.

A estos se añadían, englobados en el genérico de *por ahí arribas*, distintas parcelas con su toponímico correspondiente.

En los comienzos del mes y ajustándose a la teoría de las *cabañuelas*, apenas asomaban los primeros nublados se subía al terrado para *restregar* las goteras, grietas producidas por la sequedad al endurecerse la láuna con el calor del verano. Así se prevenía con antelación la humedad en las casas.

Igualmente se aprovechaba el mes de agosto para la construcción o reparación de las viviendas. De modo especial se atendía al remiendo de los terrados o recubrirlos nuevamente con láuna.

No había muchos albañiles. Por esa razón omití hablar de ese oficio cuando hice un ligero recorrido por los existentes en el pueblo. Había, empero, uno muy afamado, Mariano Almendros, residente en el Barrio Alto. Jefe de una familia de honda vida cristiana, no fallaba nunca a la

práctica de la misa dominical acompañado por los suyos. Estaba bastante sordo y solía dormirse en la iglesia durante los sermones, bostezando de vez en cuando de una forma llamativa. A él se acudía para demostrar su destreza en las chapuzas de aquellas peculiares construcciones. Éste buen hombre tenía una teoría no muy acorde con la física y las matemáticas. Se decía que excavando un hoyo para enterrar a un difunto, si se volvía a llenar sin meter el ataúd, siempre sobraba tierra. Empero si se introducía el ataúd, una vez cerrado el hoyo, siempre faltaba tierra para coronar la tumba con el montículo correspondiente.

La reparación de los terrados se efectuaba más o menos de esta forma:

Una vez niveladas las alturas convenientes en las paredes, se colocaban las vigas, a ser posible de fresno por ser más fuertes y duraderas. No eran, sin embargo, las más bonitas y derechas. Sobre ellas se tejía el cañizo a base de cañaveras sujetas entre sí por una más gruesa llamada *guiadera*. Por cierto que la labor de limpiar las cañas con una hoz se encomendaba a las mujeres porque el polvillo hecho al ser rozadas era perjudicial para los genitales del varón. Sobre el cañizo se extendía una capa de barro y sobre esta el *malhecho* o manto de matojos, cubriéndolo finalmente con *láuna*, tierra gredosa que impermeabilizaba el terrado y facilitaba la expulsión del agua de la lluvia por las canales.

Con pedazos de troncos de pitas, limpios en su interior o con otros diversos materiales en forma acanalada se fabricaban dichas canales. Al filo del terrado se fijaban los *aleros* o planchas de pizarra traídas generalmente de la sierra de Trevélez, evitando así el goteo sobre las fachadas.

Por último iban las *castigaderas*, piedras gruesas unidas con yeso que, al sujetar los aleros, a la vez dirigían el agua hacia las canales.

Sobre los terrados se pronunciaban los *subideros* y las chimeneas: pequeñas construcciones que daban salida al humo de la lumbre las unas y a la subida por una pequeña escalerita al terrado los otros. También se alzaba una que otra *lumbre* con el fin de aportar luminosidad a las habitaciones interiores de las casas, adosadas en gran número a los muros de piedra sobre la que estaban construidas.

En Cástaras en aquellos tiempos no existía más tejado que el de la iglesia parroquial. En los años cuarenta se colocó el de las Escuelas Nacionales y algo después el de *La Clínica*. Ojalá no vuelva nunca a darse una razón para otro tejado que venga a quebrar la fisonomía general propia de la construcción alpujarreña.

En este mes se recogía, ya en la madurez oportuna, el fruto de las hortalizas: tomates, pimientos, pepinos y berenjenas. En las plantaciones de estos vegetales y alrededor de las mismas solían colocarse matas de albahaca, adornos o miramelindos y unas margaritas de variado colorido llamadas *extrañas*. Estas flores no se cultivaban ordinariamente en las ventanas.

Igualmente empezaban a degustarse las frutas entre las que abundaban las manzanas de no muy exquisita calidad.

Aunque en este relato no se trata específicamente de Nieves ni de la parte del municipio correspondiente a los cortijos, no me resisto a traer el nombre de alguno de ellos:

La Rambla, Aragonés, Duende, Los Mecías, Herrador, del Cura, Venta Barceló, La Solana, La Plantonada compartida con Almegíjar, Los Morenos, Los Blancos, Los Baquetas, Los Archillas, Los Torres, Los Santos, La Loma, Los Retamales, El Collao, La Viña del Castillo, La Cuesta Porrón, Los Plumas, Las Covezuelas, El Moral, Los Garcías, La Toba, La Hoya del Zao, El Frontón, Los Manzanos, Los Mateos, Los Clérigos, Pata Palo, La Almazarilla, El Retamalón y otros. Nombres debidos a apellidos y apodos, a la toponimia u otras circunstancias.

Especial mención merece el Cortijo de don Juan. Era un conglomerado de varias viviendas, propiedad de un señor así llamado. De su apellido no he llegado a tener noticias. Tuvo empeño ese señor en llevar a la cortijada el agua de la Acequia Real de Cástaras. Su empecinamiento llegó a compromiso tal que se negó a afeitarse hasta que no lo consiguiera y entonces se quitaría la barba en medio de la plaza del pueblo. Lo consiguió, cumplió su promesa, dando a los castareños un rato de diversión e invitándoles también a un vaso de vino.

Los habitantes de los cortijos, sobre todo los más alejados, tenían contacto más frecuente con los pueblos de Torvizcón, Cádiar y Albondón, limitando sus visitas para asuntos oficiales, pago de la contribución y actos parroquiales: bautizos, matrimonios, entierros y funerales.

Recolectado el trigo, gran parte de la cosecha era destinada al pago de las rentas de las tierras labradas y el resto a irlo consumiendo poco a poco en el pan de cada día.

La molturación del grano se efectuaba en uno de los diversos molinos existentes en la localidad: uno a la entrada del pueblo por el Camino de la Ermita, otro en la

Fuente Baja, un tercero en la Rambla y otro, últimamente, en la Venta Barceló.

Diariamente, los molineros recorrían las calles del pueblo con sus caballerías. Del pescuezo de las mismas pendía un collar de campanillas que anunciaba según su distinto son, la presencia del molinero preferido. Éste transportaba el grano a su molino, lo molturaba en la piedra blanca o en la baza según la clase de harina más o menos elaborada que se deseaba. Hacía la maquila o parte proporcional a la cantidad de grano molturado y devolvía el resto al dueño.

Para la elaboración del pan, la víspera del día elegido, se acercaban a *pedir el horno* en uno de los dos o tres existentes. Allí, proporcionada a la cantidad a amasar, daban la *recentadura*, trozo de masa fermentada, que mezclada con determinada cantidad de harina, sal y agua formaba la *levadura* para el *amasijo* solicitado.

En la mañana del día siguiente y a la hora convenida, la hornera se acercaba a las casas a retirar la levadura, la harina y también la porción de leña conveniente para calentar el horno dónde había de cocerse el pan. Este haz de leña era llevado arrastrado, que no a espaldas de la hornera.

Una mujer de la casa se trasladaba al horno. Este quehacer estaba reservado, como otros muchos, exclusivamente a la mujer. Jamás vi a un hombre haciendo masa. Se amasaba la harina después de cernerla y apartar el *salvado*. Mezcla de la harina con sal y agua caliente, que servía la hornera... a meter una y otra vez los puños, dándole vueltas a la masa hasta que estuviera bien elaborado. Una *artesa* de madera se utilizaba como recipiente y en

ella, recogida, quedaba para su fermentación y crecimiento.

Por la tarde se volvía a hacer el pan y entre tanto era *caldeado* el horno; limpio el mismo de ceniza con un atado de trapos llamado *barredero*, quedaba útil para recibir las piezas elaboradas a continuación.

Venido el pan, se introducían las piezas en el horno mediante una larga pala de madera, muy reluciente. A mitad de cochura se destapaba la boca del horno para mover las piezas y *verlas de color*. Finalmente, ya cocido, se sacaba todo y la hornera volvía de nuevo a los domicilios repartiendo las partes a cada uno correspondientes. Para no confundir las pertenencias, a cada pieza se le hacía una señal que diferenciara a las unas de las otras.

En el horno se quedaban con un tanto de masa o *paga* correspondiente una parte al propietario del horno y otra a la hornera. Estas eran las dos únicas familias que todos los días comían pan caliente.

¡Que rico sabía un *cuscurro* de aquel pan recién hecho!

En orzas se guardaba el pan para tenerlo tierno hasta la llegada del siguiente amasijo.

Cuando se terminaban las existencias, se buscaba *pan prestado* entre la familia o amistades para devolverlo religiosamente en la próxima hornada.

Este modo de prestar y devolver se unía a la forma de vender y comprar. Se utilizaba mucho el sistema del trueque. A los comercios se acudía, especialmente a los de comestibles o mercería, para intercambiar huevos o legumbres por distintos géneros. En no pocas ocasiones se estaba esperando a que la gallina pusiese el huevo para invertirlo en un ovillo de hilo o en un cuarterón de arroz.

A propósito de cuarterón. Se desconocía el sistema métrico decimal. Eran utilizadas las pesas y medidas de Castilla: la romana, la fanega, la arroba, el jarro, la mitailla, la vara, la cuarta, el celemin, la cuartilla y otros.

El día 24 de agosto eran las fiestas de Nieves. Por la tarde acudían muchos castareños al anejo para asistir a la procesión de las imágenes de San Bartolomé, Patrón de aquella parroquia y La Virgen de las Nieves, pequeña estatua moderna y de bella factura. Más de una vez, al salir la procesión, algún castareño gritó ¡Viva San Miguel!, provocando el consiguiente disgusto entre las gentes de Nieves, con el revuelo lógico de foráneos. Se permanecía en Nieves hasta finalizar la representación de “Moros y Cristianos” con la que se divertían los de Nieves y divertían a los demás mostrando sus buenas cualidades de artistas improvisados.

Según la situación comarcal de los diversos pueblos perduran en ellos los distintos apellidos que aportaron los colonizadores cuando la repoblación de los moriscos.

No proliferaban mucho los apodos. Unos personales, otros de familia, se utilizaban con prudencia y siempre en ausencia del apodado. He aquí algunos: Zorzala, Migala, Patusca, Gachas, Mesas, Pericos, Parpaguitos, Guerra, Morona, Coneja, Torilla, Obispos, Arzobispos, Chatos, Vigilias, Baquetas, Greñas, Guiros, Paleca y pocos más.

Algunas personas eran nombradas anteponiendo a su nombre el distintivo de su avanzada edad: el *Tío Nicolás Ruiz*, el *Tío Juan Rodríguez*, la *Tía Mariquita Márquez*, la *Tía Amalia* y algunos otros. Este remarque de *tío* y *tía* era seña de respeto y reverencia.

Aparte de los funcionarios: cura, médico, maestro y maestra, a nadie se anteponía el *Don*. Tan solo había dos

venerables señoras con el cabello blanco, blanco, y entradas en años, a las que se les otorgaba esa honorífica distinción: la señora de un médico ya difunto, don Baldomero Villanueva, llamada doña Marta y la dueña del Baño del Piojo, llamada doña Ana.

Quedaría incompleto el recorrido por las diversas actividades veraniegas si no se hiciera mención especial al reseñado en la Enciclopedia Espasa: “El Baño de la Salud” vulgarmente conocido como “Baño del Piojo”.

Enclavado en una hondonada próxima a la Rambla de Cástaras y en el mismo límite municipal de Almegíjar, se accede a él por el camino de Notáez, una empinada cuesta que va a dicho balneario desde la *Erilla*.

Mediado el camino hay una cantera de piedra de yeso en el *Salto del Perro*. En esta cantera anidan los abejarucos, raras y vistosas aves ubicadas casi únicamente en este paraje.

Llegados al conjunto del Baño, aparece un edificio, casa principal, habitado por los dueños en la planta baja. A la planta alta se accedía por la parte posterior en cuya entrada se alzaba una vivienda llamada *La Cueva* por estar parte de ella excavada en la roca. De allí se pasaba a varias dependencias llamadas *Las Salas*. Eran el hospedaje de mayor categoría. Antes de acceder a ellas se elevaba otra casita denominada *El Chambaillo* debido a un cobertizo construido en su entrada. Separado como a unos veinticinco metros, aparecía el *Zacatín*. Una estrecha calleja flanqueada a uno y otro lado por pequeñas viviendas de una sola habitación: comedor, cocina y dormitorio a la vez. Lugar del hospedaje de categoría inferior.

Cada bañista se procuraba su propia comida. No había servicio de bar ni de restaurante. En la dirección tenían un pequeño depósito de pequeñas existencias.

Bajando una cuestecita, brota el manantial de aguas ferruginosas debajo una cueva encerrada en una habitación donde se forma una balsa a la que se accede mediante tres escaloncitos. Era el llamado *Baño de las mujeres*. Un tabique la separaba de otra de iguales dimensiones con un agujero por donde pasaba el agua de una a otra y llamada *Baño de los hombres*. Por turnos se accedía a los mismos para darse el remojón conveniente en aquel agua de sabor agriamargo que sanaba determinadas enfermedades en especial el humor herpético.

Unos metros más distante, al aire libre, funcionaba la caldera del agua caliente para los baños de los reumáticos situados en una pequeña nave dividida en compartimentos cerrados con una cortina. Allí, por una larga tubería, llegaba el agua a unas bañeras a modo de toneles.

El nombre, mejor dicho el apodo de *Piojo*, parece ser que procedía de uno de los dueños, bajo de estatura, llamado *El tío Piojo*.

Acudían al balneario familias de Cádiar, Juviles, de los pueblos de la Taha de Pitres y, en bastante número, de Los Bérchules.

La estancia en aquella hondonada sin horizonte alguno y con muy poca vegetación se hacía simpática y agradable. Unos con otros tramaban amistades duraderas aún cuando la separación hubiera de ser luego larga o indefinida.

Los bañistas, al atardecer, se reunían en la portada de la casa principal para rezar el rosario. El rezo del mismo se hizo famoso en tiempos del *Tío Piojo* debido a los dis-

parates lingüísticos que el buen hombre formulaba al pasar las letanías en latín.

Después de la cena tornaban al mismo lugar. Alumbrados con candiles y algún quinqué cada uno manifestaba sus habilidades artísticas y con preferencia cómicas, procurando una velada sumamente agradable y grata.

Y... SEPTIEMBRE

El mes de San Miguel.

Esas cinco palabras condensaban durante un año entero la ilusión toda de los castareños que, alrededor de su Patrón, colocaban cuanto de alegre o triste acaecía en el devenir de su existencia. Once meses esperando y preparando los festejos patronales con tristeza por los lutos y con suma alegría si no hubiera habido alteraciones notables en ese período. Hacia el mes de San Miguel se enfocaban las miradas pensando en cuanto pudiese alterar, siquiera momentáneamente el ritmo sosegado y monótono de una vida dura, algo miserable en algunos aspectos y llena o vacía de distintas penas o alegrías.

Los atardeceres se teñían de arboles rosados y oro. Era una señal inequívoca para deducir que *San Miguel* ya venía por tal o cual paraje según la mayor o menor proximidad de las fiestas.

Entra fuerte la furia por la limpieza. Blanquear casa y fachada; escaldar catres y camas para eliminar huéspedes no apetecidos; hacer colada extraordinaria pasando agua hirviendo sobre la ceniza colocada sobre un cernedero.

Al carnicero, que preguntaba de casa en casa, se le encargaba con antelación la cantidad de carne deseada en relación al número de familiares e invitados que se espe-

raran para los festejos. Las costureras y sastres del pueblo o de otras localidades vecinas, señaladamente Notáez, no daban abasto para atender las demandas de cuantos deseaban estrenar vestido o traje. Se aumentaba el agobio debido a que en algunos pueblos colindantes se celebraban sus fiestas patronales en los mismos días.

Con gran sigilo, las jóvenes ocultaban el color y la hechura de sus prendas para mejor impresionar el día del estreno de las mismas. Llegada luego la fiesta, la primera impresión de las unas sobre las otras solía convertirse en crítica y censura más que en admiración y contento. Siempre la envidia anidó en todos los rincones de España. Los mozuelos accedían por vez primera al estreno de unos zapatos. También era la primera vez que un reloj de bolsillo adornaba con su cadena la delantera de su chaleco.

Los niños se contentaban con unas babuchas o sandalias nuevas. Una blusita y un pantalón corto venían a sustituir el *babero*, tipo de guardapolvos con que iban ataviados la mayor parte del tiempo.

Por las Navidades los mayordomos elegidos para organizar los festejos, presididos por el *Piostre* o mayordomo mayor, habían recorrido las casas del pueblo y de los cortijos solicitando la *limosna del maíz* como primera aportación a los gastos generales de las fiestas. A primeros de septiembre repetían la cuestación reclamando en esta ocasión *la limosna del trigo*. Utilizaban el presupuesto que abarcaba múltiples capítulos: traída de la banda de música, cohetero y castillo de fuegos artificiales, gastos de comedias, refresco en el Ayuntamiento, pagar la función al cura, cucañas y otros añadidos imprevistos.

Los días de vísperas eran agitadísimos. Era necesario dejarlo todo a punto sin que faltara detalle alguno.

Entre el ir y venir de la gente se adivinaba la alegría especial mezclada a la inquietud del que espera algo sabido a la vez que incierto. Para hacer boca al ambiente festivo se acudía a Notáez el ocho de septiembre a participar en la conmemoración de su patrona, la Virgen de la Cabeza.

En esta localidad representaban unas comedias muy bien preparadas por los vecinos, gentes muy finas en sus modales y casi todos magníficos músicos y cantores.

A la luz de la luna el camino de retorno a Cástaras se hacía más seguro y menos largo.

En dirección a Almegíjar, el día catorce del mismo mes, pasaban forasteros a los que también se agregaban algunos castareños con intención de venerar la milagrosa imagen del Santo Cristo de la Salud, titular y patrono de aquella parroquia.

Y... metidos de lleno en la preparación de los festejos, después de cenar, durante nueve días, se celebraba la novena en honor de San Miguel y de San Antonio.

Sobre dos mesas grandes y colocadas sobre sus respectivas andas, aparecían las imágenes de los patronos dónde permanecían hasta pasadas las fiestas.

En Cástaras, Notáez y Almegíjar se festejaba a San Antonio como Copatrono. Esto se debía a que los tres pueblos participaban, cada uno en su medida, del agua proveniente de la acequia real tomada en su origen del río Trevélez, localidad de la que es patrón San Antonio. Para agradecer el bien de los regadíos sustanciados por el lí-

quido elemento de allí proveniente, en un acto de cortesía generosa, se asoció a los festejos de cada pueblo el compartir la veneración de sus patronos con la del Santo de Trevélez.

La novena consistía en la exposición solemne del santísimo, el rezo del santo Rosario y la lectura correspondiente a cada uno de los días del novenario.

Se iniciaba con un cántico de entrada basado en la leyenda que campea en el escudo que San Miguel lleva en su brazo izquierdo:

*¿Quién como Dios?
Nadie como Dios.
San Miguel Arcángel,
gran batallador,
presenta las almas
al tribunal de Dios.
Presenta la mía
al trono del Señor.
San Miguel Arcángel,
gran batallador.*

A la luz de unas cuantas velas, con el canto de algunas mujeres y el acompañamiento del órgano adquiría un tinte de misterio el silencioso comportamiento de los demás asistentes al acto.

Se continuaba con la lectura de la novena y las estrofas del himno a San Miguel intercalado entre tres Avemarías.

El himno dice así:

*Miguel, sacro general
del ejército glorioso,
defiéndenos valeroso
del enemigo infernal.*

*De la boca del Señor
fuiste espíritu formado,
siendo después de creado,
defensa del Creador.*

*Y pues mirar por su honor
te dio poder sin igual,
defiéndenos valeroso
del enemigo infernal.*

*Lleno de ira Luzbel,
con obstinada osadía,
dijo que se le daría
hasta el supremo dosel.*

*Y pues hubo causa en él
de aquel hecho tan fatal,
defiéndenos, valeroso,
del enemigo infernal.*

*Los que antes fueran lumbreras
de aquellas claras regiones
hoy se ven negros carbones
en las ardientes hogueras.*

*Y pues sólo Dios pudiera
darles un castigo tal,
defiéndenos valeroso
del enemigo infernal.*

Se finalizaba con la Bendición Eucarística.



Composición fotográfica de San Miguel sobre Cástaras, que colgó en muchas casas del pueblo y que fue portada en las carteras y devocionarios de muchos castareños.

Momentos antes de dar comienzo a la novena, y mientras los toques de la misma, acudían muchos devotos a cumplir promesas hechas en alguna circunstancia difícil solicitando algún especial favor.

Generalmente consistían en recorrer la iglesia de abajo hacia arriba y de rodillas un determinado número de veces.

Caldeado ya el ambiente con la novena, llegó la víspera. Todo preparado y ultimando retoques, al caer la tarde, se iba a *esperar la música* en la *Piedra Picá*. Las Autoridades, el Sr. Cura, la mayordomía en pleno y bastantes vecinos entre los que despuntaba el gran número de chiquillos que, impacientes, bajaban y subían la Cuesta de los Corrales como para adelantar el ansiado momento.

Por fin llegaban los músicos. Eran saludados por los concurrentes, se disparaban los primeros cohetes y en apretada manifestación iniciaba el director de la banda una marcha a cuyo son se dirigen hasta la puerta de la iglesia. Allí sonaba retumbante el Himno Nacional en honor del patrón.

Inmediatamente los músicos recorrían las calles al son de algún pasodoble torero y retornaban a la plaza dónde se procedía al *reparto* de los músicos asignándoles a cada uno un determinado alojamiento.

Este reparto de *echar músico* solía ocasionar alguna que otra protesta por los inconvenientes que tenía alojar un huésped forastero en unas viviendas no muy sobradas de habitaciones. Aunque a regañadientes era aceptado y llevado al domicilio señalado. Allí comenzaba una relación de amistad formada por la permanencia de unos días entre la familia tal que los miembros de la misma habla-

ban de *su músico*. Tanto que al año siguiente ya iban a reclamar a la misma persona. Curioso era encontrar en algunas viviendas una habitación llamada *el cuarto del músico*.

Terminada la cena, se retornaba a la iglesia para celebrar el día último de novena, esta vez oficiaba con la banda de música que en cada pueblo cantaba el mismo motete cambiando el nombre del Patrón según encartaba.

Tras la novena... a bailar en la plaza.

En los bailes de estas fiestas, en los que entre mozo y moza podía pasar la brisa, se iniciaba o comprometían definitivamente muchos noviazgos difíciles de conciliar en otra ocasión durante el año.

También en ellos hacían sus pinitos de danza los mozalbetes, solicitando del director de la banda la ejecución de una mazurca o de un pasodoble, únicas piezas que se atrevían a bailar.

Amanecía el día veintinueve, el gran *día de San Miguel*, fecha esperada desde la fiesta del año anterior.

Muchos, a esa hora, ya volvían del campo de coger los *chumbos* bien fresquitos y los *higos de Pata Mula* para el desayuno.

Al salir el sol, la banda de música recorría las calles tocando *diana*. Los cohetes retumbaban llamando a dejar la cama. Era necesario aprovechar al máximo las horas y los minutos de la jornada.

Alrededor de la plaza se instalaban los dulceros. Acercándose a los diversos árboles para cobijarse del sol que calentaba con ganas, sobre unos cajones de madera, colocaban sus *arcas*. Eran estas una especie de maletas, tam-

bién de madera, que al abrirse mostraban en distintos compartimentos variadas clases de dulce. Las tapas servían de mostrador.

Procedían los dulceros de Pitres, Torvizcón o Notáez, siendo estos últimos los más apreciados por la calidad de sus productos.

El surtido de los dulces eran *yemas* y *chupones* envueltos en papeles de colorido llamativo, caramelos de fabricación casera, *almendrones*, *almendrillas*, *calabaza confitada*, y turrón. El turrón se presentaba en un enorme bloque del que se iban cortando trozos con la ayuda de una cuña de hierro y una de las pesas de mayor tamaño de la balanza o *peso*. Según la porción cortada era también su precio. Entre todos los dulces sobresalían por su tamaño, sabor y finura, unos bizcochos llamados *de la Bombé*.

Algún que otro año aparecían los columpios. Una noria de cuatro barquillas que era movida a brazos por los dueños y que eran la delicia de jóvenes y de niños. Algunas señoras, entradas en años, que no se atrevían a montarse por aquello del *¿qué dirán?*, pasada la media noche, acudían a la plaza y solicitaban unas vueltas en el artilugio.

Algún año instalaron una especie de carpa de lona, con un fogón a la entrada. Servía en su interior para tomar café o chocolate con uno ricos *tejerings* o churros que también se compraban para tomarlos en casa.

En un rincón de la plaza, ya que toda la actividad festivalera se desarrollaba dentro de la misma, se instalaba el garbancero venido de Nieves para la venta o intercambio de su mercancía.

Igualmente en otro rincón, muy atento y vigilante a su negocio, andaba el cohetero con su saco de cohetes *pequeños o gordos*, según el tamaño, que vendía por docenas o medias docenas para ser lanzados al aire a la salida o entrada de la procesión.

Ante el Ayuntamiento, desde el día anterior, se había instalado, a base de vigas y tablas y ornamentado con sábanas y colchas, el escenario para las comedias. Los ensayos de las mismas habían dado comienzo a primeros de mes.

Aparecían los primeros forasteros. Gentes de Juviles, Notáez, Almegíjar, Torvizcón y de los pueblos de la Taha de Pitres. De Nieves, siendo anejo del pueblo, no acudían en la proporción esperada. Como una especie de distanciamiento existía entre las dos localidades, tal vez por el incomprensible aire de superioridad de los castareños y por el retraimiento injustificado de los de Nieves.

Repicaban las campanas a *Misa Mayor*. Su tañido sonaba como con alegría plena queriendo transmitir su júbilo a quienes ya no necesitaban estímulo alguno. Los distintos toques iban espaciándose y ya asomaban las mujeres con su silla al brazo para *coger sitio* en el templo. Venían tocadas con la ropa recién estrenada y en una actitud casi provocativa esperando que cuantos encontraban a su paso se detuvieran a contemplar la gracia de su estrenada prenda tan sigilosamente guardada en fechas anteriores.

Las Autoridades ocupaban el *aprisco*. Los abanicos se movían acompasadamente en las manos de quienes lo utilizaban frecuentemente y casi con vértigo en las manos de los que rara vez se aireaban con él. Era caluroso el



Ambiente de fiesta en La Plaza. Tratando de elevar un globo de papel. Hacia 1942.

tiempo todavía y además el gran concurso de asistentes casi obligaba a llevar este complemento.

Al menos se presumía siquiera una vez con aquel abanico general en la iglesia.

A las fiestas patronales acudían anualmente los sacerdotes de los pueblos vecinos invitados por el cura de la localidad. Oficiaba una misa de tres, revestidos con el

terno blanco de tisú de plata. No existía otro *terno* de calidad semejante en la zona.

Uno de los sacerdotes se encargaba del sermón. La mayor parte de la concurrencia ni se enteraba. La valoración que muchos hacían de la perorata dependía de los gestos más o menos ampulosos que el predicador hiciera acompañando a su palabra y de la intensidad de voz que empleara al decirla.

El sermón alcanzaba su parte más álgida cuando el orador llegaba al final con la súplica. Todos se arrodillaban como movidos por un resorte colocándose bajo el amparo de San Miguel y rogando cada uno desde su interior por los suyos vivos y difuntos, suspirando porque la alegría de las fiestas perdurara hasta el año venidero. Muchos ojos se empañaban por los recuerdos y más de una mejilla se humedecía con las lágrimas. Terminada la misa, la banda de música se acercaba a la sacristía a recoger a los curas y acompañarlos hasta el Ayuntamiento donde esperaban las Autoridades, Dignidades y Mayordomos, sólo hombres. Accedían al recinto, no muy grande, cuantos tuvieran cabida en él. Allí se servía un pequeño *refresco* a base de dulces y aguardiente. Éste día de San Miguel el *refresco* lo subvencionaba la Corporación Municipal. La banda, desde la plaza, amenizaba la reunión.

Era llegada la hora de la comida. Plato fuerte era la clásica *fritailla*. Ingredientes de la misma eran: carne frita con tomate a lo que unían pimientos asados en la lumbre. Se preparaban a fuego lento y abundante aceite. Sabía a gloria y se regaba con el vino de la tierra o el traído de los cortijos.



Salida de la procesión de San Miguel, presidida por el autor. Años sesenta.

Vuelta a la plaza. Comenzaban los preparativos de alguna cucaña. Unos pucheros colgados en los que se introducían caramelos, agua, ceniza, o cualquier otra cosa que pudiera producir gozo o decepción. Recuerdo las cucañas de uno de los años de mi niñez. Uno de los chiquillos que participaron en el juego acertó a romper uno de los pucheros. Al romperse cayó al suelo un objeto contenido en el mismo. Sobre él se precipitaron gran parte de los concurrentes. Entre aquella avalancha se encontraba el padre del muchacho que defendía a mamporros la conquista de su hijo. La pelea terminó jocosamente cuando descubrió que el regalo era un mochuelo muerto.

A continuación venía la corrida de cintas. Comenzó a celebrarse en el año 1929. Un grupo de mozas ataviadas



Las “manolas” preparadas para atar la cinta bordada al brazo del que consiga ensartar la anilla. Hacia 1960. (Cortesía de Josefina Rodríguez Salmerón)

con mantones de Manila ocupaban el escenario. Los mozelos, cabalgando sobre mulos, desde el Pié de la Torre iniciaban la carrera tratando de enganchar en un puntero la anilla que pendía de una cinta enrollada en un canuto de caña y colgada de un alambre tendido entre las dos acacias más cercanas a la fuente. El que tenía el acierto de enlazar la anilla preferida se dirigía ufano a que la moza bordadora de aquel trofeo se lo colocara a modo de banda. Intentaban adueñarse de la cinta que, según pesquisas, había bordado su novia. Luego marchaban con prestancia sobre sus cabalgaduras detrás de la procesión, mostrando con orgullo sus trofeos.

Mientras tanto repicaban las campanas. Sonaban las tres con brío empujadas por mozos forzudos. En los varales de las andas de cada imagen ya estaban atados los pañuelos de aquellos que deseaba obtener el primer turno para sacar a los Patrones de la iglesia. Señal que daba el derecho a ejercitar ese privilegio, siempre motivado por promesas enunciadas en momentos de dificultad.

Y daba comienzo el desfile. Al salir las imágenes por la puerta de la iglesia, sonaba el Himno Nacional. No recuerdo que composición sonó en tiempos de la República. Simultáneamente infinidad de cohetes subían a las alturas, unos desde la misma plaza, otros desde los terrados colindantes. Parte de los mayordomos, parte de los feligreses fruto de mandas. Se daban gritos y vivas a cada uno de los santos y se ponía en marcha el cortejo.

Precedía la imagen de San Antonio. A continuación dos filas de mujeres con un orden no muy preciso. A la cabeza el Pendón, los ciriales y la Cruz Procesional. Los ciriales eran de madera policromada. La Cruz de plata repujada.

Por último la imagen de San Miguel, seguida de los sacerdotes, autoridades y banda de música. Todos arrojados por una masa de varones que, a porfía, se disputaban el derecho a cargar, por turnos, la pesada y a la vez grata carga del santo.

Los sacerdotes y el sacristán entonaban de tanto en tanto versículos de salmos en latín, mientras que el incensario extendía sin cesar su perfumado aroma durante todo el recorrido. Los cohetes salían lanzados desde los terrados en cumplimiento de *manda* o promesas. La parte del fogateo correspondiente a la mayordomía la ejecutaba uno de los componentes de la misma encabezando la procesión y auxiliado por alguien que llevaba el saco de cohetes.

Los cables del tendido eléctrico que cruzaban algunas calles de parte a parte, obligaban a bajar o a alzar las imágenes con cierta habilidad. Era maestro en estas ocasiones el mismo dueño de la fábrica de electricidad,



La procesión de San Miguel pasando por el barrio de Las Eras. 29-9-1942.

Fausto García Moreno, uno de los más fervientes devotos de San Miguel.

De retorno a la plaza, recorrido lentamente el itinerario procesional, se situaban las dos imágenes de espaldas a la puerta de la iglesia. Eran incensadas una vez más y nuevamente al son de la Marcha Real entraban en el templo y eran colocadas en posición de ser sacadas al día siguiente.

Mientras duraba la procesión, se llevaban a la plaza las sillas para poder contemplar cómodamente las comedias delante del escenario. Cada cual procuraba acercarlas lo más posible al proscenio. Con una tomiza enlazaban las pertenecientes a la misma familia. Siempre quedaba alguno de guardián para defender, si era preciso,



Entrada o salida de la procesión de San Miguel. 1942.

el puesto ocupado. Casi todos los años se organizaba algún altercado con discusiones y peleas por este motivo.

Se cenaba temprano e inmediatamente a las comedias. Ocupadas las sillas, mientras se alzaba el telón, la banda amenizaba la espera con lo mejor de su repertorio.

Hecho el silencio daba comienzo el espectáculo.

Las *comedias* eran uno de los mejores alicientes para los del pueblo y la mejor de las convocatorias para atraer a las gentes de los cortijos y de los pueblos cercanos.

Finalizada la representación y retirada la banda se organizaban bailes particulares a base de instrumentos de cuerda o contratando particularmente a dos o tres músicos, alargando así la diversión.

Muchos de los forasteros retornaban a sus respectivas localidades en medio de la oscuridad por caminos y vericuetos sólo practicables por las gentes a ellos habituadas.

La Guardia Civil y los sacerdotes también regresaban a sus habituales destinos.

La jornada siguiente, *día de San Antonio* era más familiar y casi sólo para los vecinos del pueblo. La misa era rezada, con menor asistencia y sin sermón.

Por segunda vez se daba un refresco en el Ayuntamiento, en esta ocasión costado por la Mayordomía. A ésta le quedaban pocas horas de servicio. Aquel mismo día eran designados los nuevos mayordomos que debían comenzar a preocuparse de las fiestas del año venidero.

Por la tarde otra procesión, presidiendo en este día la imagen de San Antonio.

Se repetían las comedias y, si no se había hecho el día de la víspera, se quemaba un castillo de fuegos artificiales. Dos o tres ruedas, un par de figuras en forma de bombo y un cuadro central de mayor envergadura. Todo estructurado con elementos de mayor o menor intensidad dependiendo del presupuesto de la Mayordomía.

Todo finalizaba con la explosión del *trueno gordo*. Señal de que las fiestas habían llegado a su final.

Una especie de tristeza y de consuelo a la vez ponían límite a aquel ajeteo continuado de tres fechas esperadas un año entero.

Las fiestas de San Miguel compendiaban en sí todo el trabajo, la esperanza y la ilusión de un pueblo que, a la mañana siguiente, ya en otro mes, una vez despedida la banda de Música, entraba nuevamente en la austera y monótona forma de vivir, rota de mes en mes por algún acontecimiento religioso que mitigaba la inercia de unos días iguales. En lejana perspectiva entre brumas imaginarias apuntaba la llegada de otras fiestas similares.

La plaza después del *trueno gordo*, quedaba otra vez llena de papeles de colores *bonicos* y de canillas de cohetes. De nuevo los chiquillos rebuscaban entre aquellos detritus algo que les siguiera recordando lo que había parecido un sueño.

MÁS RECUERDOS

Niñez y adolescencia fueron testigos de cuanto he referido. A ello se añaden las referencias recogidas a lo largo de mi vida. Destaca la presentación del hecho religioso, tal vez porque no había otra forma de comunicarse o asociarse fuera de la taberna a donde los niños y las mujeres no tenían acceso.

Un par de ellas eran el lugar apropiado para que los varones fueran a *echar un trago* . No se tomaba café ni se expendían otras bebidas que las alcohólicas y alguna que otra gaseosa.

En la taberna se echaban partidas de naipes en distintas formas de juego: ronda, brisca, julepe, y en especial el tute y el monte. Se jugaban pequeñas cantidades o una ronda de bebida. De vez en cuando asomaba algún desaprensivo que se jugaba la pequeña hacienda y hasta la mujer.

Solamente llegué a conocer dos manifestaciones de carácter puramente civil. La primera en el año 1927. Se celebró la *Fiesta del Árbol*. Con cohetes y todo. Iniciativa y mandato del Gobierno de la Nación en aquel entonces.

Niños y niñas, tras una preparación oportuna en la escuela, fuimos llevados hasta la Fuente Vieja. Allí, en una ladera próxima al barranco junto al puente, plantamos

cada uno el arbolito que llevamos en nuestras manos desde el centro de la plaza. Repicaron las campanas y lució un sol espléndido ayudando a dar realce a una fiesta simpática y fuera del rutinario contexto.

Cada día, a nuestro antojo, volvíamos a nuestro incipiente bosque para cuidar el arbolito de nuestra propiedad.

Lamentablemente en el invierno *salió* el barranco en un día de tormenta y arrastró con su turbia corriente todos los árboles ya agarrados, la tierra y las ilusiones de ver culminada más adelante la repoblación arbórea llevada a cabo con tanto cariño.

El otro suceso se produjo en los años 1933 ó 1934.

La mala gestión de los ediles del Ayuntamiento en los asuntos municipales, especialmente en lo tocante al *reparto del consumo* y en la distribución de las aguas de regadío, soliviantó a los vecinos que se echaron a la calle muy temprano para protestar de la situación creada. Formaron corrillos de hombres y mujeres hasta la caída de la tarde. Entre tanto el alcalde en funciones avisó a la Guardia Civil de Torvizcón. Llegó ésta y, a la entrada del pueblo salió la multitud a recibirla. Éstos conservadores del orden, alarmados equivocadamente, creyendo que la manifestación era violenta, se echaron los fusiles a la cara no sé si con intención de disparar o no.

Los hombres habían colocado a las mujeres a la cabeza y, en primera fila. Una de ellas, de distinguida familia, doña María Elena Villanueva, se dirigió a uno de los miembros de la *pareja*, recordándole su amistad y el motivo pacífico de aquella situación.

Marcharon todos juntos a la plaza. El secretario ya había presentado su dimisión. El alcalde no quiso dimitir, pero accedió a que se nombrara una Comisión Gestora que le ayudara a solventar el caso y devolver al pueblo la calma perdida por la defectuosa administración.

El médico del pueblo, director callado en la organización de la protesta, leyó desde el balcón de la *Casa Cabildo* el acta de la resolución tomada.

Se organizó una procesión cívica y los casi amotinados, enarbolada la bandera entonces republicana, recorrieron las calles del pueblo dando los vivas oportunos sin que las cosas llegaran a más.

La vida social, además de la Corporación Municipal, contaba con un Juez de Paz. Los juicios de menos monta para la avenencia de los litigantes solían hacerse en el domicilio del mismo juez. Un *hombre bueno* que intervenía con serenidad en la solución de la contienda.

En el Ayuntamiento se convocaban las sesiones ordinarias o extraordinarias encaminadas a resolver los asuntos municipales.

Especiales eran, como ya se ha dicho, las del reparto tributario en las que, como en todas partes, siempre había alguien que barría para los suyos, familiares o amigos, beneficiándolos en las cargas o arbitrios.

Anualmente llegaba el *Cobrador de la Contribución*. Su venida era poco deseada porque forzaba el desembolso de unos cuartos que no se querían entregar. ¡Cuánto costaba, a aquellas gentes tan enamoradas del chavico, deshacerse de esa cantidad para obtener a cambio tan solo el papel de un recibo!.

Por el verano aparecían *Los Blanquillos*. Eran carabineros con uniforme blanco que llegaban buscando plantaciones de tabaco. Sólo algunos se arriesgaban a sembrar algunas matas ocultándolas en los sembrados o en otros sitios inverosímiles. En su trabajo solían valerse de algún *chivato* que les indicara lo que tan escondido estaba.

Las plantas que se salvaban de la inspección, ya secas, servían para hacer una picadura llamada *churrasca*, que producía un olor fuerte, penetrante y hartamente desagradable.

También de tarde en tarde asomaban unos titiriteros luciendo sus acrobacias y unas no muy lucidas actuaciones cómicas.

Rara vez llegaban los Inspectores de Hacienda, verificando la *Pesas y Medidas*.

Recuerdo la presencia de un Inspector de Sanidad que iba poniendo multas a las gallinas que encontraba en la calle. Casi, casi, gastaba el bloc de recibos.

Sí lo hacían anualmente los Inspectores de Enseñanza primaria. Nunca noté el fruto apetecido de aquellas visitas en la mejoría de la escuela.

En los años de mi relación hubo dos Visitas Pastorales. Una en 1922 efectuada por el entonces Arzobispo de Granada, Excmo. Sr. D. José Meseguer y Costa y la otra en el año 1926 a cargo del Obispo Auxiliar de Granada, Excmo. Sr. D. Manuel Medina Olmos, muerto en la guerra civil y beatificado en 1993 por el Papa Juan Pablo II.

La parroquia fue regentada en esos años por los sacerdotes:

D. José Rescalvo Ruiz.

D. Faustino Zambrano.

D. Francisco Jiménez Rescalvo.

D. José Antonio Castillo García y

D. Juan Ortega Puga.

El primero de esta lista murió fusilado en la *Cuesta del Molino* en término municipal de Lobras.

Creo también oportuno recordar el nombre de algunos castareños nacidos en el pueblo o vecindados en él, que llegaron a estudiar una carrera y a ocupar puestos en el estamento civil o eclesiástico:

D. Jaime Guardia Ruiz, maestro de Calahonda.

D. Luciano Rodríguez Navarrete, maestro nacional.

D. Gabriel García Martín, natural de Tímar y criado en Cástaras, sacerdote, canónigo de la Catedral de Granada y ecónomo de la Archidiócesis granadina, que contribuyó en gran medida a la reconstrucción de la iglesia después de la guerra.

D. José García Martín, militar de alta graduación.

D. Miguel García Martín, sacerdote y maestro nacional, Inspector Jefe de Enseñanza Primaria, Caballero de la Orden de Alfonso X el Sabio y Canónigo de la Catedral de Granada. Su amor y preocupación por Cástaras le llevo a conseguir la construcción de las nuevas escuelas situadas en Las Eras. El Ayuntamiento del pueblo, agradecido y con motivo de sus bodas de plata sacerdotales, lo nombró *Hijo predilecto de Cástaras*, honor a ninguna otra persona tributado, que yo sepa.

D. Jaime García Guardia, sacerdote y beneficiado de la Catedral de Badajoz.

Allá en la República Argentina, nació un hijo de D. Miguel Medina Ruiz, castareño emigrado a aquel país. Este chico, llegado al sacerdocio, después de ocupar diversos cargos de relevancia en la Curia Arzobispal de Buenos Aires, fue nombrado Obispo Auxiliar de Mendoza, más tarde Obispo Titular de Jujuy y por último falleció siendo Vicario General Castrense de la Fuerzas Armadas Argentinas.

Relacionado con Cástaras estuvo también un actor de cine, Valentín Parera. Su padre, D. Baldomero Parera, muerto en el pueblo y enterrado en el cementerio que había junto a la iglesia, fue director de las minas de mercurio en Los Prados de Villarreal. Estaba casado con una señora inglesa de nombre Doña Sol. A su casa acudían mi madre y mi abuela para ocuparse de la costura y de enseñar a aquella señora a hacer encaje de bolillos. Por ellas supe lo poco que recuerdo de aquella familia. Del actor de cine he podido obtener algunos datos más.

APÉNDICE

Ni era mi intención, ni entraba en mis cálculos repasar la historia o la recreación de mis sentimientos más allá de lo que fue y creo que ha sido mi propósito inicial: hacer una especie de paseo sentimental por la vida de Cástaras entre los años 1920 y mediados de 1936.

De vez en cuando he hecho alguna incursión en referencia a determinadas situaciones anteriores o posteriores relacionadas directa o indirectamente con el hilo de mi narración.

Me resisto, empero, a no reseñar en una pincelada algo que pueda dar pie a alguien que, con mayor acierto que el mío, pueda interesarse en indagar honda y detenidamente la historia del pueblo en sus orígenes y referir cuanto acaeció desde el punto en que decidí dejar mi relato, abundando en la transformación habida en el pasado y reciente cercanos.

Un día del mes de agosto de 1936, iniciado ya en España el rumbo político que había de envolver la historia presente, llegó desde otro pueblo cercano un exaltado sindicalista que, en medio de la plaza de Cástaras arengó a los presentes diciendo: “Pues si en mi pueblo se ha quemado el patrón, aquí hay que quemar a San Miguel”.

Manos a la obra... Forzada la puerta de la iglesia comenzó la irreflexiva destrucción de cuanto había de sagrado, de artístico y de provecho en su interior.

Disparos contra el Cristo que había en lo alto del retablo mayor, una tras otra las demás imágenes a la hoguera. Destrozaron los retablos y hasta el órgano dejó de sonar para siempre. Un vecino llevó a su domicilio las tablas mejor doradas para hacer una alacena al estilo de los más ricos palacios. ¡Cuánto lujo y elegancia!

Con anterioridad a esa fecha, varias imágenes, concretamente las de San Miguel y San Antonio, fueron escondidas en una pequeña vivienda, enterradas en el pajar. En la operación del escondite intervino uno de los mayordomos de aquel año que no siendo de fiar, hizo que la ocultación de las imágenes fuera anulada y las mismas devueltas al templo, por temor a delaciones y represalias.

A la puerta de la sacristía se hizo una hoguera con las ropas y todos los libros del Archivo Parroquial, perdiéndose para siempre una de las mejores y más abundantes fuentes de información sobre la fundación y posterior evolución del pueblo. De este archivo únicamente se salvó el libro catorce de bautismos correspondiente a los verificados entre los años 1882 y 1889. Una buena mujer, Herminia Fernández Tarifa, con gran riesgo para su vida, lo rescató de las llamas juntamente con la mano derecha de San Miguel ocultándolos bajo su delantal y guardándolos en su domicilio.

Desaparecieron la custodia de plata repujada, los cálices y copones y toda clase de candeleros, cruces, útiles y ropas utilizados en el culto. No sé como, y se necesitó valentía para hacerlo, en el domicilio de Paco Fernández y de su Esposa Matea Expósito, se salvaron de la destruc-

ción los varios ternos que en color blanco, rojo, morado y negro se empleaban en las diversas funciones religiosas. También se salvó la parte alta de la Cruz Procesional de plata repujada, el incensario, la naveta, un porta paz, la urna del monumento, tallada y dorada toda, los cuatro ángeles con las tulipas pertenecientes a las andas de San Miguel, la imagen del Niño Jesús y cinco de los grandes candeleros de plata, construidos y labrados por el insigne escultor y orfebre Sr. Navas Parejo y que habían sido donados a la iglesia por D. Casimiro García Martín.

Más tarde arrojaron desde la torre las tres campanas para fundirlas y hacer cañones, sin dejar siquiera una para hacer las llamadas necesarias en usos civiles.

La iglesia fue ocupada por un destacamento militar y el bajo de la torre lo dedicaron a cocina. Para que saliera el humo no se les ocurrió otra idea que la de levantar la techumbre y suelo de todos los pisos. ¡Menuda chimenea!

En el mismo día fue asaltado el Ayuntamiento y del mismo modo mandaron a la hoguera todo el Archivo del mismo. Se perdió así, tristemente, toda la historia municipal del vecindario, imposible de reconstruir. También quisieron echar al fuego los libros del Registro Civil. Por fortuna, las palabras convincentes del entonces secretario, D. Juan Guardia Ruiz, evitaron el desastre dejando para la posteridad los datos de nacimiento, matrimonio y defunción habidos desde el año en que comenzó a funcionar dicho Registro.

En resumen: Cástaras perdió en unas horas y para siempre las bases fundamentales de su dilatada historia y cuanto había de valor y decoración artística.

Sólo quedó el pequeño acerbo antes mencionado y algunas notas tomadas por personas que tuvieron curiosidad



Voluntariosos castareños portando el cajón con la nueva imagen de San Miguel en 1942.

por investigar su pasado junto a lo que de palabra fueron transmitiendo los que superaron aquellas infaustas y difíciles efemérides.

Terminada la contienda, ya dentro de un contexto más abierto y con ansias de renovación, se inició la reconstrucción de la vida castareña llenando el pasado con ropaje de modernización.

Los vecinos hicieron varias colectas y con la ayuda de los castareños residentes fuera de la localidad iniciaron la restauración de la iglesia y la reposición del decorado de la misma.

Primeramente, era lógico, se encargó una nueva imagen de San Miguel al escultor D. Eduardo Espinosa Cuadros, que había restaurado la antigua en los años treinta.

Con gritos de júbilo y ojos llorosos fue traída en procesión desde la Piedra Picá.



La nueva imagen de San Miguel entra en procesión desde el Camino Nuevo en 1942.

Se colocó una nueva solería, se cegaron los dos arcos situados en el testero izquierdo del templo y se abrió la nueva puerta que da a la sacristía. En 1943 se plantó la base del retablo principal con el altar y el manifestador o tabernáculo. El mismo día de San Miguel se bendijeron las imágenes de San Antonio y de la Virgen del Carmen.

En esa fecha tuve la suerte de celebrar solemnemente mi Primera Misa en Cástaras.

Para allegar fondos y poder concluir la parte superior del retablo, una rondalla recorrió las calles, visitando cada una de las casas, solicitando una ayuda.

Cantaban así:

*San Miguel quiere vivir
en medio de sus paisanos.
Necesita un buen altar
y tenemos que comprarlo.
Cinco mil duritos vale
y, aunque duros, hay que darlos.*

Con el culmen del retablo llegó la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en el año 1945.

A mí me tocó, como cura ecónomo de la parroquia intervenir en gran parte de estas operaciones.

Terminada la operación retablo, años más tarde se completó el resto de ornamentación del pueblo. El Santo Cristo, llamado ahora *Señor de los Favores* junto con el ornato de su altar fue costeado por la familia de D. Alfonso García Rodríguez; el retablo e imagen de San José por la familia de D. José García Martín; el retablo de la Virgen del Carmen lo costeo doña Encarnación Medina Ruiz, que ya había comprado la imagen de la Virgen del Carmen. Doña Celia Villanueva Fernández subvencionó el nuevo retablo para la imagen del Sagrado Corazón por ella costeada y D. Jaime García Guardia, sacerdote, completó la adquisición de la imagen de San Antonio con un retablo para el mismo.

En tiempos de mi regencia de la Parroquia, doña Vicenta Ruiz y doña María Ascensión Chinchilla compraron la Dolorosa y con fondos de la misma parroquia se encargó la imagen del Nazareno cuya túnica es la misma que lució

la escultura anterior y que fue regalada y conservada durante la guerra por la familia Rodríguez Navarrete.

D. Gabriel García Martín, Canónigo de la Iglesia Catedral de Granada, contribuyó largamente con sus gestiones y aportaciones personales a la restauración general del templo y a la reposición de los vasos sagrados y demás utensilios necesarios para el culto.

Su hermano, D. Miguel García Martín, se desvivió y luchó por devolver a la iglesia de su pueblo el esplendor, ya modernizado, similar al que tuvo antes de la triste desaparición del mismo.

Él, cura y maestro del pueblo de El Jau, se hizo cargo de la reposición del candelero de plata perdido en el saqueo. También había entregado a la iglesia castareña el campanillo que se unió en la torre a las dos campanas arrojadas desde la misma. Mandó restaurar una vieja y deteriorada imagen de la Inmaculada que regaló a su Cástaras querido en el año 1944.

Con la ayuda de algunos paisanos y el gasto de mi pecunio particular, conseguí que en la iglesia de Cástaras hubiera asientos para todos los feligreses: los bancos-reclinatorio que existen en la actualidad.

El último año de mi gestión sacerdotal en la parroquia, una tarde me comunicó el Secretario del Ayuntamiento, Sr. Zafra, la idea de colocar un reloj en la torre de la iglesia de Cástaras y otro en la de Nieves, dotando así de dos campanas a cada una. Eran ciertamente necesarias porque para llamar a los cultos divinos se utilizaba un raíl golpeado con un martillo.

Respondí inmediatamente con firmeza y decisión que en Nieves podían acceder a la instalación en el momento que les pareciera oportuno, pero que en la iglesia de Cásta-

ras no se instalaría el reloj hasta que no se hubiera cerrado un boquete abierto en el cementerio municipal al caerse un trozo de la tapia por donde entraba perros y alimañas del campo.

Reparados los desperfectos del cementerio, después de mi marcha a otros ministerios, se colocó el reloj. Las campanas comenzaron a tocar y repicar alegres como función civil en lo referente al reloj y como llamamiento a los distintos servicios en lo religioso.

Una de esas campanas, la mediana, vino a cascarse. Y estando de cura en el pueblo el sacerdote D. Alfredo Civantos, le propuse desde Madrid llevar las campanas a la fundición. La mayor para ponerle nuevas greñas o cigüeñal y así poder voltearla con mayor facilidad; la mediana para refundirla y rehacerla de nuevo. A la vez le pedía que hicieran una más pequeña que sustituyera al campanillo desaparecido. Todo a mis expensas.

D. Alfredo gestionó los trámites necesarios y las campanas fueron colocadas. La mayor continuó sin nombre. A la mediana se le pusieron los nombres de Nuestra Señora del Pilar y San Nicolás y al campanillo el de San Miguel, nombres correspondientes a mi hermana, mi hermano y a mi mismo, para que su sonido llegue al cielo y Dios se acuerde de nosotros. En una de mis idas a Cástaras, acompañado de mis familiares subí a la torre y bendije las mismas con el ritual que la liturgia tiene especificado para estas ocasiones.

A finales de los años sesenta o quizá a principios de los setenta, uno de los sacerdotes que estuvieron encargados de la feligresía tuvo la malsana idea de enajenar, supongo que por cuatro perras, a un avisado anticuario que por allí pasó, cuanto se salvó del incendio y despojo anterior. Ob-



Fotografía de un candelero igual a los desaparecidos de la iglesia de Cástaras.

jetos valiosos de plata, ornamentos de culto sin igual, los seis grandes y hermosos candeleros, etc. Todo... sin pedir permiso del Arzobispado.

Por esas fechas o algo más tarde quizá, para construir la carretera que entra en la plaza, después de hacer la monda del cementerio, se cometió el tremendo desaguizado de rellenar el mismo derribando el cuarto de acceso al coro y el

cuarto de Pila o Baptisterio, apoyándolo todo contra el lateral izquierdo de la iglesia.

Ni el sacerdote regente de la parroquia en aquellos días, ni la Curia Diocesana debieron otorgar el permiso necesario para tal operación.

Tampoco el Ayuntamiento y menos aún el ingeniero que debió dirigir las obras, consideraron la posibilidad de que futuras humedades llegaran a producir perjuicios irreparables.

Afortunadamente, por todas partes se tiende a la restauración y devolución a su primitivo estado de toda clase de objetos y edificios. La fase más importante y primera es liberarlos de todos aquellos añadidos que la moda y el tiempo fueron acumulando sobre ellos. En Cástaras se hizo todo lo contrario. Cosas de la vida.

A quién tan ligeramente vendió los objetos y ropajes salvados valientemente de su destrucción o pérdida y a quienes, por tener con la mayor facilidad los automóviles en la plaza echaron sobre el muro de la iglesia todo el peso de piedra y tierra de una carretera, que Dios los perdone.

Ojalá algún día se pueda subsanar tal error y pueda remozarse en plenitud el edificio en torno al cual se forjó gran parte de la historia del pueblo siendo el emblema y referencia de lo que, para mí, es un *misterio entre aguas y piedra*.

Zumárraga (Guipúzcoa), septiembre de 2002.

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

Alberca del Molino, 65

Albercón, 49, 60, 62, 65, 106, 141, 144

Alberquilla, 123

Albondón, 28, 38, 147

Albuñol, 29, 84

Aljibillo, 123

Almegíjar, 54, 88, 93, 143, 147, 157, 164

Almería, 92

América, 41, 54

Aragonés, 147

Asomadilla, 123

Baño del Piojo, 151

Barranco Hondo, 107

Barranquillo de la Calera, 106

Barribalto, 87

Barrimedio, 87, 106

Barrio Alto, 37, 63, 74, 87, 92, 101, 106, 122, 136, 144

Barrio de Enmedio, 31

Barrio de las Eras, 87, 135

Barrio del Medio, 35, 87, 105, 108, 134

Barrio Medio, 40, 60, 105, 106, 122, 123, 139

Basarillos, 123, 133, 144

Buenos Aires, 54, 180

Busquistar, 28, 54, 94

Cádiar, 29, 52, 89, 94, 106, 117, 147, 152

calle del Calvario, 23, 101

Calle Hondilla, 87

Callejón de los muertos, 61

Caminillo Viejo, 35, 105, 106

Camino de la Ermita, 87, 105, 106

Camino Nuevo, 23, 49, 50, 59, 76, 87, 93, 105, 122, 133, 185

Casa Cabildo, 89, 91, 126, 177

Casa de Zoa o de Elvira, 87

Casa Rectoral, 91

Cástaras, 9, 11, 12, 14, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 31, 32, 38, 39, 41, 45, 49, 54, 57, 59, 60, 74, 78, 84, 87, 88, 89, 91, 94, 111, 116, 122, 128, 131, 143, 146, 147, 151, 157, 160, 179, 180, 181, 183, 185, 187, 188, 189, 190

Castilla, 150

Cerro de Mansilla, 54

Cerro del Conjuero, 54

Cerro Mansilla, 107

Clínica, 80, 81, 146

Colmenillas, 123, 144

Collaillos, 123

Coronilla, 123

Cortijo de don Juan, 147

Cuba, 115

Cuesta de las Eras, 23, 26, 101

Cuesta de los Corrales, 105, 106, 133, 161

Cuesta de San Miguel, 123, 124

Cueva de la Ermita, 136

Cueva Fresca, 137

Chaparral, 122, 144

del Cura, 133, 147

Duende, 147

El Baño, 106, 151

El Collao, 147

El Cornicabral, 144

El Churre, 87, 106, 140

El Faro, 28

El Frontón, 147

El Haza Milarga, 144

El Huerto Guerra, 144

El Jau, 59, 187

El Moral, 147

El Muelle, 28

El Olivar, 144

El Retamalón, 147

El tajo de la colmena, 134

El Visillo, 140

Embovedado, 84

Eras, 49

Erilla, 28, 62, 64, 101, 123, 137, 151

Erilla del Baño, 28, 62, 64

Erilla del Corral de Piedra, 101, 134, 137

Ermita de la Virgen de Fátima, 23

España, 29, 33, 68, 137, 156, 181

Fuente Baja, 83, 106, 108, 122, 128, 144, 148

Fuente Vieja, 80, 122, 144, 175

Galicia, 76

Gotera, 144

Granada, 27, 29, 31, 41, 42, 84, 92, 125, 178, 179, 187

Hacillas, 123, 144

Haza de las Ánimas, 60

Herrador, 147

Higuerilla, 123

Hondilla, 123

Huerto del Molino, 144

Hundidero, 80, 106, 122, 144

Játar, 35

Jujuy, 180

Juviles, 28, 106, 121, 133, 152, 164

La Almazarilla, 147
La Alpujarra, 27, 28, 94
La Alpujarra Alta, 28
La Baja Alpujarra, 28
La Calera, 123, 144
La Casería del Mercado, 106
La Cruz, 144
La Cuesta Porrón, 147
La cueva de *la tía Aneta*, 136
La Ermita, 105, 106, 144
La Fuente Caliente, 144
La Higuerilla, 35, 87, 123, 124
La Hoya del Zao, 147
La Loma, 147
La Moraleda, 137
La Perla, 54
La Piedra de Roque, 136
La Piedra Jorá, 133
La Placeta, 80, 87, 91
La Plantonada, 147
La Plaza, 87, 91, 165
La Rambla, 107, 147
La Solana, 147
La Sultana, 54
La Toba, 147
La Viña del Castillo, 147

Las Catifas, 144

Las Covezuelas, 147

Las Eras, 62, 170

Las Peñuelas, 35, 42, 87, 88

Lo Hondo, 62, 106, 133, 144

Lobras, 28, 54, 179

Los Archillas, 147

Los Baquetas, 147

Los Bérchules, 152

Los Blancos, 147

Los Clérigos, 147

Los Cominarejos, 144

Los Corralones, 28, 35, 87, 107, 137, 140

Los Garcías, 147

Los Manzanos, 147

Los Mateos, 147

Los Mecías, 147

Los Menores, 87, 122, 144

Los Morenos, 147

Los Plumas, 147

Los Prados de Villareal, 106

Los Retamales, 147

Los Santos, 147

Los Tajos, 105

Los Torres, 147

Mansilla, 23, 28

Marjal, 106, 144

Marquesado, 55

Marruecos, 54

Meadero de la Zorra, 133

Mendoza, 180

Moraleda, 94, 106, 137, 144

Motril, 55, 92

Nieles, 23, 28, 35, 54, 88, 89, 92, 106, 107, 146, 150,
163, 164, 187

Notáez, 36, 88, 92, 93, 106, 117, 143, 151, 156, 157, 163,
164

Órgiva, 84, 92

Pata Palo, 147

Pecho de los Almeceas, 137

Pedro Jiménez, 62, 144

Pie de la Torre, 87

Pié de la Torre, 168

Piedra de los muertos, 136

Piedra Picá, 25, 106, 133, 135, 161, 184

Pitres, 83, 94, 117, 152, 163, 164

Pocillas, 123

Poco Trigo, 23, 87, 144

Prados de Villarreal, 54

Prados de Villarreal, 31, 143, 180

Rambla, 133, 148, 151

República Argentina, 54, 180

Riachuelo, 54

Río Cádíar, 28

Salto del Perro, 144, 151

Salud, 29, 151

Santafé, 59

Secano de los Muertos, 62, 128

Sierra de la Contraviesa, 28

Sierra Nevada, 29

Sombrerillo del Moro, 123, 124, 136

Sorbas, 92

Soria, 127

Tajo de la Hiedra, 28, 106

Tajo de la Yedra, 106, 123, 134

Tesorillo, 123

Tímar, 54, 179

Torvizcón, 28, 93, 147, 163, 164, 176

Trevélez, 29, 83, 122, 143, 145, 157

Venta Barceló, 147

Venta Melón, 84

Visillo, 141

TABLA DE ILUSTRACIONES

La casa del autor	28
Tradicional vista del pueblo	54
Inusitada vista del pueblo. Años veinte	83
Vista del barrio de Las Peñuelas	90
Desde La Plaza se vislumbra la fuente	93
La familia del autor	97
Vista de La Rambla desde Los Corralones.	109
La fuente de La Placeta	118
Dos vistas del Sombrerillo del Moro	126
Panorámica desde el Secano de los Muertos	130
Quizá la última fotografía de La Piedra Picá	137
El óleo que pintó doña Isabel Carrillo	142
Ambiente de fiesta en La Plaza	167
Salida de la procesión de San Miguel	169
Las “manolas”	170
Entrada o salida de San Miguel. 1942.	173
Un candelero igual a los desaparecidos	192

ÍNDICE GENERAL

Presentación	9
Prólogo	17
¿Por qué?	25
Introducción	29
Un poco de historia	33
Centrando el tema.....	35
La iglesia de Cástaras.....	37
Un año entero como compendio de la vida existencial de un pueblo	47
Octubre	49
Noviembre	59
Diciembre	69
Enero	79
Febrero	89
Marzo	99
Abril	107
Mayo.....	115
Junio	123
Julio	133
Agosto	145
Y... Septiembre.....	157
Más recuerdos	177
Apéndice.....	183
Índice de topónimos	195
Tabla de ilustraciones.....	203



El autor a principios de los años 60.

Breve biografía del autor.

Nicolás García Mezcua nació el 16 de Marzo de 1920 en Cástaras, en una casa ubicada donde hoy está el Consultorio. Fue el segundo hijo del matrimonio formado por Nicolás García Martín y Victorina Mezcua Martín, casados en 1917. Era el segundo matrimonio de su padre, viudo de Angustias Medina Ruiz, fallecida en 1913 a consecuencia de su segundo parto, con la que se había casado en 1909.

Sabemos por transmisión verbal que su padre, cuando joven, había viajado por países de América del Sur. Al menos estuvo en Argentina y también en Cuba donde probablemente participó como soldado en los acontecimientos de 1898. Al regresar puso una tienda en el pueblo y poco después de su segundo matrimonio ocupó el cargo de Secretario en el Ayuntamiento de Cástaras, por lo que presumimos que la situación de la familia debía de ser buena dentro del contexto económico-social de aquella zona y de aquellos años.

Hubo cuatro hijos más del matrimonio: Pilar, la primera en 1918; Miguel, el tercero en 1922; Faustino en 1924, que murió infante en 1925; y por último Victorina en 1926. La Nochebuena de este último año, cuando Nicolás tenía seis años, a consecuencia de una enfermedad de riñón, fallece el padre, dejando a la viuda en precaria situación, con cuatro niños pequeños que se quedaron en tres al fallecer el siguiente verano la niña Victorina.

A partir de entonces y hasta que Nicolás pudo hacerse cargo, la familia se sustentó alojando a personas venidas al pueblo como maestros o médicos e incluso, durante la Guerra Civil, a oficiales del ejército republicano allí destacados. También hacían su madre y abuela algunos trabajos de costura y, naturalmente, con la cría de animales de corral para consumo propio.

Cuando contaba diez años de edad, en 1930, con la ayuda de sus tíos paternos Gabriel y Miguel, sacerdotes los dos y también maestro de El Jau (Santafé, Granada) el segundo, ingresó en el seminario granadino de San Cecilio, cursando los es-

tudios establecidos con excelentes calificaciones, lo que probablemente animó a sus tíos a gestionarle una beca que, sumada a la ayuda que ellos le siguieron prestando, permitió que marchara en 1935 a Roma, ingresando en el Colegio Español de San José.

En la Universidad Gregoriana de la Ciudad Eterna cursó estudios de Filosofía, licenciándose en 1939 y después de Teología, licenciatura que obtuvo cuatro años más tarde. En este período de estudio y formación sólo volvió a España en 1940 para pasar unas cortas vacaciones en Granada y Cástaras.

El 19 de marzo de 1943, allí en Roma fue ordenado sacerdote e inmediatamente regresó a su querido pueblo, en un largo y dificultoso viaje por la Europa en guerra y la España de posguerra.

El 29 de septiembre de 1943 día de San Miguel, patrón de Cástaras, celebró su primera misa en el pueblo. Poco después, tras unos meses como coadjutor en Alhama de Granada, fue encargado de las parroquias de Cástaras y de Nieves. Más tarde, en el verano de 1944, encargado de Jubiles, a principios de 1945 lo encargaron de Notáez y unos meses después también de Almegíjar. Permaneció a cargo de las cinco parroquias hasta 1947. La alegría del retorno tras larga ausencia, el disfrute de la vida familiar en su casa de niñez, liberar a su madre de la carga soportada, ser el cura de su pueblo, de su iglesia y de sus paisanos, fueron factores que contribuyeron a que este periodo, a pesar de las dificultades de aquellos años, estuviera repleto del bienestar espiritual que algún escrito suyo deja traslucir.

En 1947 lo trasladan a Granada como Vicerrector del Seminario Mayor. Este cargo debió estar lleno de dificultades según él mismo refirió algunas veces. Muchos seminaristas habían sido discípulos suyos en los primeros años de seminario y bastantes de ellos lo superaban en edad. Allí permaneció dos cursos. Su deseo era seguir estudiando y obtener la licenciatura en Derecho Canónico pero no debía pensar lo mismo el Prelado que lo envió a especializarse en temas sociales a la Escuela Social de Málaga un curso y a la de Vitoria otro.

En septiembre de 1950 es nombrado ecónomo de la Parroquia de Arenas del Rey y encargado de la de Játar. Justo por esos años sus hermanos se casaron por lo que su madre y su

prima Pilar, a la que siempre consideró una hermana, marchan a Arenas a vivir con él. En el año 1957 fue nombrado Cura Ecónomo de Pinos del Valle, “parroquia de ascenso”, pero debido a que su madre se encontraba paralítica en cama, pidió al Obispo que revocara el nombramiento. Así continuó en Arenas con su tarea pastoral, lo que más le gustaba hacer, un año más.

La muerte de su madre en 1958 debió afectarle profundamente pues a partir de ese momento cambia el enfoque de su labor sacerdotal. Solicita permiso para ausentarse de la Diócesis, que se le concede, viajando a Madrid, donde ya permanecerá hasta su muerte.

Allí simultanea diferentes actividades. Revalida el título de Filosofía en la Universidad de Madrid. Colabora en el Instituto de Ortofonía en la educación de tartamudos y sordomudos. También atiende alguna capilla privada.

Desde la fundación en 1959 del Colegio Ntra. Sra. de la Merced, de las Hermanas Mercedarias de la Caridad en Madrid, institución con la que estuvo muy vinculado, fue profesor de Latín, Religión y Humanidades y se encarga también durante algún periodo de la dirección espiritual de las alumnas. Permanece en estas actividades docentes hasta su jubilación en 1985.

A principios de los sesenta, concretamente en marzo de 1962, comienza a ayudar en la parroquia de El Plantío y en la iglesia de La Florida, continuando estas tareas con más o menos intensidad hasta que murió. Entre julio y octubre de 1997 quedó encargado de dicha parroquia al fallecer don Andrés Gallegos, su párroco.

Cuando finalizaban los sesenta empezó a colaborar en el Oratorio de Nuestra Señora de Lourdes de Madrid, donde también continuó trabajando hasta el mismo día de su muerte el 8 de marzo de 2003. Ocho días más tarde hubiera cumplido ochenta y tres años.

Nunca lo dijo, pero quienes lo tuvimos cerca sabemos que fue llamado a ocupar algunos cargos de relevancia y que declinó las ofertas. Sólo quiso ser cura, nada más.

Llegado el momento de la jubilación tuvo que dejar, naturalmente, las labores docentes, pero no dejó nunca las demás.

Cada día por la mañana al Oratorio de Lourdes y por la tarde a la Parroquia del Plantío. Sólo descansaba el mes de septiembre, que pasaba cada año, desde principios de los sesenta, en el convento que las Hermanas Mercedarias de la Caridad tienen en Zumárraga (Guipúzcoa). Allí vio la luz este libro entre 1999 y 2002.

No escribió mucho. Unos apuntes sobre ortofonía y sicología, como apoyo a la docencia. Alguna que otra homilía, soporte de su trabajo pastoral, varios artículos y conferencias de tema religioso, y estas páginas sobre su querido Cástaras.

Quizá, para finalizar, sea conveniente traer aquí el último párrafo de unas reflexiones íntimas escritas en años de juventud, en las que intenta definirse:

*"Mayo vuelve y, en sus manos,
vuelven otra vez las flores,
y vuelven los trovadores
con sus cantares ufanos.
Cantos de ayer y de hoy,
cantos de toda la vida;
mi cantar es la medida*

de todo lo que yo soy... Ese es mi cantar y esa la medida de lo que soy... Como ayer, como siempre, sincero, con un paso en el infinito buscando el cielo, con un pie en la tierra gustando el lodo y la arcilla de que me hizo mi Dios".

En el corazón de La Alpujarra granadina, mirando al sur, descansando sobre piedra, rodeado de exuberante vegetación y regado por claras frescas y ricas aguas, se encuentra Cástaras. Allí, en 1920, nació Nicolás García Mezcuca, el autor de este libro, que es resultado de las vivencias de su infancia y adolescencia, contadas en la vejez con el cariño que da la lejanía y tamizadas por la experiencia de toda su vida. Con sencillez y amenidad nos relata costumbres, hechos, anécdotas e impresiones, vividas o aprendidas de sus mayores y de sus paisanos. Son de Cástaras porque de allí es el autor, pero también son de La Alpujarra pues alpujarreño es el pueblo. Para los castareños, para sus descendientes, para alpujarreños y allegados, para quienes gusten o quieran escribió estas páginas. Ojalá logren transmitir al lector todo el cariño que él sintió por su tierra.



Edición especial digital para la web
Recuerdos de Cástaras
(www.castaras.net)